

EL ALMA DE GALICIA

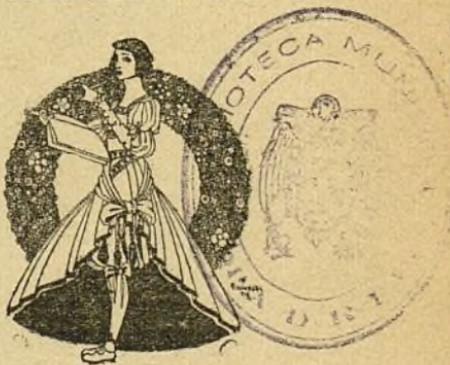
E. ESTÉVEZ ORTEGA

EL ALMA DE GALICIA

PRÓLOGO DE EL CABALLERO AUDAZ

ILUSTRACIONES DE

BUJADOS, CASTELAO, FRESNO, JAIME,
JUAN LUIS, MUGURUZA, RIBAS, SIRIO,
SOTOMAYOR Y ZAS



EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

ES PROPIEDAD

Imp. G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid

===== A =====
JOSÉ FRANCÉS

ESTE LIBRO ES PARA USTED, FRANCÉS.

A NADIE MEJOR QUE A USTED, AMIGO MÍO, DEBO DEDICARLE ESTA OBRA, QUE SE HA IDO CREANDO A LA SOMBRA DE SU ACOGEDORA SIMPATÍA

POR ESTO SE LA DEDICO :: COMO TESTIMONIO DE GRATITUD SINCERA Y DE CARIÑO POR SUS FAVORES; COMO AGRADECIMIENTO A SU ALMA GENEROSA Y A SU ESPÍRITU CORDIAL QUE SABE AHERROJAR TODO PREJUICIO, Y QUE SABE QUERER, DESPRECIAR Y SONREÍR...

USTED, MAESTRO, QUE TIENE SIEMPRE PARA LA JUVENTUD SUS MANOS TENDIDAS Y LA ESTIMULANTE SONRISA A FLOR DE LABIO, DEBE SABER ALGUNA VEZ QUE NO SIEMPRE SE RECOGE COSECHA DE INGRATITUDES, NI TODAS LAS SIEGAS SON DE CIZAÑA Y DE ESPINAS :: TENGA USTED MI LIBRO PARA SU RECOLECCIÓN DE AMISTAD, LIBRO QUE, SI NO ESTÁ UBÉRRIMO DE BELLEZA PERFECTA Y DE PROFUNDIDAD DE PENSAMIENTO, VA, EN CAMBIO, TODO FLORIDO DE JUVENTUD, VIVO, INQUIETO Y PALPITANTE DE CURIOSIDAD, COMO PRIMER PÁJARO ESCAPADO DEL NIDO DE MIS PENSAMIENTOS

DICE RUBÉN: «LOS QUE SUPIMOS DE DOLOROSOS COMIENZOS Y ENCONTRAMOS EN LOS ALBORES DE NUESTRA CARRERA CRÍTICAS ACRES O DESDENES HIRIENTES, COMPRENDEMOS EL VALOR DE UN EMPUJE, DE UN APRETÓN DE MANOS...»

D E D I C A T O R I A

COMO EL MAYOR TESORO QUE POSEO ES ESTE LIBRO MÍO, SE LO DEDICO EN PAGO DE TANTOS APRETONES DE MANOS ANIMADORES :: COMO EN ESTA VIDA, ALEGRE Y PINTORESCA, HACE FALTA MÁS VALOR PARA SER AGRADECIDO QUE PARA SER INGRATO, HE AQUÍ QUE LEVANTO CON ORGULLO MI AGRADECIMIENTO POR USTED, QUE DESPUÉS DE DESCUBRIR LAS ALAS EN TANTAS FRENTES, HA TENIDO QUE CONOCER EL VENENO EN TANTOS CORAZONES

ACÉPTELA :: QUE EL AGRADECIMIENTO Y NO OTRA COSA, ME MUEVE A ELLO :: NO LO HAGO CON NINGÚN OTRO INTERÉS, NI ME GUÍAN IMPULSOS EGOÍSTAS Y BASTARDOS :: SE LO JURÓ :: NI ES POR EL PRURITO, QUE PUDIERA TILDARSE DE VANIDAD, DE ASOCIAR SU NOMBRE CONSAGRADO AL MÍO MUY MODESTO, NI ES TAMPOCO ADULACIÓN, PORQUE REPUGNARÍA A MI ESPÍRITU :: QUE TENGO EL ALMA CELTA Y ME HE CRIADO EN CASTILLA...

CON UN ABRAZO DE SU LEAL AMIGO DE SIEMPRE

ENRIQUE

P R Ó L O G O

Un día se presentó en mi casa un muchacho magro, moreno pálido, correcto, de ademanes desenvueltos y voz insinuante.

—Vengo a hacerle a usted una interviú—me dijo con un desenfado muy simpático.

Era Estévez Ortega, el autor de este libro, el que con aire un poco vacilante estaba ante mí.

Le hice sentar y dialogamos.

Realmente, no fué una interviú aquello, sino una charla de camaradas, en la que hablamos un poco de todo.

Unos días después leía las cuartillas que de nuestra conversación escribió Estévez... Y en verdad puedo decir que me vi en ellas como en una fotografía.

¿Es que creo yo que la interviú debe ser un exacto retrato?

Desde luego no es un retrato fotográfico; pero de él ha de tener la autenticidad. Más bien, esa fotografía sólo ha de servir como el modelo al pintor: de documento humano que luego el artista idealiza, exalta o deprime, según el prisma personalísimo de su temperamento.

Yo creo que el alma no existe en potencia—siempre una y la misma—, sino que somos nosotros los

que ponemos en las cosas el alma, y así no son sino como nosotros queremos verla. En esto se diferencia el que es artista del que no lo es. Éste sólo ve la apariencia material asequible a todos los ojos, mientras que aquél pone su propia alma en la visión y saca de ella el alma peculiar de cada cosa...

El Alma de Galicia... En este libro está: en sus hombres, en sus pasiones, en sus luchas. Asomándose a muchas vidas distintas, Estévez Ortega ha sabido, con la sensación de esas vidas, darnos la de un todo armónico y singular: el alma de una raza.

Galicia palpita aquí.

Es la palabra lo que lleva más del alma de cada hombre. Cada uno habla, y aunque a veces procure ocultar sus sentimientos, siempre se descubre lo bastante para que podamos conocerlo. Esta es simplemente la ciencia del entrevistador: descubrir entre el fárrago de palabras varias y habituales el espíritu íntimo, la norma ideal del entrevistado.

Estévez Ortega realiza este propósito plenamente. Es desde luego un entrevistador, con lo cual lleva mucho ganado para hacer bien mañana el supremo arte literario que es la novela.

Yo creo que nada adiestra tanto en el manejo de caracteres—base de la creación novelesca—como esa gimnasia intelectual que la entrevistó exige.

Ser un buen entrevistador es ser algo así como un buen clínico de almas, un disecador de espíritus, que sabe hacerles la vivisección y estudiarlas y comprenderlos.

Estévez Ortega, este muchacho pálido y correcto,

P R Ó L O G O

que tiene ojos de tagalo, sabe ser un buen operador; un artífice que ha tenido el acierto de componer con retazos de almas individuales un mosaico vivo y simbólico, representativo de algo inefable, complejo y eterno: el alma de una raza... Y El Alma de la dulce Galicia, resignada, tenaz, luchadora y aventurera está aquí en este libro como en un digno relicario encerrada.

EL CABALLERO AUDAZ



— DON EDUARDO DATO

(*Caricatura de Fresno.*)

ES PROPIEDAD

Imp. G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid

===== A =====
JOSÉ FRANCÉS

ESTE LIBRO ES PARA USTED, FRANCÉS.

A NADIE MEJOR QUE A USTED, AMIGO MÍO, DEBO DEDICARLE ESTA OBRA, QUE SE HA IDO CREANDO A LA SOMBRA DE SU ACOGEDORA SIMPATÍA

POR ESTO SE LA DEDICO :: COMO TESTIMONIO DE GRATITUD SINCERA Y DE CARÍO POR SUS FAVORES; COMO AGRADECIMIENTO A SU ALMA GENEROSA Y A SU ESPÍRITU CORDIAL QUE SABE AHERROJAR TODO PREJUCIO, Y QUE SABE QUERER, DESPRECIAR Y SONREÍR...

USTED, MAESTRO, QUE TIENE SIEMPRE PARA LA JUVENTUD SUS MANOS TENDIDAS Y LA ESTIMULANTE SONRISA A FLOR DE LABIO, DEBE SABER ALGUNA VEZ QUE NO SIEMPRE SE RECOGE COSECHA DE INGRATITUDES, NI TODAS LAS SIEGAS SON DE CIZAÑA Y DE ESPINAS :: TENGA USTED MI LIBRO PARA SU RECOLECCIÓN DE AMISTAD, LIBRO QUE, SI NO ESTÁ UBÉRIMO DE BELLEZA PERFECTA Y DE PROFUNDIDAD DE PENSAMIENTO, VA, EN CAMBIO, TODO FLORIDO DE JUVENTUD, VIVO, INQUIETO Y PALPITANTE DE CURIOSIDAD, COMO PRIMER PÁJARO ESCAPADO DEL NIDO DE MIS PENSAMIENTOS

DICE RUBÉN: «LOS QUE SUPIMOS DE DOLOROSOS COMIENZOS Y ENCONTRAMOS EN LOS ALBORES DE NUESTRA CARRERA CRÍTICAS ACRES O DESDENES HIRIENTES, COMPRENDEMOS EL VALOR DE UN EMPUJE, DE UN APRETÓN DE MANOS...»

D E D I C A T O R I A

COMO EL MAYOR TESORO QUE POSEO ES ESTE LIBRO MÍO, SE LO DEDICO EN PAGO DE TANTOS APRETONES DE MANOS ANIMADORES :: COMO EN ESTA VIDA, ALEGRE Y PINTORESCA, HACE FALTA MÁS VALOR PARA SER AGRADECIDO QUE PARA SER INGRATO, HE AQUÍ QUE LEVANTO CON ORGULLO MI AGRADECIMIENTO POR USTED, QUE DESPUÉS DE DESCUBRIR LAS ALAS EN TANTAS FRENTE, HA TENIDO QUE CONOCER EL VENENO EN TANTOS CORAZONES

ACÉPTELA :: QUE EL AGRADECIMIENTO Y NO OTRA COSA, ME MUEVE A ELLO :: NO LO HAGO CON NINGÚN OTRO INTERÉS, NI ME GUÍAN IMPULSOS EGOÍSTAS Y BASTARDOS :: SE LO JURÉ :: NI ES POR EL PRURITO, QUE PUDIERA TILDARSE DE VANIDAD, DE ASOCIAR SU NOMBRE CONSAGRADO AL MÍO MUY MODESTO, NI ES TAMPOCO ADULACIÓN, PORQUE REPUGNARÍA A MI ESPÍRITU :: QUE TENGO EL ALMA CELTA Y ME HE CRIADO EN CASTILLA...

CON UN ABRAZO DE SU LEAL AMIGO DE SIEMPRE

ENRIQUE

P R Ó L O G O

Un día se presentó en mi casa un muchacho magro, moreno pálido, correcto, de ademanes desenvueltos y voz insinuante.

—Vengo a hacerle a usted una interviú—me dijo con un desenfado muy simpático.

Era Estévez Ortega, el autor de este libro, el que con aire un poco vacilante estaba ante mí.

Le hice sentar y dialogamos.

Realmente, no fué una interviú aquello, sino una charla de camaradas, en la que hablamos un poco de todo.

Unos días después leía las cuartillas que de nuestra conversación escribió Estévez... Y en verdad puedo decir que me vi en ellas como en una fotografía.

¿Es que creo yo que la interviú debe ser un exacto retrato?

Desde luego no es un retrato fotográfico; pero de él ha de tener la autenticidad. Más bien, esa fotografía sólo ha de servir como el modelo al pintor: de documento humano que luego el artista idealiza, exalta o deprime, según el prisma personalísimo de su temperamento.

Yo creo que el alma no existe en potencia—siempre una y la misma—, sino que somos nosotros los

que ponemos en las cosas el alma, y así no son sino como nosotros queremos verla. En esto se diferencia el que es artista del que no lo es. Éste sólo ve la apariencia material asequible a todos los ojos, mientras que aquél pone su propia alma en la visión y saca de ella el alma peculiar de cada cosa...

El Alma de Galicia... En este libro está: en sus hombres, en sus pasiones, en sus luchas. Asomándose a muchas vidas distintas, Estévez Ortega ha sabido, con la sensación de esas vidas, darnos la de un todo armónico y singular: el alma de una raza.

Galicia palpita aquí.

Es la palabra lo que lleva más del alma de cada hombre. Cada uno habla, y aunque a veces procure ocultar sus sentimientos, siempre se descubre lo bastante para que podamos conocerlo. Esta es simplemente la ciencia del entrevistador: descubrir entre el fárrago de palabras varias y habituales el espíritu íntimo, la norma ideal del entrevistado.

Estévez Ortega realiza este propósito plenamente. Es desde luego un entrevistador, con lo cual lleva mucho ganado para hacer bien mañana el supremo arte literario que es la novela.

Yo creo que nada adiestra tanto en el manejo de caracteres—base de la creación novelesca—como esa gimnasia intelectual que la entrevistadora exige.

Ser un buen entrevistador es ser algo así como un buen clínico de almas, un disecador de espíritus, que sabe hacerles la vivisección y estudiarlas y comprenderlos.

Estévez Ortega, este muchacho pálido y correcto,

P R Ó L O G O

que tiene ojos de tagalo, sabe ser un buen operador; un artífice que ha tenido el acierto de componer con retazos de almas individuales un mosaico vivo y simbólico, representativo de algo inefable, complejo y eterno: el alma de una raza... Y El Alma de la dulce Galicia, resignada, tenaz, luchadora y aventurera está aquí en este libro como en un digno relicario encerrada.

EL CABALLERO AUDAZ



DON EDUARDO DATO

(*Caricatura de Fresno.*)



ne
cer
sul
ocu
.
los
ba
do
los
su
flie
dé

EDUARDO DATO



URANTE un rato, que a mí me pareció inacabable, calmé mi impaciencia entre la fresca umbría del Retiro. Aún no eran las once y media. A esta hora esperaba ser recibido por don Eduardo Dato. Pero como yo creo que los hombres eminentes y de gobierno necesitan aquilatar el tiempo para sus múltiples quehaceres y trabajos, hartos arduos, no quise apresurarme a subir a su casa, por no distraerle acaso de sus nobles ocupaciones, y entré en el Parque de Madrid.

Mientras pasaba el tiempo, iba yo discurriendo por los paseos y pensaba: Este culto estadista ha sido acerbamente combatido... Se le achaca la deslealtad de abandonar a Maura; se le ha censurado por la represión de los sucesos de agosto de 1917; no faltó quien criticase su sedante y admirable política durante el bárbaro conflicto de la guerra europea... Mas es cierto que España débele gratitud; reconocimiento, la Monarquía.

Habrá tenido sus errores, que es de humanos el equivocarse; pero siempre, siempre, le movieron nobles, patrióticos estímulos en su honrado actuar político. Y él fué quien resolvió hábilmente difíciles problemas sociales. Arrostró graves situaciones políticas, y guiando la nave del Estado, en los más culminantes y críticos momentos de la Historia actual, mostró en toda ocasión una admirable lealtad al trono y un amor a España y a las instituciones, que son de todos bien conocidas, y es de justicia elogiar.

Así yo discurría, cuando la campana de la iglesia de San Manuel y San Benito, que llamaba a misa, nos sacó de estas nuestras meditaciones. Consultamos el reloj. Era la hora.

Entonces salí del Retiro. Cruzamos la calle de Alcalá y penetré en casa de don Eduardo.

El portero me paró. Según él, el señor Dato había salido.

—Es extraño—le dije—. Hace unos momentos me ha citado por teléfono aquí, en su casa.

Entonces varió.

—Quizá esté. Suba. A lo mejor ha entrado por la otra puerta de la calle de Lagasca—díjome como disculpándose.

Subí en el ascensor. Un criado pulquérrimo recogió mi bastón y sombrero y me condujo a través de un corto pasillo a una salita.

Ante el hueco del balcón, donde unas persianas y unos *stores* tamizan suavemente la luz del Sol, hay un jarrón grande talaverano lleno de flores. Sobre la chimenea, un álbum de piel de Rusia con profusión de fo-

tografías del Rey. Esta habitación, no muy grande, ornada con algunos bellos cuadritos, tan sencilla como elegantemente amueblada, es de un tenue rosa pálido. Y sobre un veladorcito, varias revistas ilustradas extranjeras.

Nuestra espera fué corta. A los pocos momentos se abrió una puerta y apareció don Eduardo. Todos le conocéis. Alto, un poco escuálido, elegante. Su tez es morena pálida, y sus facciones, un tanto marchitas y rugosas prematuramente, le dan un aspecto venerable.

Ese día vestía chaquet. Vino hacia mí; extendió sus manos y estrechó las mías. Me invitó a sentarme. En seguida, un poco azorado, le expliqué el objeto de mi visita. Y él, amable y mundano, como siempre, tiene entonces una frase galante para darnos motivo a interrogarle...

—Hábleme con entera franqueza y dígame qué quiere de mí—me dijo sonriendo paternalmente.

Y luego, como rectificándose, añadió:

—Menos de política actual. No quiero ahora hacer declaraciones políticas de ningún género. La situación actual es para hacer, no para opinar. Estamos frente a una porción de problemas de urgente solución, que requieren nuestro especial cuidado...

—Conformes; entonces dígame algo de su vida.

—¿De mi vida? Apenas si tengo algo que contarle. Mi vida es una vida de trabajo constante. No tiene nada de interés...

Nosotros protestamos sinceramente.

—Pues nació en La Coruña—respondió a una pregunta mía—. Mi padre era militar, Coronel. Y yo también

hubiera seguido la carrera de las Armas; pero vino la revolución del sesenta y ocho y mi padre pidió el retiro, porque aunque no se inmiscuía para nada en las cuestiones políticas, era monárquico y no quiso, después de la revuelta aquélla, seguir en el Ejército. Por eso yo no ingresé en ninguna Academia militar. Él no me dejó.

—¿Y para qué estudió usted?

—Estudí leyes.

—¿Por qué fué el dedicarse a la política?

—Por Silvela. Era muy amigo mío. Y me hizo diputado el año ochenta y cuatro.

—¿Por Galicia?

—Por Murias de Paredes.

Hizo una pausa. Sacó la pitillera y nos ofreció un cigarrillo. Luego siguió hablando.

—Por Murias de Paredes he salido elegido diputado durante muchas legislaturas; pero me aconsejaron que presentara mi candidatura por Vitoria, donde tengo muchos amigos y familia, frente a los carlistas, y ese distrito represento desde hace unos años.

Tras una pausa añadió:

—En la política he hecho la carrera por los pasos contados. Fuí subsecretario con Villaverde y Cánovas. En el Gabinete de Silvela, ahora hace veintiún años, estuve en Gobernación todo el tiempo que duró la situación aquélla. Y en la segunda etapa del Gobierno Silvela fui ministro de Gracia y Justicia. Maura entonces lo era de Gobernación y Villaverde de Hacienda. He presidido el Congreso durante los años siete, ocho y nueve. En mil novecientos trece vine al Poder al frente del partido conservador. Luego, en el diecisiete, otra vez formé Go-

bierno. Y luego, cuando el Gabinete nacional, fuí ministro de la Gobernación.

—Y ahora...

—Ahora otra vez el Poder. ¡Y no crea usted que es un plato de gustol Pero, en fin, se van sorteando todos los conflictos.

—¿Es usted partidario de los grandes partidos?

—Sí, señor. Lo he dicho siempre.

Y calló.

Tras una breve pausa, yo le pregunté entonces para reanudar el diálogo:

—¿Aprobarán ustedes por decreto el asunto de las tarifas ferroviarias?...

Mi amable interlocutor, con un gesto bondadoso, me cortó lo que le iba a decir.

—De la situación política en la actualidad—me dijo—le he dicho que no hablemos ni una palabra. Además, si tardara aún algunos días en publicarse el artículo que quiere usted escribir, cualquier declaración política que ahora le hiciera perdería actualidad... y no resultaría interesante. Pregúnteme de otras cosas si le parece, ¿eh?

—Del Rey, si gusta.

—¿En qué sentido?

—Como conocedor de nuestra política. Su modo de actuar.

—Pues bien conocida es de la gente. El Rey don Alfonso XIII tiene un espíritu abierto a todo progreso, a todo avance, sin que le amilane ninguna clase de reformas; y puede decirse que jamás a cohibido a los Gobiernos, Se ha venido hablando de un modo secular de

obstáculos tradicionales de la Monarquía; pero eso no es cierto. Jamás se opuso el Rey a decisiones de sus Gobiernos.

Luego, tras una pausa, siguió diciéndome:

—El Rey tiene también un alto espíritu de patriotismo. Sobre esto sí que le podía contar cosas, señor Estévez. Es el más patriota de los españoles.

Hizo un brevísimo silencio y...

—Recuerdo que una vez el príncipe de Asturias, ¡al fin y al cabo un niño!, que es muy listo y estudioso, había hecho una travesura propia de su poca edad, pero que enfadó mucho a su augusto padre. Y... ¿qué dirá usted qué castigo le impuso?... Pues quitarle por unos días de la cabecera de la cama la Banderita española que tiene clavada en la pared al lado de un crucifijo... ¡Ya ve! Nuestro Rey considera como castigo severísimo para sus hijos el que no vean la enseña de la Patria al levantarse ni al acostarse...

Calló.

Quedóseme mirando sonrientemente.

Yo inquirí de nuevo:

—¿Quiere decirme algo de los Consejos en Palacio?

—Sí; pero es poco lo que puedo contarle. Por regla general, antes del Consejo, en presencia del Rey, casi siempre la víspera, celebramos los ministros un Consejo preparatorio. Después en Palacio nos reunimos con el Rey en derredor de una mesa grande y en un orden ya inveterado y tradicional en aquella casa. El presidente hace un resumen de lo que acontece en España y en el extranjero y luego hace una síntesis de la norma

EL ALMA DE GALICIA

a seguir el Gobierno en los asuntos políticos, y...

—¿El Rey hace observaciones a los ministros?—le interrumpimos diciendo.

—¡Ah! Sí, sí... mucho. Muchas veces... El Rey está enterado de todo. Lee mucho, estudia mucho y está al corriente de la marcha de los acontecimientos políticos del mundo.

Hubo una pausa. Yo inquirí para reanudar el diálogo:

—¿Trabaja usted mucho, don Eduardo?

—Es costumbre—dijo tranquilamente—. Me levanto entre seis y media y siete, siempre. Y estoy hasta las once, que es cuando empiezo a recibir visitas, trabajando en mi despacho ocupándome de la correspondencia y asuntos del partido, que, como comprenderá, son muchísimos, pues el partido conservador es el más numeroso de todos los partidos políticos españoles. Después de comer paseo. Si hay Cortes, asisto al Congreso. Si no, trabajo aquí en mi casa. Yo no tengo tertulias; si acaso, con mi familia, pero nada más. Y a eso de las once ya estoy en cama.

Hízose un silencio; prosiguió:

—Esta vida suele modificarse cuando como ahora estoy en el Poder. Como comprenderá, tiene uno más asuntos en que ocuparse.

—Dígame algo de las obras del puerto de Vigo.

Don Eduardo titubeó antes de contestar. Sus palabras tienen en estos momentos un mayor alcance, realzadas con su personalidad política, hoy la primera de la nación.

—Ya se ha tratado este asunto con el detenimiento

que merece en Consejo de ministros... ¿No se acuerda? Hace unos meses...

Y deslizó la conversación por otros derroteros, esquivando casi la respuesta.

—¿Estará usted contento del viaje del Rey a Barcelona?

En el semblante de don Eduardo se dibujó una sonrisa de satisfacción y de alegría.

—Sí, señor. Estoy satisfecho. Se conocen ya todos los detalles del viaje y por eso no he de repetirlos. El Rey ha sido aclamadísimo. En la plaza Monumental presencié un espectáculo inolvidable. Treinta mil personas escucharon de pie en medio de un silencio conmovedor la *Marcha Real*. Al final se ovacionó al Monarca de una manera indescriptible. Ha habido una compenetración de todas las fuerzas sociales con don Alfonso XIII muy íntima... El viaje, que es un éxito personal suyo, ha tenido una trascendencia aquí y fuera de aquí insospechada.

Hubo un silencio.

—¿Me quiere decir algo de la orientación social que debe tener, a su juicio, la política española?—inquirimos de nuevo.

—Mire: nosotros, los conservadores, hemos atendido siempre y con preferencia a las luchas sociales. A nosotros nos debe la clase trabajadora la ley de Accidentes del Trabajo. A nosotros también nos deben la creación del Instituto de Reformas Sociales y el Instituto Nacional de Previsión, y aunque tanto se nos ha censurado, hemos procurado siempre en todas las cuestiones obreras resolverlas con arreglo a un estricto espíritu de justicia.

Hizo una pausa. Siguió:

—Pero estimo que es necesario, que es imprescindible para la resolución de los conflictos actuales sociales el armonizar los dos elementos: capital y trabajo, porque el uno es el complemento del otro. Claro que siempre dentro de una mutua reciprocidad armónica, porque si no, no se arreglará ni tendrá solución este problema, en perjuicio de todos, del mismo obrero principalmente. Porque si aumentan las perturbaciones del proletariado, es justo, yo lo encuentro natural, que se retraiga el capital; y dígame usted si entonces no resulta la más perjudicada la clase trabajadora. Habrá menos industrias, porque es innegable que resulta más cómodo y origina menos disgustos el colocar el capital en un Banco extranjero y cortar el cupón, que dedicarse a montar una industria, pues además de arriesgar una fortuna, hay que luchar constantemente con las exigencias de los obreros.

Asentimos nosotros con la cabeza y don Eduardo continuó:

—Al capital hay que sacarle un justo rendimiento a su riesgo. Y esto es de tener en cuenta para la resolución de este problema grave y hondo que tanto afecta a la política española.

—Y de la cuestión feminista, ¿qué me dice usted?

—Que el partido conservador no es opuesto al voto de la mujer. Ella sostiene también las cargas del Estado; ella atiende a las industrias, se dedica al comercio y realiza otras muchas labores útiles y meritísimas. Nosotros creemos que debe de tener una determinada pero

limitada participación en la vida del Estado, y una cooperación en la vida municipal.

—¿Y qué opina usted de la aproximación hispano-americana?

—Mi labor y la del partido en este punto es en extremo conocida. Creo necesaria una verdadera aproximación con las repúblicas americanas, y entiendo que deben realizarse tratados comerciales y crearse muchas vías de comunicación. Yo siempre he atendido a esta cuestión, aunque no estuviera en el Poder. Mire—me dijo señalándome una lista con varios nombres escritos—: aquí tengo ahora precisamente los nombres de los cónsules de unas cuantas repúblicas, a los cuales voy a escribir interesándome por algunos asuntos comerciales.

—¿Cree usted hacedero el viaje del Rey a la Argentina?

—¿Por qué no? Pero ahora no es ocasión. Para eso hace falta que se aquieten aquí las pasiones; hace falta un Gobierno fuerte, de mucho prestigio y con gran mayoría en las Cortes. ¿No ve usted que es un viaje de seis u ocho meses?...

En esto se oyeron unas alegres risas infantiles en la habitación contigua que llamaron mi atención.

—Mis nietos—exclamó gozoso don Eduardo.

Los llamó y me los presentó.

—Eduardo, Paquito, Carmen...

Son los nietos del presidente unos nenes bonitos, sonrosados, muy vivos.. Asoma por sus ojos el candor de su inocencia purísima. Tienen para el cronista, como todos los niños pequeños, esa recelosa curio-

EL ALMA DE GALICIA

sidad para la persona que por primera vez ven en su casa.

Al fin me miran y sonrén.

A don Eduardo se le animó el rostro; contemplábalos afable y paternal.

—Dígame, don Eduardo: ¿cuál es su distracción favorita?

—¡El campo! El campo es salud, tónico y un sedante maravilloso para los que, como yo, por razones de nuestro cargo, llevamos siempre una intensa vida de inquietud. Yo siempre que puedo me voy al campo. Lejos de la ciudad. Y también son mi distracción y encanto mis nietos; los enseño a estudiar, los acompaño muchas veces... Ya les he dicho que si el domingo no hace mucho calor los llevaré al Museo.

Los nenes no disimulan su alegría y ríen gozosos y satisfechos...

Un reloj dió una campanada.

Me puse de pie y me despedí de don Eduardo, que amable y galante me acompañó hasta la puerta.

Eran las doce y media. El conde de Casal y dos o tres personajes más aguardaban.

Calle abajo hacia el centro iba yo caminando despacio, y durante un buen rato aun retuvo mi retina su atildada figura, y siguió pareciéndome oír el tono fuerte y persuasivo de su amable parlotear.



LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

(Caricatura de Castelao.)



tení
se h
E
sól
cult
pro
del
tad
me
dir
cál
has
nov
I
gra

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



LA condesa de Pardo Bazán!...

He aquí una figura de gran relieve que no desmerece en la intimidad. Es más, la señora condesa de Pardo Bazán, no sólo no nos ha defraudado al conocerla de cerca y tratarla, sino que la sincera admiración que **teníamos** por la ilustre escritora, se ha aumentado ahora, se ha intensificado mucho más...

Es la condesa de Pardo Bazán uno de nuestros más sólidos prestigios literarios, una de las personas más cultas y uno de los talentos más recios de España. Su prodigiosa cultura es vastísima. Abarca mucho campo del saber humano. Por eso ha dicho elocuente y acertadamente Menéndez y Pelayo de ella, que «sucesivamente ha desplegado su actividad en las más opuestas direcciones, recorriéndolo todo; desde las ciencias del cálculo, hasta las ciencias naturales; desde la historia, hasta la filosofía; desde la especulación mística, hasta la novela realista»...

La actividad de tan linajuda dama es asombrosa; grande su acervo literario. Y quien haya leído sus nu-

merosas obras, de una enorme variedad, no habrá visto amaneramiento ni desaliño, ni falta de preparación en ningún asunto que tratara... Siempre su última obra supera a la anterior, que es patrimonio de los genios el irse superando en cada sucesiva producción...

Por mi amistad sincera y vieja con José Francés, conocí a la condesa.

—Es una mujer de mucho talento y muy interesante. Debe usted hacerla una interviú — me aconsejó el maestro.

Y fuí a verla... Ya lo creo. Hacía tiempo que andaba yo tras de lo mismo.

El día que fuí a visitarla, era ya de noche. Las diez. Me recibió en su despacho suntuoso, elegante, lujoso y amplio.

En medio de aquel salón hay una enorme mesa llena de libros y papeles, periódicos y revistas. En el centro, una carpeta, un tintero, un secatintas y una papelera de plata que brilla limpia y reluciente...

Me acogió con cariñosa distinción y exquisita benevolencia. Y me llevó a un sofá en un rincón de aquella amplia estancia que exornan cuadros y retratos de Madrazo, brocados y muebles severos y antiguos; era aquel un rincón amable y confidencial...

—Le he citado a estas horas—comenzó diciéndome mi amable interlocutora—porque es cuando estoy más libre. Por la mañana, trabajo y leo. Por la tarde, paseo y hago mis visitas. Ahora por la noche estoy más desocupada.

Y tras una brevísima pausa, añadió:

—Bueno, ¿qué quiere de mí?

EL ALMA DE GALICIA

—Que me cuente usted su vida.

Sonrió maternalmente la ilustre dama y exclamó:

—¡Mi vidal Es bien conocida de todo el mundo... ¡Tantas interviús, tantas crónicas se han publicado hablando de mí...

—Pero ahora deseo oírla de sus labios... ¿De dónde es usted?

—De La Coruña... Nací en 1852—me contestó en seguida.

—¿Fueron ustedes muchos hermanos?—inquirí de nuevo.

—Fuí hija única—me respondió.

Hizo una pausa. En seguida volvió a decir:

—Mi padre poseía una espléndida biblioteca y puede decirse que pasé mi niñez leyendo y releendo sus libros. De pequeña conocía ya la *Biblia* y el *Quijote*.

—Sus padres eran una familia ilustre, ¿verdad?

—Sí; entre mis ascendientes figura el de Bazán, donde Víctor Hugo buscó los personajes de Ruy Blas. Mi padre fué varias veces diputado a Cortes. Era del partido liberal.

—¿Empezó usted a escribir muy joven?

—Sí... Pero, vamos, a los veinticuatro años es cuando se puede decir que empecé a escribir. Al principio hacía versos; esto le pasa a la mayoría de los buenos prosistas, ¿verdad? Y está bien. Se acostumbra el oído y luego resulta la prosa más sonora y armoniosa...

—¿No ha publicado usted nunca versos?

—No... Tenía un libro preparado de poesías para publicar, al que me iba a poner el prólogo Varela; pero

se murió antes de escribirlo, y entonces decidí no publicarlo. No me pesa. Son muy malos.

—¿Cuál fué el primer libro que publicó usted?

—*Pascual López*. Después publiqué otros varios: *La Tribuna* y *San Francisco de Asís*, entre otros...

Doña Emilia esa noche estaba acatarradísima. De vez en vez una tos fuerte y áspera cortaba el diálogo. La ilustre escritora, antes de reanudar la conversación, pidió un vaso de agua.

—¿Con azúcar o azucarillo?—inquirió con insistencia el ayuda de cámara, correctamente vestido de frac.

—Es lo mismo. Azúcar, en cualquiera de sus especies y formas. Pero pronto.

La insigne dama se humedece los labios no más; y después de limpiarse con el pañuelo, que va constantemente de una mano a otra y a la nariz, prosiguió la conversación:

—*Pascual López*, en seguida que apareció, fué traducida al alemán.

—¿Qué obra suya le gusta más?

—Ninguna... Creo que todos los buenos escritores, además, le contestarán lo mismo...

—Bueno. ¿Y la que ha tenido mayor éxito?

—No sé... Acaso *Los Pisos de Ulloa*, que se ha traducido a más de diez idiomas. Pero, a mi juicio, la que está mejor hecha, artísticamente hablando, es *Bucólica*.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Ya lo creo. Si no, no escribiría. Escribir no es cavar.

—¿Y qué le gusta a usted más escribir, cuentos o novelas?

—El cuento es mucho más fácil...

—¿La ha producido a usted mucho la literatura?

—No sé. Pero tampoco creo que a nadie le produzca gran cosa... Me decía mi padre cuando empecé a publicar que debía de procurar siempre que no me costaran mucho mis libros; y hasta ahora, vamos, mis obras no me cuestan dinero; se pagan ellas solas... Es lo que siempre hay que procurar, que no le cuesten a uno.

Reímos los tres. Con la admirable escritora, haciendo *crochet* estaba su hija Carmen, que de vez en cuando departía en la conversación con nosotros.

Doña Emilia está bien conservada y fuerte. Su rostro, pujado y mofletudo, es de aspecto simpático. Charla mucho: una conversación tranquila, interesante, siempre dominadora, que muestra su maravillosa imaginación, su talento macho, su vasta cultura, su copiosa erudición, en un decir agradable que cautiva...

—Usted se casó muy joven, ¿verdad?

—A los diez y seis años.

Hizo una pausa. Siguió:

—De mi matrimonio tuve tres hijos: un varón y dos hembras.

La conversación siguió por otros derroteros.

—Usted frecuentó muchas tertulias literarias de París, ¿verdad?

—Sí, sí, señor. Muchas. A las célebres de los hermanos Goncourt asistía yo frecuentemente...

—¿Qué impresión le produjo entrar por primera vez en la de Víctor Hugo?

—Parecía el autor de *Hernani* un monarca destronado en un suntuoso salón. A un lado y a otro, sentados

en doble hilera, sin chistar, o conversando muy bajito de pie, estaban los postreros cortesanos de la majestad caída. Víctor Hugo me dió asiento a su lado y empezó a dirigirme la palabra. Me dijo, tras las frases corrientes de salutación y de declarar que miraba a España como una segunda patria, que lamentaba su atraso y los crímenes de la Inquisición, que achicharró sin piedad a escritores y a sabios. Yo negué esa patraña, y arrastrada por mi inveterado apasionamiento de defender a España de acusaciones gratuitas, me deslicé a armar polémica con el anciano... Eso sí, lo hice en buenos términos. Con respetuosa y cariñosa frase...

—¿Qué opina usted del desenvolvimiento literario de Francia en la actualidad?

—Que está en plena decadencia. No se publica nada interesante. Nada nuevo...

—¿Y en España?

—Estamos un poco mejor que en Francia... Un poco mejor nada más. Estamos en una época de estancamiento. Se publican muchos libros, pero apenas sobresale ninguno...

—¿Qué escritor español le gusta a usted más?

Titubeó la señora condesa breves momentos.

—Valle-Inclán...—dijo al fin.

—¿Qué opinión tiene usted de la cuestión feminista en España?

—Aquí apenas hay cuestión. Está eso muy atrasado. Casi no existe feminismo en España. Ahora estamos atravesando momentos muy hondos, y la cuestión ésta ha quedado como relegada a segundo término. Existen dos corrientes feministas distintas: la de Portugal y la

EL ALMA DE GALICIA

de Francia. Y en esta lucha yo creo que la tendencia social, como en todo, se sobrepone...

—¿Y de su vida de catedrático? Dígame algo...

—Pues que... ya casi no soy catedrático. No voy a ir... No va nadie a clase. Ni se matriculan siquiera... La daré en el Ateneo o en otro sitio, donde vaya público...

Su hija comentó:

—¡No van a las que tienen obligación!... Los estudiantes no van a clase nunca...

—Es eso casi cierto—afirmé—. Pero la culpa no la tienen los estudiantes. La Universidad repele. No tiene comodidades ni reúne condiciones, carece de *confort*... Es nauseabunda y asquerosa. Un edificio con trazas de prisión de partido. Sin luces apenas. Con mala ventilación. Claustros sombríos, fríos, tristonos...

Me callé. De seguir, hubiera dicho algunas cosas demasiado crudas, otras demasiado molestas para alguien... La ilustre novelista asentía... asentía...

—¿Qué opina usted de la actual cuestión social?

—Me pongo, pensando en esto, arbitrista... Nuestro paternal Estado es un desorganizador admirable. Claro que mi teoría arbitrista es un poco peligrosa... Pero lo creo sinceramente. Esta cuestión es muy grave. Vamos derechos al comunismo...

Y la admirable pensadora nos fué mostrando, como una vidente, con frases galanas y concretas, un triste panorama pesimista de un negro porvenir, preñado de incertidumbres y amarguras, de luchas, de inquietudes...

Deslizóse la conversación por otros derroteros, volviendo después al de la literatura. Fué entonces cuando la pregunté:

—De los escritores clásicos, ¿cuál le gusta más?

—Todos. Sobre todo Quevedo... ¡Aunque es tan!

—¿Cree usted en un posible resurgimiento de España?

—No. Me parece que no. Es casi imposible. No es fácil renovarse.

Hízose un silencio. Yo meditaba más preguntas. Al fin, impensadamente, se me fué la pregunta de los labios:

—Dígame—la dije ingenuamente—su opinión sobre su ingreso en la Real Academia Española.

—¡A mi ingreso!—me contestó extrañada—. No he entrado... Castelar, anteponiéndose a Galdós, fué el más firme sostenedor de mi candidatura para el sillón de la Academia Española, pero se han opuesto muchos... El primero Varela, aunque dijo de mí: «que de Santa Teresa acá, ninguna mujer española me igualaba a mí en saber, ni discreción, ni en ingenio»... Me combatió sin otro motivo que la razón del sexo...

Calló la ilustre escritora. Meditaba seguramente sobre esta cuestión, que ha movido en repetidas ocasiones a la opinión pública. Pasaban por su mente, sin duda, aquellos meses del año doce, en los que se agudizó este pleito fuertemente, siendo entonces rara la publicación, ya diaria o no diaria, que no hablara extensamente de este asunto... Polémica apenas hubo... Porque la campaña de todos los que no estaban dentro de la Academia, y de muchos que estaban, eran completamente favorables al ingreso de la ilustre escritora en la Academia. ¿Por qué aun no ha ingresado? La gente no se lo explica bien.

Continuó nuestra charla por otro sentido; se habló

EL ALMA DE GALICIA

de arte, de teatros, de política, e hízose de pronto en la conversación que teníamos, una pausa. El silencio era agosto, absoluto, solemne...

Lejanas y pausadas llegaron once campanadas, graves y somnolientas. Otras tantas seguidamente... Once que repitió un reloj del salón...

Antes de ponerme en pie la hice una última pregunta:

—¿Qué otras distracciones tiene usted además de la literatura?

—¡Ah! Muchas.. La pintura...

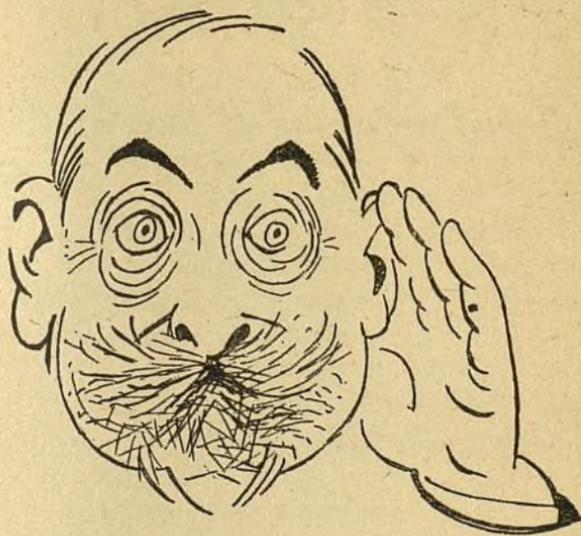
Su hija corrió la vista por la estancia toda. Su madre, como adivinándola el pensamiento, exclamó:

—¡No! Aquí no hay nada mío... En Meirás pinto mucho. Allí tengo algo. La música también me gusta mucho; me distrae; y el coleccionar abanicos... Poseo una hermosa colección de abanicos preciosos y antiguos...

—¡Y la huerta!—exclamó su hija.

—Es cierto. A lo mejor me distraen cosas triviales —dijo la condesa—; el cavar, por ejemplo; el ver a un hombre sacar patatas, me interesa...

Había considerado concluída la conversación. Me despedí de mis amables interlocutoras... Cuando me restituía a la calle eran poco más de las once. Un airecillo sutil y desagradable movía las frondas rumorosas de la calle de la Princesa. Arriba, en la comba inmensa del extenso azul, titilaban en una diáfana claridad unas estrellas...



m. linares

MANUEL LINARES RIVAS

(Caricatura de Ribas)



bien
E
res
cas
de
A
P
tac
pro
tas
pa
sil
ter

LINARES RIVAS



El señor está levantándose. Esperen un momento, si gustan.

Y dicho esto, el criado que nos condujo a una salita lujosa, en la planta baja, recogió mi tarjeta y fué. Curioseamos entonces lo que había en derredor nuestro. Vive muy bien este hombre, pensamos...

Hasta aquella salita de *bibelots* y *biscuits* y jarros de flores llegaban muy apagados los ruidos de la calle. En la casa todo era quietud y silencio. Ese silencio extraño de las casas deshabitadas.

Al poco rato volvió el criado.

—El señor les espera.

Por una amplia escalera suntuosa subimos a las habitaciones del primer piso. Linares Rivas vive en un hotel propio, enclavado en uno de los barrios más aristócratas de Madrid.

La habitación donde nos aguardaba es un salón espacioso y largo, admirablemente amueblado con ricas sillerías. En uno de los rincones, al lado de un balcón, tenía una mesa. Sobre ella, un montón de libros, un pe-

riódico, papeles y un *block* de cuartillas. Tras la mesa vimos al ilustre escritor.

Al oír—mejor diríamos al adivinar—nuestros pasos, el señor Linares Rivas se acercó solícito y presuroso.

Nos recogió el sombrero y el bastón y nos invitó, acercando una silla junto a la suya, a sentarnos.

Muy quedo, con esa suave voz tan extraña y recogida de todos los sordos, inquirió:

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Qué le voy a contar yo, que afortunadamente pasó para todo el mundo inadvertido?

—Su vida... Sus opiniones sobre el teatro, sobre la literatura y sobre la política...—le replicamos prestamente—. Es usted uno de nuestros autores más aplaudidos y he estimado interesante publicar una charla con usted en *Vida Gallega*.

—¡Oh! No. Interesante no puede ser nada mío—nos contestó con modestia.

—Bien. Yo soy de otra opinión. Y dígame, usted es coruñés, ¿no?

—Pues no... Nací en Santiago de Compostela. Hace unos cuantos años. Sacamos nuestro *carpet* y un lápiz.

El señor Linares Rivas hizo entonces un gesto como de espanto, de actor cinematográfico, y se llevó asustado las manos a la cabeza.

Yo le tranquilicé:

—No se apure usted. Seré sucinto y muy breve.

Él entonces, galantemente, protestó:

—No. Está usted en su casa. Por mí no tenga prisa de irse... No faltaba más.

EL ALMA DE GALICIA

Hubo una pequeña pausa. Yo volví a mi interrogatorio:

—¿Estudió usted en Santiago?

—No. Aquí, en Madrid, estudié la carrera de Derecho. Vamos. Decíamos entonces que estudiábamos. Pero no haga usted caso...

Calló. Sonreímos.

—¿Y cómo fué el dedicarse a escribir para el teatro?

—¡Ah!... Pues... No lo sé... No lo recuerdo. Empecé como empiezan todos. Haciendo cuentos, croniquillas... Cosas así...

—¿Dónde estrenó usted la primera obra?

—En el teatro Español.

—¿Era usted muy joven?

El señor Linares Rivas asintió con la cabeza. Después quedóse como rememorando unos breves instantes. Al fin me dijo:

—Tendría unos diez y siete o diez y ocho años. Se titulaba *Aires de afuera*. La hizo la Guerrero.

—¿Y cuántas obras lleva usted escritas desde entonces?

—¡Un horror!... ¡No sé cuántas!... Setenta... Ochenta... No me acuerdo del número. ¡No ve que llevo muchos años escribiendo y que hay temporada que estreno cinco o seis obras!

Hízose un silencio entre los dos. Yo le rompí:

—Y de todas, ¿qué obra suya le gusta más?

—Una que estoy haciendo.

—¿Se titula?

—¡Ah! Todavía no lo sé. A mí me gustan siempre más las obras que aun no he estrenado.

—Y de las estrenadas, alguna habrá que usted prefiera...

—De las que ya conoce el público mi preferida es el *Abolengo*. Acaso porque es la primera que me solicitaron después de escribir muchas obras, de pasearlas por los teatros debajo del brazo y de que durmieran algunas hasta un año en poder de los empresarios, sin sacarlas del sobre siquiera.

Hizo una pausa.

—¿Trabaja usted mucho?—le dije de pronto.

—En la aldea todo el día. Aquí, poco y cuando me dejan.

—¿Tiene usted miedo el día de los estrenos?

—No, señor; porque el miedo ya lo he pasado antes. El día del estreno estoy como una momia. Soy parte integrante de la decoración. Yo, apenas me doy cuenta de lo que pasa. Me entero luego por los amigos.

—¿Qué género literario le gusta a usted más hacer?

—La comedia. Es mi género predilecto y lo que más me agrada.

—Pues tiene usted escritos muchos cuentos y novelas—le objetamos.

—Sí; pero a eso no le doy importancia. Y menos desde que me pagan los cuentos por anticipado; ni tengo prisa por acabarlos. Mire—me dijo, enseñándome el *bloc* de cuartillas que tenía encima de la mesa—: este cuento lo empecé en el pueblo; hace unos dos meses que he venido... y voy por la cuartilla séptima—me dijo sonriéndose burlescamente.

—¿Y corrige usted muchas veces las cuartillas?

—No, señor. Verá...

EL ALMA DE GALICIA

Linares Rivas extrajo de una abultada cartera un montón de cuartillas escritas. Me las enseñó; en ellas, el ilustre autor, trazó con menudita y fina letra unos renglones, iguales, pulcrísimos.

—Vea usted—me dijo—; si acaso, como aquí—y señaló unas líneas tachadas—, lo que hago es suprimir alguna cosa después de la lectura. Por lo que dura ésta, calculo en seguida lo que me ha de durar la representación, y quito algunos párrafos cuando me figuro que han de hacer pesada o larga la obra.

—¿De qué manera escribe usted sus comedias? ¿Piensa el asunto, construye usted el argumento en general y luego lo va usted estudiando por actos, o cómo?

—No, señor; yo empiezo por el final, que es lo que tiene sentido común... y para llegar al final, ya buscaremos medio.

Hubo una pausa. El señor Linares Rivas aguardaba tranquilamente mis preguntas con ese aire mundano, indiferente, del que se ha visto ya por su notoriedad muchas veces sometido a estos interrogatorios. Con una mano en el lóbulo de la oreja, inclinaba ligeramente su cabeza hacia mí. Sus pupilas claras, escrutadoras, estaban pendientes del movimiento de mis labios. Y más de una vez hube de repetirle acucioso una pregunta que no me entendió.

—Hábleme más alto; sabe que no oigo bien...—me decía.

—Entonces, usted, en lo que pone más cuidado al escribir, ¿es en las obras de teatro?—seguimos diciéndole.

—Sí, señor; en los cuentos, además, no vale la pena

esmerarse. Nadie los lee. Mire: hace poco tiempo, en la aldea me ocurrió una cosa muy notable. Estábamos reunidos en una casa una porción de familias amigas. La gente joven bailaba. Los padres y personas de edad estábamos hablando. En esto llegó el *Blanco y Negro*, que publicaba un cuento mío. Aquel número corrió de mano en mano... Nadie se fijó en que traía una cosa mía... Y es que—añadió sonriendo francamente—como yo no venía allí de «santo», nadie reparó en mí... La mayoría de la gente sólo mira las estampas.

Hubo una pausa.

Él prosiguió:

—Además, que yo no sé hacer un cuento a plazo fijo. Muchos vienen pidiéndomelo. A ver... un cuento para el miércoles... y eso yo no lo sé hacer. A lo mejor doy un «refrito», y la gente sigue tan encantada.

Hizo un corto silencio. Y añadió:

—Aparte que empieza uno—al menos así me pasa a mí—un cuento, va desarrollando la acción, y cuando se llega uno verdaderamente a entusiasmar, hay que cortarlo. Concluirlo. Porque van escritas cuarenta, cincuenta cuartillas, que suele ser el límite...

Sonrió. Y sin que le preguntara, volvió a decir:

—Esto me recuerda una anécdota de Fernández y González. De esto hace ya mucho tiempo. Usted no puede recordarlo. Había por entonces una afición desmedida por los grandes folletones. Las novelas por entregas. Pues bien; este novelista había escrito una de sus producciones más tremebundas; pero al público no le gustaba, y el editor así se lo hizo notar. «No se apure usted—le dijo el genial escritor—. En el próximo

cuadernillo concluye la novela.» «Pero ¿cómo?—le replicó el editor—. Tantos personajes como tiene su novela.» «No importa—contestó Fernández y González—. En el próximo cuadernillo concluye»... y terminó. ¿Sabe usted cómo?... Embarcándolos a todos en un vapor y echándoles a pique.

Sonreímos.

—Y eso me pasa a mí—dijo el señor Linares Rivas— cuando escribo un cuento y llego a cierto número de cuartillas y no he terminado; pronto busco el medio también de embarcarlos...

Tras unos cortos momentos de silencio, le dije:

—Me ha contado una anécdota de Fernández y González. Ahora, cuénteme una de usted.

Titubeó unos momentos. Al fin respondió:

—¡Tantas podría contarle! ¡Una anecdota! Pero usted cree que las anécdotas se echan en un saco, para llegado un momento oportuno meter la mano, sacar una y... ¡aquí la tiene usted!...

El señor Linares Rivas y yo sonreímos.

—Bueno... Verá... —prosiguió—. Hace ya... mucho tiempo... vino a mi casa un actor conocido, amigo mío. Le leí una obra escrita en tres actos. Cuando concluí se levantó y me dijo: «Adiós, Manolo.» Este fué el juicio que le mereció mi comedia. Yo... le contesté: «Adiós, Fulano»... y nada más. Luego estrené esta obra con gran éxito. Se llama *María Victoria*.

—¡Quién le diría luego a ese actor!...—le interrumpí yo.

Linares Rivas, soltando una franca carcajada, contestó:

—¡Ya se lo han dicho!... ¡No lo crea!...

En esto dejo vagar mi vista en rededor mío. Mis ojos se fijan en unos retratos. Son de la Infanta Isabel, de María Palou, de la gran artista María Guerrero...

—Es una gran actriz—me dijo entonces señalándola el ingenioso autor—, aunque ahora estamos regañados...

Pasó un silencio breve. Yo reanudé el diálogo e inquirí:

—¿Qué me dice de su anunciado viaje a Cuba otra vez?

—No sé... Como comprenderá usted, yo no voy a ir en calidad de maleta. Así que... Es una cosa problemática aun tal viaje...

—¿Le fué bien cuando estuvo ahora recientemente?

Linares Rivas miróme con tranquilidad, y respondió despaciosamente:

—Me fué muy bien. Cambié de vida, y esos cambios y más, si son en orden a mejorar, prueban bien siempre al cuerpo y al alma... Además, que tuve el honor de servir de pretexto para que unos cuantos gallegos gritasen: ¡Viva España! y ¡Viva Galicial, que acá, al regreso mío, se trocaron en mueras.

El ilustre dramaturgo hizo un gesto de pesadumbre y de fastidio.

—Y dígame—le dije—, ¿allí no tuvo usted ningún disgusto?

Y como adivinando mi pregunta, respondió:

—No les gustó que yo escribiera un artículo sobre la cuestión del azúcar... Allí, ahora están quemando todos los árboles para sembrar caña. Es un afán desmedido y yo creo que es un negocio que puede ser fácilmente ruinoso. Porque no es lo mismo un negocio para diez o doce fábricas que para un ciento... Y así pasa, como

EL ALMA DE GALICIA

ahora, que hay moratorias y suspensión de pagos y cosas por el estilo.

Cambié pronto de conversación y le pregunté:

—¿A qué atribuye usted la campaña que contra *Cristobalón* le han hecho en Galicia?

Linares Rivas quedóse como sorprendido por la impertinente pregunta mía. Hizo un gesto de desenfado. Y...

—Mire: en el fondo todas las campañas que se han levantado en contra mía obedecen a móviles partidistas. Es que, sencillamente, yo no soy ni quiero ser regionalista... Pero decir que en Galicia no hay *meigas* y que no es un país supersticioso, no es haber estado en nuestro país.

—Eso es cierto—le dije sinceramente—. Pero a usted poco pueden importarle esas campañas.

—¡Ahl, eso no—replicó vivamente el adaptador de *La Casa de la Troya*—. A mí es cierto que, a la larga, esas campañas no me perjudican... Pero me hacen daño; me disgustan mucho esas cosas, porque es en Galicia, y ¿quién no tiene cariño a la tierra donde uno ha nacido? A mí me patean una obra en cualquier sitio, y siempre lo lamentaría, pero nada más... Ahora bien, deja de tener éxito una cosa mía en mi país y me contraría enormemente... *La Casa de la Troya*, en Santiago, fué pateada... Ahora, con *Cristobalón*, he tenido otro disgusto en Galicia... Y, sin embargo, mire...

Linares Rivas se levantó, y me mostró en seguida unos telegramas que tenía sobre la mesa. Leí: «Exitazo enorme definitivo. Enhorabuena. Remito detalles recortes periódicos, correo.»

—Es de Gijón. Se estrenó anoche en el Jove-llanos...

Leí otro: «*Cristobalón*, éxito enorme. Muchísimos aplausos. Le felicito.»

—De Toledo. Ya ve—comentó el ilustre dramaturgo—, ¡que no guste en Galicia! Créame usted que es triste...

Linares Rivas lo había dicho con un sincero tono de intensa amargura.

—Nadie es profeta en su tierra—le dije yo.

Y Linares Rivas hizo un silencio moviendo tristemente la cabeza en señal de lamentación.

Para sesgar la conversación de aquel tema enojoso, le pregunté:

—¿Cuándo ingresa usted en la Real Academia?

—Pronto. Ya tengo hecho y entregado mi discurso. Estoy pendiente de la contestación de Cortezo, que no la ha podido hacer por su enfermedad.

—¿Sobre qué ha de versar?

—Sobre Curros Enríquez... He estado a punto de dejar ese tema; echarlo todo a rodar y... pero bueno...

—¿Qué aficiones tiene usted?—le dije tras una pausa.

Se encogió de hombros, y tras una pausa, exclamó:

—Los toros... Yo también he sido torero...

—¿Qué otras cosas le gustan?

Linares Rivas se rascó la barbita rala que tiene y exclamó:

—Las mujeres...

—¿Las del teatro?

—Sí; todas las del teatro... y las que no son de las

tablas. Porque todas me parecen unas excelentes comediantas...

Mientras así charlábamos, mi querido amigo Rafael Dávila preparó los bártulos para sacarnos unas fotografías.

Por lo bajo, muy quedo, me dijo el señor Linares Rivas:

—No me gusta retratarme; nunca me sacan como soy, o como me figuro que soy...

Después, mordaz, irónico, añadió:

—Para Madrid no me importa, todo el mundo me conoce; pero para provincias pierde uno mucho.

Siguió la conversación luego por otros temas. Se interesó por nuestra vida periodística, y, sonriéndose socarronamente, me dijo:

—Le compadezco... ¡Qué de tonterías está usted condenado a oír!... Además, ninguno le dirá la verdad; lo que sea interesante se lo callarán, eso no lo dicen, y lo demás no tiene importancia.

Se hizo un breve silencio. Me acordé de que es senador. Inquirí por su vida política.

—Yo no soy político, aunque estoy en la política. Me pasa lo que con los santos de los pórticos de las iglesias. Todos sabemos que no son santos.

—¿Usted va mucho por el Senado?

—¿Qué es eso? Yo apenas voy por allá, ni soy político ni quiero serlo... Ya se lo he dicho.

El amigo Dávila nos hizo unas fotografías. Después, requerimos los sombreros y nos despedimos del señor Linares Rivas. De ese hombre tan amable, tan simpático y tan bondadoso.

E . E S T É V E Z O R T E G A

Estábamos en el umbral de la puerta, y dirigiéndose a Dávila, exclamó:

—Usted no sabe lo que me alegro de que la biblioteca no estuviera ya arreglada. Así me he evitado de que me sacara usted junto a la estantería y con un librito en mano. Es la eterna fotografía de todo escritor...

A
se
o-
de
li-
...



CASTELAO

REY SOTO



ta.
me
de
ble
me
la
So
Al
per
mu
Pas

REY SOTO



o, hombre; no, no... De verdad se lo digo... ¡Una interviú! Yo no tengo nada que contarle. Ayer no le dije que no, porque venía usted de parte de Jaime Solá, que es muy amigo mío; pero, francamente, no quiero... Así comenzó excusándose el genial poeta. Y luego, como reparara en que yo seguía aún de pie, me invitó:

—Pero siéntese. Tome café; lo que quiera... Pero nada de interviús...

—Es que yo...—balbucé un tanto desconcertado.

—Pues usted inventa—me contestó sonriendo amablemente—. Diga de mí lo que quiera. A mí siempre me parecerá bien.

Nos sentamos en redor de una mesita. Estábamos en la terraza del Hotel Regina, donde se hospeda Rey Soto.

Eran las tres de la tarde. La animación de la calle de Alcalá en esa hora adquiere una mayor intensidad en su perenne animación cotidiana. Cruza continuamente una muchedumbre rumorosa y abigarrada en todos sentidos. Pasan sin cesar los tranvías, con su tintineo incesante y

monótono... Ululan, bocinean los *autos* en todas direcciones, dejando tras sí una estela esfumante y maloliente, que pone tenues tintes oscuros en el gayo ambiente claro, donde se diluyen vívidos charcos de luz.

La atmósfera tibia parece cargada de un hálito de voluptuosidad que todo lo satura de una indolente languidez sensual. Resuenan fuertes, isócronas, las pisadas de los caballos de los coches de lujo, de las carretelas, que contrastan con el cansino trotar de los pencos de los coches de alquiler, con el fuerte trepidar de los pesados camiones, de los autobuses y de los carromatos...

Enfrente, «La Equitativa» resaltaba esbelta como la proa de un acorazado, recortándose su silueta en un cielo añil, esplendente. Y más allá, la calle de Sevilla se divisaba llena de animación y de luz, cuyas aceras invaden, en su mayoría, gente sin oficio ni beneficio, toreros de invierno y cómicos de la legua.

—Pues esta mañana aun dormía cuando usted fué a mi cuarto—comenzó diciéndome Rey Soto—y tenía un sueño horrible. Me acosté a las cinco de la madrugada. Estuve escribiendo y no dormí apenas. Yo, cuando empiezo a escribir, me parece que en seguida voy a terminar y no acabo nunca. Se me pasan las horas sin sentir. Y yo tardo mucho.

—¿No escribe usted con facilidad?—inquirimos nosotros.

—La acción material de escribir, no. Tardo mucho. Bien es cierto que hago una letra muy pequeña; como patitas de mosca. Pero escribir, coordinar mi pensamiento y transcribirlo, eso sí lo hago sin dificultad alguna y con soltura.

EL ALMA DE GALICIA

—¿Lo mismo el verso que la prosa?

—Igual. *Amor que vence al amor* lo hice en quince días, y el *Cuento del Lar* tardé solamente un mes en escribirlo.

—¿Escribe usted mucho durante el día?

—Cuando escribo es, generalmente, de noche. *Cuento del Lar* lo escribí después de jugar mi partida de tresillo, por las noches.

Dió un sorbo a su taza de café. Yo le pregunté en seguida:

—¿Que obra suya le gusta a usted más?

—Ninguna—me replicó vivamente.

Y añadió entonces:

—Pero observo, amigo Estévez, que va usted encauzando la conversación por el camino de la interviú.

—Es la misión del periodista—dijo terciando Plácido Sequeiros, que estaba con nosotros.

—Pues no. Hablemos de otra cosa—replicó Rey Soto.

Hízose entonces un silencio entre nosotros. Yo, para reanudar el diálogo, le dije de pronto:

—A mí, de sus obras, la que más me gusta es *Cuento del Lar*.

—A mí también—dijo el inspirado poeta.

Y añadió prestamente:

—Pero a las mujeres, la que más les agrada es *Amor que vence al amor*.

—Y ahora, ¿prepara usted algo?—inquirimos.

—Sí, señor. *El dolor del Almirante*.

—¿Se estrenará pronto?

—En la temporada que viene.

—¿Quién lo hará?

—Probablemente Calvo.

Hubo una pausa.

Pidió unas copas de coñac.

Yo, tímidamente, por si fuera indiscreta mi pregunta, le dije tras un corto silencio:

—¿Y no le han puesto cortapisas; no le han cohibido nunca, ni le han impedido sus superiores eclesiásticos que escribiera?

—No, no—contestó vivamente Rey Soto—. Nunca. La Prensa católica me ha tratado siempre muy bien. Los jesuitas me animan constantemente para que siga escribiendo. Y yo tengo muy buenos amigos obispos. El de Túy, el de Vitoria...

Tomó unos sorbos de café. Me ofreció un aromático veguero, y animado ya por aquella extremada y amena campechanería me decidí a seguir preguntándole. Y...

—¿Cómo es que usted estudió la carrera eclesiástica?

—Por seguir esta senda de escritor. Y por no dejar a mi madre, de la que estuve siempre muy encariñado. Por eso lo hice. Por no separarme de su lado.

Pasó un silencio breve.

—¿Cuál es su primer libro?

—*Falenas*. Está agotado.

—¿Y después?

—*Nido de áspides*. Luego traduje *La Lágrima*, de Guerra Junqueiro.

—Es una traducción estupenda. Se lo digo sinceramente—replicamos nosotros—. Es mejor que la de Marquina.

Sonr
lencio.

—No
na está

Calla

—¿Q
poesía
zado?

—A

Y hast

—U

¿verda

—Si

me... F

Nervo

tico. L

y sim

insepa

do dec

yo eje

le habl

—U

—T

ra de s

agrada

rés po

las de

Hizo

—C

presen

ciento

EL ALMA DE GALICIA

Sonrió modestamente Rey Soto, y tras un corto silencio...

—No; de ninguna manera. La traducción de Marquina está muy bien...

Callamos.

—¿Qué me dice usted de las nuevas corrientes de la poesía? ¿Le parece bien ese movimiento ultraísta y avanzado?—le dijimos después.

—A mí me parece bien. No me asustan esas cosas. Y hasta me gustan cuando están bien hechas.

—Usted prefiere a todos los poetas Rubén Darío, ¿verdad?

—Sí, señor. Rubén Darío me parece un poeta enorme... Pero yo prefiero a Amado Nervo. ¡Oh! Amado Nervo me parece el poeta mejor de todos. Era un místico. Le conocí en casa de la marquesa de Bermejillo, y simpatizamos mucho. Después hemos sido amigos inseparables. Guardo como reliquias sus cartas. Y puedo decir que por la influencia cariñosa y decisiva que yo ejercía sobre él, murió cristianamente. Pero nunca le hablé de estas cosas, y ¡ya ve!...

—Usted hizo mucho por él.

—Todo se lo merecía. Además, yo soy de una manera de ser muy especial. Los triunfos de mis amigos me agradan mucho más que los míos. Y pongo tanto interés por las obras mías, como lo tengo porque triunfen las de las personas que yo quiero.

Hizo una pausa muy breve. Añadió seguidamente:

—Cuando di la conferencia en el Liceo de La Coruña presentando a Nervo, ese día se vendieron más de trescientos ejemplares de sus obras. Y el día que di otra

conferencia en Barcelona también sobre Nervo, fué otro éxito. Otro éxito para él. Se vendieron también varios cientos de ejemplares y hasta se hicieron pedidos de sus libros por telégrafo y todo.

Una cosa así era, lector, la conversación que sostuvimos. Como comprenderás, lector amigo, no es ésta, ni mucho menos, toda su charla cariñosa, cordial, efusiva en extremo, llena de conceptos briosos, rica en imágenes, la que vamos trascribiendo. Algo sí de lo que hablamos, de lo que le oí, sinceramente admirado viene a ser esto.

—¿Qué escritor español le gusta a usted más?—le preguntamos.

Hizo un gesto de disgusto, y titubeando un poco me contestó:

—Es muy difícil de responder a su pregunta. Cada uno me gusta por una cosa, y cada uno por su estilo. La Pardo Bazán es, acaso, mi autor preferido.

Y tras una breve pausa, agregó:

—Y Tenreiro. Es un escritor formidable. Posee un dominio del lenguaje como usted no se puede dar idea. Es, además, un escritor fuerte, intenso, muy interesante y muy ameno.

Apuré a sorbos la copa de coñac. Dió unas chupadas al cigarro y se me quedó mirando como si esperara más preguntas mías. Yo no me hice esperar.

—¿Siempre ha tenido usted aficiones literarias?

—Siempre. Comencé a escribir por vocación, y luego seguí a instancias y ruegos de mis amigos. Todos me animaban. Uno de los que más me aconsejaban fué el P. Gonzalo Cóloma, el hermano del admirable autor

de *Peque*
me decio
para que

Marcó
del amig
Dios, y p
taciturno
do. Y ca

A Rey
llanos, u
conocéis
con un
elegante
salles...

Es est
ciones se
muy inq
ramente
tico suyo
un homb
de poeta
escapa o
extraña

Tras u
gunté:

—¿Qu

—Fer

—¿Y

—¡O

reas, Ba
interes

EL ALMA DE GALICIA

de *Pequeñeces*, y también excelente literato. Por eso me decidí, al fin. Y más que nada, créame, yo estrené, para que lo hiciera Valcárcel...

Marcó un silencio. Por su mente pasó acaso la figura del amigo fraternal y cariñoso que entregó su alma a Dios, y púsose el rostro del inspirado vate, sombrío y taciturno, entristecido sin duda, con el doloroso recuerdo. Y callamos.

A Rey Soto, uno de los más puros estilistas castellanos, uno de los mejores poetas contemporáneos, le conocéis. Enfundado en su sotana impecable ribeteada con un cordón carmesí, tiene una figura esbelta, fina, elegante, como un abate francés, de la Corte de Versalles...

Es esbelto y bien proporcionado de cuerpo. Sus facciones son perfectas; sus ojos muy claros, muy vivos, muy inquietos, su boca fina y carnosa se contrae ligeramente y con frecuencia en un movimiento característico suyo. Es amable, vehemente, efusivo. Rey Soto es un hombre con corazón de niño y un alma muy grande de poeta que no le cabe dentro y que parece que se escapa constantemente por sus pupilas claras; de una extraña e inquietante claridad.

Tras una pausa para reanudar el diálogo, yo le pregunté:

—¿Qué poeta gallego le gusta a usted más?

—Fernando Cabanillas.

—¿Y extranjero?

—¡Oh! Muchos. Verlaine, Heredia, Mallarmé, Moreas, Baunville... toda esta literatura francesa es muy interesante. Y de los italianos, desde luego, D'Annunzio

y Stechetti. De los portugueses, Guerra Junqueiro. De los clásicos, Horacio. Raro es el día que no leo una sátira, una oda o algo de él en latín. Es uno de mis libros preferidos que siempre me acompañan con Leconte de Lisle, el autor de los *Poemas trágicos*.

Así seguíamos charlando con el aplaudido autor, como unos antiguos y viejos amigos. Su cordialidad encantadora, su trato afable, su charla amena, que fluye rápida, según la va sintiendo su corazón, íbanos haciendo que cada vez tuviéramos más admiración por el joven maestro.

Seguimos después hablando de los poetas, de los escritores gallegos, de los jóvenes, de los consagrados... La Pardo Bazán, Linares Rivas, Valle-Inclán...

—A mí—díjonos entonces Rey Soto—me encanta el Valle-Inclán de las *Sonatas*.

—¿Ha leído usted *La Pipa de Kiff*?

—Sí. Es algo parecido a la literatura de Baunville.

Luego deslízose por otros derroteros la conversación.

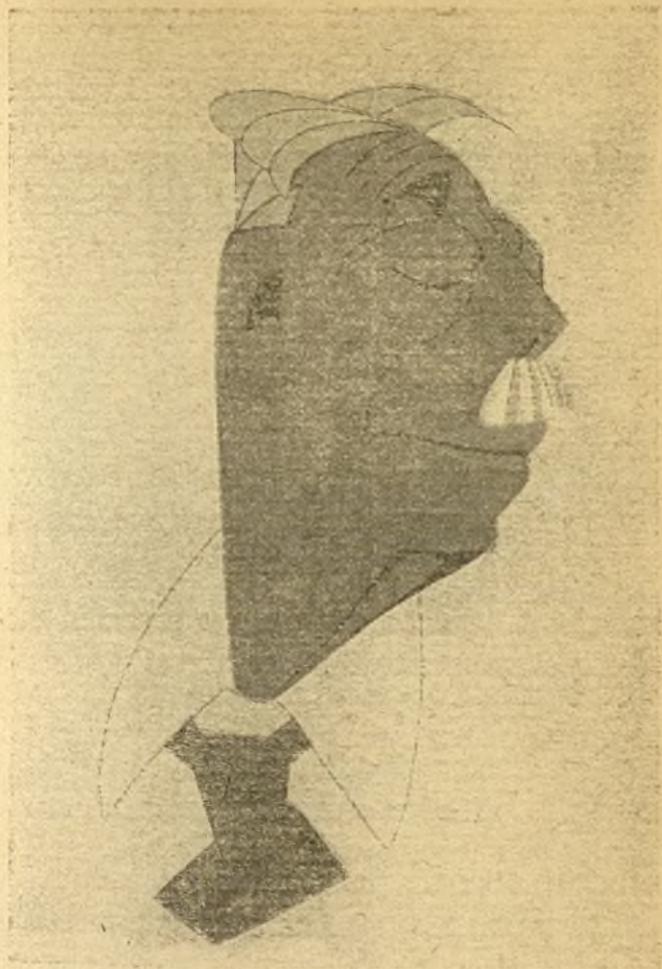
—¿Qué críticos españoles le parecen a usted los mejores?

—Dos—replicó vivamente—. Cada uno en su cosa. Cansinos, como crítico literario, y Francés, José Francés, como crítico de Arte. Éste me parece admirable. Es un hombre de muchísimo talento y un novelista de los mejores. Tiene una cultura vastísima. Yo creo que es uno de los mejores críticos contemporáneos a la altura y compitiendo con los mejores franceses y alemanes.

Hízose una pausa. Eran poco más de las cuatro. Nos

EL ALMA DE GALICIA

levantamos y seguimos hablando calle abajo, confundidos con el fárrago rumoroso de la multitud anónima, camino del Parque de Madrid, cuya fresca umbría divisábase en lontananza, tras la mole gigantesca afligranada del Palacio de las Comunicaciones.



GERARDO DOVAL

(Caricatura de ZAS)



Ho
minal
tan g
una d
desm

Tie
tivade
homb

Per
siemp
en él.

canta

—
habla
mism

tico c

GERARDO DOVAL



es el ilustre abogado de suyo cariñoso, amable y efusivo; tiene lo que se llama vulgarmente don de gentes; es un hombre que capta, porque pone en todas sus palabras y ademanes, siempre acogedores, una gran cordialidad.

Hoy, Doval, sin duda alguna, es el más famoso criminalista de España. Y su fama, que todos conocen, es tan grande como su talento y su ingenio. Es, además, una de las pocas personas que tratadas íntimamente ni desmerecen ni desilusionan; todo lo contrario.

Tiene una simpatiquísima y amena conversación cautivadora, interesante, que agrada y denota que es un hombre de mundo. Y ríe con frecuencia.

Pero carece de *pose*. Porque el lirismo con que siempreazona su charla exaltada y vehemente es innato en él. En el fondo es un hombre de una sencillez encantadora...

—Vamos primero a tomar café y a fumar... y luego hablaremos—me dijo el ilustre criminalista gallego, al mismo tiempo que me escanciaba un chorro de aromático café en una taza—. Beba... ¿y coñac, no? Cualquiera

ra se acuerda ahora de su vida. Mejor tomaremos café, ¿no le parece?

Yo no le vi muy propicio para una confesión. Es un hombre modesto, que no quiere ni gusta de ciertas exhibiciones periodísticas, y, temiendo un fracaso, comencé hábilmente a hablarle con indiferencia:

—Se le nota bastante el acento gallego.

—¡Oh!, sí—dijo sonriendo—. Se me nota mucho. Nunca hice nada por desecharlo.

Hízose una pausa.

—¿Estudió usted en Santiago?

—Vamos a tomar más café. Y coñac. Es lo positivo, hombre. Déjese de otras cosas.

Yo hice como que no le oía.

—¿O estudiaba usted por libre allá en Noya?

—¡Ah!... No. Estudié en Santiago: en Santiago de Compostela.

Una brevísima pausa, y...

—Todas las ciudades tienen algo característico, y en Santiago son los estudiantes y las casas de huéspedes. Es la ciudad de los estudiantes... Muchos de ellos, como me ocurrió a mí, pasaron primero por el Seminario. En Galicia, los padres siempre indican a algún hijo que estudie la carrera eclesiástica. Sobre todo, si tienen mucha familia. «Mira: para que luego cuides de tus hermanos», suelen decir.

Otra pausa.

—Tuve—agregó en seguida—un gran profesor de Teología: el doctor don Emilio Macías. Me han servido de mucho las enseñanzas y consejos que dicho señor me dió. Aquella ciudad ha tenido siempre excelentes pro-

fesores en sus centros de enseñanza: Romero Blanco, el inmortal anatómico, mi maestro insigne, era un hombre que valía mucho y don Antonio Casares, catedrático de Química, fué el más insigne pedagogo que yo conocí.

—¡Ah! ¿Estudió también usted Medicina?

—Sí. Simultaneé los estudios de Derecho con los de Medicina.

—¿Y cuál de las dos carreras le gustaba más?

Medicina más que Derecho.

Pasó una pausa corta. Doval reanudó en seguida la conversación.

—También tuve excelentes profesores de Derecho: el señor Gil y el señor Troncoso, de tendencias opuestas... Don Jacobo Gil era un esclarecido talento. Hacía leer a uno un artículo cualquiera del Código, que luego repetía él mismo suprimiendo palabras sin que variara por eso ni el criterio ni la esencia que inspiró al legislador. Después lo comentaba... Sus explicaciones, tan claras y sintéticas, hubieran servido para hacer la reforma del Código, que bien lo necesita.

—A usted le agrada más la materia penal que la civil, ¿verdad?

—Naturalmente... La parte civil es una jerga obscura y tenebrosa, que sólo sirve para enredar a los hombres..., y a esto llaman el ejercicio «noble»... de la profesión.

Soltó una estrepitosa carcajada.

—El penal, sin embargo, tiene, al menos para mí, menos alicientes...

—No sé... En nuestra carrera—me contestó Doval—hay una parte común con la medicina. ¿No lo ha obser-

vado usted? El médico no tiene culpa de que esté un sujeto enfermo. Así también el abogado no tiene culpa de que un sujeto haya delinquido, que es un estado enfermo; el médico va a salvar al paciente... A eso debe de atender el también criminalista. A salvar al delincuente... El criminalista debe saber algo de medicina, Romero Blanco decía que la medicina era condición precisa para ser un buen criminalista.

Yo entonces le hice una incongruente pregunta. Una ingenua pregunta, olvidándome en aquel momento de mi condición de letrado. Hablaba entonces en mí el peñorista...

—Dígame, Doval; ¿no le acusaría la conciencia ni tendría remordimientos por defender a un criminal que hasta usted mismo tuviera el convencimiento de que lo era?

Doval no vaciló. Sonrientemente, exclamó:

—¡No! Al contrario. Cuanto más grave es el asunto, más me esfuerzo por avivar todos los resortes del entendimiento para hacer todo cuanto pueda por salvar al culpable. Y créame, no hay nada mejor para salvar la conciencia del delincuente como una sentencia absoluta...

Seguíame así hablando el insigne penalista. Su voz fuerte, persuasiva de convencido, llenaba la estancia donde estábamos. Este hombre, que sería un excelente ministro de Gracia y Justicia, donde podría desarrollar sus vastos planes, serenamente madurados y pensados, con méritos suficientes y aun sobrados para ello, le molesta que le digan estas cosas... Pero es que en el fondo ya he dicho que es un hombre modesto, de una gran

EL ALMA DE GALICIA

ingenuidad. «Ministro... Quite usted de ahí... ¿Está usted loco?»...—me ha dicho.

¡Bueno!

Por más que... Acaso tenga razón. Doval es un técnico. Si fuera un político habilidoso y granuja... Tal vez... O un excelente jugador de tresillo... Pero...

Joven aun, fuerte, pletórico de vida y de salud, aparentemente al menos, es uno de los hombres más trabajadores de nuestro tiempo («un profesor de energía, como dicen los locos de hoy»), que diría Rubén Darío... En él es de asombrar su actividad constante y su entusiasmo. Hoy se afana y trabaja con la misma fe que cuando empezó...

Es de sana complexión. Alto, erguido. Su pelo casi blanco hace duro contraste con su tez bermeja, cuidadosamente afeitada y con sus ojos claros azules, ojos de color de uva, que dijo Trigo.

Estábamos en el comedor elegantemente puesto de su casa. Con nosotros su amigo fraternal Juan de la Prida, camarada inseparable...

Tras un silencio, Doval se dirigió a él. Y como si no tuviera importancia, olvidándose acaso que el cronista estaba presente, le espetó esta sincera e interesante confesión:

—¿Sabes Juanito un terrible secreto mío? No se lo he dicho aún a nadie. Pero lo he pensado muchas veces. Si me nombraran director general de Penales, vería en llegar a un acuerdo con el Papa para que se encargaran determinadas Órdenes religiosas de los Establecimientos penitenciarios. Estarían mejor...

Y dirigiéndose a mí:

—¿Usted conoce el Penal de mujeres de Alcalá?... Es una preciosidad... Pulcrísimo... Tan limpio, tan aseado... Pasó un silencio breve.

—¿Qué opinión tiene usted acerca de la pena?

—Yo creo que eso de la ejemplaridad de la pena es una monserga... ¿La redención por las penas?... ¡Qué absurdo!... La expiación de las penas ha de ser por la propia conciencia. Hoy se debe procurar que impere un procedimiento de dentro afuera, no como el que ahora se sigue, que pudiéramos llamarlo un procedimiento mineral... capa sobre capa...

—¿Cómo es que gustándole más la carrera de Medicina ejerce la de Derecho?

—Lo hice desde el primer momento por mi vocación entusiasta y decidida por la cátedra de Derecho penal, cuya no realización ha descoyuntado de un modo notable mi vida...

—¿Qué procesos célebres recuerda usted haber defendido?

—El primero de mi vida profesional fué un parricidio. Pero el que estaba acusado era inocente. Salió absuelto. Hice un notable informe médico-legal con los elementos que para esa obra me suministró Romero-Blanco... Después defendí a Villuendas en la revisión de la causa por la muerte del catedrático señor Moreno Pozo.

Hizo una pausa. Añadió en seguida:

—Una de las mayores emociones que he tenido en mi vida fué porque pasados algunos años me vi un día en mi casa a un hijo de ese señor Moreno Pozo, requiriéndome para ser su tutor y su defensor en una causa que se le

EL ALMA DE GALICIA

instruía por un homicidio cometido por imprudencia. Fué absuelto. La conjunción de esas dos absoluciones: la de Villuendas, que mató a Moreno Pozo, y la absolución del hijo de éste, que se entregó por completo a mi corazón, es la página más intensa de mi vida, que me redime muchas veces con su recuerdo...

Calló. A poco reanudó la conversación:

—También acusé a Rull y su banda en Barcelona.

—Existe un cuadro de eso, ¿verdad?

—Sí, señor. Lo pintó Julio Borell. Mírelo...

Púsose en pie, y se dirigió a la pared, de donde pendía: es una reproducción del celebrado cuadro. La sala de la Audiencia de Barcelona aparece iluminada y con claroscuros intensos, llena de gentío. En la mesa, los magistrados; en los banquillos, los reos, custodiados por la Guardia civil; delante, los abogados. El pintor ha inmortalizado el momento en que se vuelve un poco Doval, para hacer una pregunta a Ossorio y Gallardo, que, en pie, junto a la mesa, severo, grave, parece responder: «¡Yo qué sé!»

Hubo un silencio. Yo lo aproveché para meditar algunas preguntas... Para reanudar el diálogo inquirí:

—¿Qué me cuenta usted de su actuación política?

—Que actúo con pena. Porque siendo un gallego entusiasta del país, y un regionalista sentido, no he podido hacer nada políticamente por Galicia, como es mi deseo. Y mi labor, no mi política; mi labor, que es trabajo, la gasto en beneficio de otras tierras y otros pueblos.

E hizo un gesto de pesadumbre.

—¿Qué me dice usted de la situación de Barcelona y de su labor allí?

Doval quedóse pensativo unos momentos, meditando, sin duda, la audaz pregunta mía.

Al fin, como midiendo el alcance de sus palabras, despaciosamente me fué diciendo:

—Barcelona... Para nadie es un secreto que sufre una conmoción épica. Es la región que más sufre en ese sentido. La causa está, seguramente, en la índole de la región; pero está alimentada, seguramente, por el desconocimiento que los Gobiernos tienen del problema.. Cataluña es una verdadera paradoja. Es una región, seguramente, la primera de España. Pero hoy no es para envidiarla. Es un país, en estos momentos, que puede convertirse en cualquier instante en un motivo de las mayores desdichas para nuestra nación...

Como hiciera una pausa larga, yo aventuré una pregunta, acaso impertinente:

—¿Qué me dice usted de la época de su estancia en Barcelona y de los «conflictos» que le obligaron a dejar aquello?

Doval, que sonriendo más o menos deslizó su charla amena en tono jovial de campechanería sincera, quedóse quieto y silencioso, enarcando sus cejas y haciendo un gesto de disgusto.

Calló.

Insistí de nuevo para obligarle a hablar:

—Debió ser la época más amarga de su vida...

—Sí...—dijo labiando.

—Se portaron muy mal con usted ciertos elementos...—insistí.

No contestó.

—Además no le dieron medios, ¿verdad?

Su amigo y secretario, Juan Prida, habló por él. Seco, conciso, fué dejando caer sus palabras hieráticas y graves como golpes de hacha.

—Barcelona, con una extensión de más de siete mil seiscientos metros cuadrados; una capital con población que pasa de un millón y medio de habitantes; con más de veinte mil personas maleantes; ocho estaciones de ferrocarril; un puerto de los más importantes del Mediterráneo; con doscientas reuniones semanales y una numerosa y peligrosa población flotante, sólo tiene cuatrocientos agentes... Doval realizó allí la mejor labor; no quiso cobrar ni un solo cuarto cuando allá estuvo; hasta el viaje de regreso se lo pagó de su propio bolsillo... Si todos hubieran sido como él...

Doval asintió sonriendo, y agregó después:

—Los de abajo, sin embargo, sólo veían en mí al jefe superior de Policía, y les parecía excesivamente duro. Los de arriba se quejaban de que no era enérgico con los de abajo... Yo lo que hice fué no seguir ciertos procedimientos... Mire: el primer día que llegué firmé en barbecho quinientas hojas quincenarias. Al otro día me trajeron otras tantas. Inquirí. «Es para gente sospechosa»—me respondieron—. Pues yo no firmo más hojas ni meto en la cárcel a nadie por sospechoso—contesté—. Mientras no haya cargos concretos, a nadie llevo yo a presidio. Desde aquel día no volví ni volveré jamás a firmar más hojas quincenarias... Esos no son procedimientos. Así es como se hacen muchos anarquistas. Mire: hace poco he tenido que ir personalmente a ver a Ródenas para que pusiera en libertad a un individuo que detuvieron con otros muchos inocentes como él, a los

pocos días del asesinato del señor Dato. Sólo por el hecho de que dirigió la huelga pasada de dependientes, está fichado como peligroso... Y es un chico—me consta—honrado, trabajador. Lo tuvieron una porción de días detenido. Vamos; a eso no hay derecho...

Doval hizo un gesto de desenfado, de disgusto, de indignación.



6 a
- 920

FEDERICO RIBAS

(Autocaricatura.)

FEDERICO RIBAS



ERCA del portal de su casa nos encontramos. Federico Ribas, el gran dibujante español, nos sonrió amablemente, y abriendo sus expresivos ojos garzos nos tendió la mano. Fué un apretón franco, leal... Uno de esos apretones de manos fuertes y nerviosos en los que parece que entrega uno su alma...

—Iban a casa, ¿no?—habló él—. Pues vamos...

Subimos en el ascensor.

Al llegar a su cuarto, oímos los alegres ladridos de un bonito *lulú* blanco que comenzó en seguida a hacer zalemas a su amo, que cariñosamente le acariciaba.

—¡Quieto, *King!* ¡Quieto, *King!*

Y dirigiéndose a nosotros, dijo:

—Pasen aquí; a mi cuarto de trabajo—y nos guió por un corto pasillo.

Es una habitación grande. De las paredes penden varios cuadritos de Durán, Vignol, Navarro y Vázquez Díaz. En un rincón, en un caballete, ornado con pañuelos grandes de Santiago de gayos colores, una copia de un cuadro de El Greco: *El entierro del Conde Orgaz*. A

un lado, en la pared, varios dibujos de él. Esas mujeres suyas, frívolas, armoniosas, picarescas, finas y transparentes, que parece que acaban de discurrir por la fresca umbría del Bois de Boulogne, o entre el dédalo bullicioso del Montmartre nocherniego y galante. Sobre una elegante estantería de castaño, en la cual hay embujados una selecta colección de libros de arte, campean unos muñecos de Bartolozzi. En otro rincón, el caballete grande donde el joven maestro trabaja, y al lado una mesita portátil atiborrada de pinceles, tubos y cacharritos de pintura.

En un taburete tomó asiento él. Nosotros, cerca, en cómodos butacones de castaño. Eran poco más de las cinco. Invierno. La luz del atardecer hacía propicia la hora para las confidencias.

Nosotros charlábamos...

—No; pues soy de Vigo—díjonos Ribas—. Algunos me creen de Bueu. También Francés lo puso en *La Esfera*, pero no.

Hizo una brevísima pausa, y agregó:

—Aunque no me importaría haber nacido en Bueu. Vigo es una ciudad muy poco aficionada al arte. Es muy industrial, muy activa, eso sí; pero de arte apenas se ocupa.

Y agregó él mismo:

—Sin embargo, Carlos Sobrino vendió todo en la Exposición que hizo allá.

—Dígame, Ribas. ¿Sus padres eran artistas?

—No, señor. Ya ve usted qué cosa más rara. El único ascendiente que tengo en la familia es un abuelo que fué tallista, de esos que hacen imágenes religiosas.

EL ALMA DE GALICIA

—Pues a todos ustedes les ha dado por el arte...

—Es cierto. Tengo un hermano cómico; otro que está en *Caras y Caretas*, y... yo.

—¿Qué eran sus padres?

—Comerciantes.

—¿Cuándo vino usted a Madrid?

—¡Oh! Hace mucho tiempo; la primera vez tenía yo diez años.

—¿Y cómo fué dedicarse al dibujo?

—Pues por afición. Pero con la tenaz oposición de mi madre; contra su voluntad. No me dejaba. Yo estudié el bachillerato; después querían que me hiciese médico; y me opuse a seguir una carrera tan larga; por fin acordamos que debía prepararme para una especial, cortita, y me puse a estudiar para Correos. Pero me suspendieron en el último ejercicio. Entonces, más que nunca, me aficioné al dibujo.

Hizo una pausa. Siguió:

—Mi madre, al fin, me dejó que entrara con el escultor Pola, pero con tal de que siguiera estudiando. Y así estuve un poco de tiempo, hasta que me cansé de estudiar y me fuí a América para probar fortuna.

En esto saqué mi carnet y el lápiz. Entonces, Ribas me atajó, siempre amable, y con gran modestia:

—¿Pero me va a hacer una interviú? Yo no tengo nada que contarle, hombre.

Nosotros protestamos sinceramente. Y...

—A ver, cuéntenos usted su vida en América. Debe ser interesante.

—De allí sí que puedo contarle algo—dijo con indiferencia.

Y tras un corto silencio, en el que debió meditar sobre todo su pasado—inquieto, azaroso, intenso; ese pasado suyo, vivido en un ambiente de bohemia feliz y encantadora, libre como los gorriones, esos pájaros simpáticos y golfos—, fuimos hablando despaciosamente tal que dos viejos amigos y camaradas, a los que hace tiempo no se les ha echado la vista encima...

—Tenía diez y ocho años cuando llegué a Buenos Aires—siguió diciéndome Ribas—, y le confieso que la población me resultó antipática desde el primer momento. Me desilusioné. Se me caía encima la ciudad... Ha sido aquella época la peor de toda mi vida.

Púsose Ribas repentinamente sombrío, y añadió:

—¡Cuántas veces pensé volverme a España! Mi distracción, un poco melancólica, era ir todas las tardes al puerto a ver los buques que llegaban y los que se iban.

Hubo un silencio. Él lo rompió siguiendo el diálogo:

—Al llegar, llevé unos dibujos a varios periódicos y me los rechazaron. Estuve sin colocación mucho tiempo. Hasta que un día un amigo me dijo: «Si quiere usted trabajar, compre un periódico y lea en los anuncios la sección de colocaciones.» Hice esto, y me enteré por un diario que en una casa hacía falta un pintor decorador. Acudí. Y era para pintar... anuncios.

—¿Pintor de brocha gorda como dicen aquí?—terció Jaime Prada, que aquel día me acompañaba.

—Cierto—agregó sonriendo Ribas—. Me convino el empleo y quedé admitido. En seguida me puse a pintar carteles en las vallas y en las paredes de las calles, y así estuve ocho meses. Era un anuncio que representaba un escocés en actitud de sacar el corcho a una botella de

whiskey. ¡Me pinté más de tres mil escoceses de aquellos!
Yo creo que soñaba con los escoceses...

Reímos los tres.

—¿Ve usted? Esto es interesante... Siga—le dijimos invitándole a proseguir.

—Después, por fin, entré en un periódico, *La Última Hora*, y hacía caricaturas teatrales, como las que hace Fresno en el *A B C*. Después ingresé en *Caras y Caretas*.

Calló. Sus ojos cabrilleaban pensando, sin duda, en los más críticos momentos de su vida errante y artística, cuando, al fin, la vida parecía ofrecerle casi resuelto ya el porvenir que ambicionaba.

—Por entonces conocí a Alonso—dijo—. Un paisano nuestro también. ¡Qué hombre! No he conocido un carácter más enérgico que el suyo. Para él no había obstáculos; todo lo resolvía. Fué mi compañero inseparable la mayor parte de mi vida de Buenos Aires.

—¿Una vida bohemia?

—Sí, amigo Estévez.

—Pero una bohemia limpia, ¿no?, como dice Andrés Segovia—corrigió prestamente Jaime Prada.

—Sí; limpia. Era nuestra vida completamente bohemia. Ya ve: no teníamos ni domicilio, ni donde ir a parar. Nos acostábamos y comíamos indistintamente en cualquier sitio. Pero eso sí, siempre andábamos limpios. Cuando estaba sucia la ropa, comprábamos otra nueva y en cualquier casa de baños nos mudábamos, y la sucia se tiraba en cualquier rincón o solar. Nos salía más caro; pero en fin... Un día, ¡tuvo gracia!, cuando salíamos de una casa de baños con la muda debajo del brazo

para tirarla, nos siguieron unos individuos. Yo asusté a Alonso. Mira—le dije—: nos han tomado por anarquistas. Era por aquella época terrorista, en la que raro era el día que no estallaba alguna bomba. Pues no crea, tuvimos que refugiarnos en un periódico, y allí dejamos el lío sospechoso. Este era nuestro vivir; pero no le extrañe. Allí hay la costumbre de hacer la vida en el periódico, por eso no necesitaba estudio. Cuando tenía que pintar me iba a la redacción, y esa era mi casa y mi estudio.

Iba así hablándonos Federico Ribas. El genial dibujante es una de esas personas que poseen lo que hemos dado en llamar «don de gentes». Por eso se sabe captar en seguida las simpatías del que le escucha. Es afable, sencillo, cordial. Su conversación, agradable, amena; tiene una modestia encantadora. Es un hombre ingenuo que habla con el corazón. Durante la charla yo le iba contemplando. Es más bien bajo de estatura, fuerte y achaparrado. Su cabello, cuidadosamente peinado con raya a un lado, es negro como la endrina y brillante. Su frente es amplia y espaciosa, sin una arruga. Tiene unos ojos azules, grandes, expresivos, inquietos, y sus pupilas parecen reflejar su carácter condescendiente, y al mismo tiempo enérgico y constante; su rostro, de sano color, lo lleva rasurado completamente.

La tarde que le visitamos vestía un traje azul marino obscuro y un *jersey* marrón con una chalina pequeña anudada con desgaire.

—¿Cuándo se fué usted a París?—le dijimos para reanudar la conversación.

—En 1912. Lo pensamos Alonso y yo; empecé a

ahorrar dinero y tuve la suerte de ganar dos o tres concursos de dibujos, y cuando me vi con doce mil francos me fuí a París.

Guardó silencio. Rememoraba, acaso, su llegada y su vida orgiástica en esa hermosa ciudad placentera, que parece hecha para asilo y refugio de artistas, de desterrados, de ilusos, y que a todos acoge con un gesto galante y hace siempre ofrenda de sus alegrías y de sus placeres. ¡Bella y refinada ciudad cosmopolita, no bien ponderada aun!...

—Allí me gasté en seguida lo ahorrado, con unos amigos míos americanos, que tenían mucha «plata», y me quedé pronto sin dinero.

Hízose un silencio.

—Pero a mí me ha perseguido siempre la suerte— dijo en seguida—, y cuando vi que sólo tenía cuatrocientos francos, me puse otra vez a dibujar y entré en *El Mundial*, de colaborador.

Dió unas chupadas al cigarro.

—París me gusta mucho. Allí es donde lo he pasado mejor de toda mi vida. Yo tenía un cuartito en la rue de la Fontaine, cerca de Montmartre.

El admirado maestro dejó vagar la vista por la estancia, añorando el alegre barrio latino y, como si pensara en voz alta, dióse a hablar con entusiasmo de su vida en París.

—Yo vivía de noche, y en Montmartre casi siempre; en ese barrio cosmopolita y pintoresco, asiento de la juventud bulliciosa y que es como una *cocotte*... De día resulta feo y triste; en cambio, de noche, se transforma, se maquilla, se engalana y se pone bonito.

—¿Cómo fué el casarse usted?

—No tiene interés. Sólo le diré que yo era antes refractario al matrimonio y que caí. Conocí a la que hoy es mi mujer, porque era casi vecina mía y nos cruzábamos frecuentemente en la calle. Me gustó, y a los ocho meses de relaciones nos casamos. Ahora no estoy descontento. Les aconsejo que se casen. Se hace uno más formal, gana uno salud para el cuerpo y para el alma; es algo de utilitarismo práctico...

En esto se deslizó, suavemente, una bella figulina por la puerta. Es un tipo menudo, esbelto, de una elegancia parisina. Nos la presentó.

—Mi esposa.

Los cuatro, entonces, como buenos amigos, seguimos departiendo amigablemente.

—¿Cómo se le ocurrió venir a Madrid?

—Por muchas cosas. La vida, cuando empezó la guerra, se hacía algo difícil. Se pararon muchas industrias, y apenas había relación con el extranjero. Mi madre me llamaba, y más que nada me hizo venir el estado delicado de salud de mi esposa. El médico me aconsejó que la llevara adonde hubiera muchos pinos, y yo pensé entonces en mi tierra. Allí te pondrás buena, la decía... Mira, es así, y la dibujaba los países de allá, de Bueu, de Vigo...

—¿Es usted muy apasionado de nuestro país?

—¡Oh!, mucho.

Y el ilustre paisano siguió ensalzando las bellezas de nuestra imponderable región.

—Y a usted, ¿qué le pareció nuestro país?—preguntamos a su esposa.

EL ALMA DE GALICIA

—¡Oh!, muy *bognito*, muy *bognito*... Ya ve, estoy contando los días que me faltan para ir allá.

—¿Usted hablaba bien el francés cuando llegó a Francia?—preguntó Prada a Ribas.

—No. Regularmente. Me entendía. En París hablan muy de prisa y en *argot* especial; por eso me pasó una vez una cosa muy graciosa. En un *cine* oí decir una muchachita a otra que se sacara la *galure*, y se quitó el sombrero; y yo pensé, entonces, que esa sería una palabra corriente, acaso elegante, y la aprendí; y un día se la dije a una mujer en un *cine*, que estaba delante de mí con un sombrero que no me dejaba ver, y ¡menuda se armó! La señora, toda indignada, me decía que aquello no era una *galure*, sino un sombrero; y es que *galure* es una cosa así como mamarracho; una cosa fea; yo no lo sabía...

Él rió ingenuamente como un chiquillo.

—¿Qué afición es la suya?

—El *foot-ball*... Es un deporte que me gusta muchísimo. De buena gana jugaría ahora mismo.

—¿Qué proyectos tiene usted para el porvenir?

—Pues formar una escuela a la moderna, como existen en Francia, para enseñar a dibujar, iniciando a estilizar las cosas, que es como mejor se aprende; desde la primera sesión, copiando del natural, no del yeso como se hace aquí. Al alumno creo yo que no se le debe enseñar ya como hacen en España todavía, sino solamente orientarle, darle lecciones de pura técnica... Martin-galas del oficio.

King no cesaba todavía de jugar con su amo. Nosotros seguimos nuestra charla, y Ribas, atento con

E. ESTÉVEZ ORTEGA

nosotros, nos ofreció enseñarnos sus dibujos últimamente hechos.

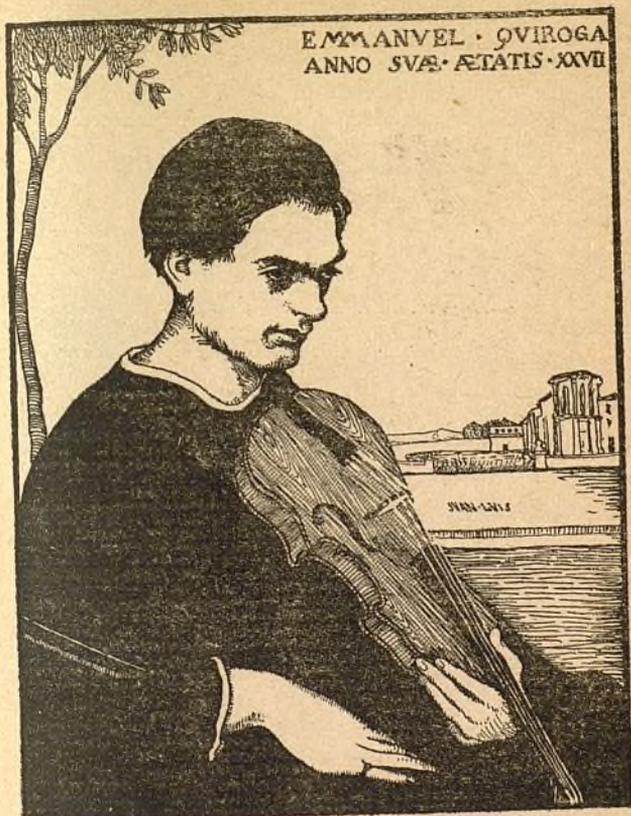
Y fuimos viendo sus bellas producciones, admirables, como todas, de ejecución, de color y de técnica.

—¿Le cuesta a usted mucho trabajo el dibujar?—le preguntamos.

—No; muy poco. Soy un dibujante que apenas usa la goma.

Y nos seguía mostrando láminas y láminas.

A cual más bellas, lector...



EMMANVEL · QUIROGA
ANNO SVA · ÆTATIS · XVII

MANUEL QUIROGA

(Retrato de Juan Luis.)

MANUEL QUIROGA



U N recuerdo...

Fué una noche de estío, en el Casino de San Sebastián. Hace... uno, dos años... No sé...

Al filo de la media noche.

Parpadeaban luciérnagas en el cielo y en la tierra. Arriba, los ópalos erráticos, de esos corpúsculos vívidos que se llaman estrellas, y en la tierra, una alegre lucería que se extendía por la ciudad, por Igeldo, por el muelle de pescadores... por el paseo, que semejaba un collar de brillantes, largo, retorcido hacia Miramar.

Es la terraza del Casino.

Alto, esbelto, el monumento del Centenario de 1913 destacábase en la gris obscuridad como un fantasma. A la derecha se extienden las aguas cantábricas, de donde emerge umbría la isla de Santa Clara y en las que rutilaba a ratos escondida entre cendales una luna clara, grande, como un disco de ágata.

En un rincón me había dejado caer, contando las últimas monedas que se habían milagrosamente salvado

«arriba»... Hasta allí llegaban las notas que de unos violines dejaban escapar unos «tzinganos» de rojas casacas que saturaban el ambiente de una deliciosa música ensoñadora, lánguida, perversamente voluptuosa... En derredor de unas mesitas platicaban animadamente elegantes tertulias, en las que hacían duro contraste los gayos y vaporosos trajes femeninos con la sencillez severa de los fracs y smokings, obligada indumentaria masculina.

Se acercó un amigo.

—Hombre, ¿te aburres? Te voy a presentar a tu paisano Quiroga; ven...

Detrás de su esposa, rubia, menuda, de refinado tipo parisino, llegó él, sentándose en una mesita junto a la nuestra.

Me lo presentaron.

—Llevo, amigo Quiroga, no sé cuánto tiempo detrás de usted. Quería tratarle, hablarle... Ayer le he oído tocar. ¡Maravilloso! Quiroga, ¡maravilloso!

Quiroga hizo un gesto de modestia. En seguida, mirándome, habló:

—¿Usted es periodista? ¿Y qué quiere que le cuente?

—Su vida, sus estudios... sus aficiones...

—¡Mi vida!... Yo no valgo para hacerme una interviú... Conmigo no se luce usted, amigo Estévez...

—¿Tan torpe me cree?

—¡Nol! De ninguna manera. Es que... ¿Quién se acuerda de lo que hizo uno de pequeño?... Además, mi vida no tiene nada interesante. Mi pasado no es curioso. Yo no tengo amenidad. Una conversación conmigo no ha de deleitar a sus lectores...

EL ALMA DE GALICIA

Yo no me di por convencido.

—Entonces, hablemos del porvenir.

—¿Del porvenir? ¡Yo qué le voy a contar! Los artistas que nos debemos por entero al público, ¿qué sabemos lo que hemos de hacer mañana?... No ve... Contratos que surgen de pronto para aquí, para allá... En nuestra vida errante no hay orden...

Hubo una pausa.

—Y bien, paisano, ¿de qué parte es usted?—le dije de pronto.

—De Pontevedra.

—Sus padres, ¿qué son?...

—Comerciantes. Tienen un comercio allá en Pontevedra.

—¿Y allí se despertaron sus aficiones musicales?

—Sí, señor.

—Será curioso. ¿Me quiere contar cómo fué?

—¡Ah! Pues no lo sé. Fué una cosa intuitiva. Mi hermano mayor, Carlos, que es médico y ahora está de director en el Hospital Español del Rosario de Santa Fe, era muy aficionado a la música y tenía un profesor. Y yo recuerdo ahora que en vez de irme a la calle a jugar con otros rapaces, lo que hacía era quedarme a oír cómo tocaba mi hermano. Me encantaba la música. Y un día dije a mi padre que yo también quería aprender a tocar el violín. Me puso profesor. Pronto supe más que él...

—¿Y entonces?

—Fuí a Madrid a seguir estudiando. Luego fuí a París.

Manolo Quiroga quedóse callado unos momentos. Por sus pupilas exóticas, soñadoras, debe pasar sin duda la extraña cabalgata de las horas de su azarosa

vida en la admirable y populosa urbe parisina... Allí, donde se forjan tantas quimeras y se realizan tantas ilusiones...

Y Quiroga añadió:

—Allá entré en el Conservatorio. Me gané el primer premio. Y luego comencé a dar conciertos. Toqué en Burdeos, en Lyón, en Marsella, en Bélgica, en Holanda... En Mengelbert, playa de moda muy concurrida antes de la guerra, tuve un éxito formidable. En Scheveningen toqué ante la Reina Guillermina... Luego volví a París...

—¿Y cuándo se casó usted?

—Hace tres años. Mi esposa es también artista. Es primer premio de piano. Discípula del gran maestro Delaborde, el rival de Rubinstein... Del verdadero Rubinstein, ¿eh? No de ése que anda ahora por ahí...

Y Quiroga, tras una pausa, hablóme de su feliz matrimonio con fervido entusiasmo.

Su esposa le miraba con sus grandes y claras pupilas en silencio, en muda contemplación, con infinita ternura y sonriendo complacida.

—Los hombres deben casarse jóvenes—decía Quiroga—. Yo se lo aconsejo a usted. Cásese. Esa vida inquieta, nocherniega, viciosa, es muy mala. Cásese... Claro que yo—dijo como rectificando—sé que no tienen todos la suerte mía de encontrar una mujer inteligente que le comprenda a uno... Pero eso no es difícil. Las hay. Créame, ¡las hay!...

Yo, un poco escéptico, sonreí. Pienso en *ella*, en una mujer. En la mujer ésa que le comprenda a uno. Que le anime. Que le ayude... Que no sea carga, ni rémora.

EL ALMA DE GALICIA

¡Que le comprenda a uno!... Pienso que el amor pasa muchas veces a nuestro lado, y pasa fugaz, dejándonos muchas veces como una estela invisible de felicidad, que desaparece, quedándonos, a lo más, un recuerdo grato, un poco melancólico, de emoción, de sentimiento. Apuré de un sorbo mi *whiskey*.

Y sonreí, sonreí...

Cuando Quiroga se hubo expansionado un rato, para no perder el diálogo, le pregunté de nuevo:

—Dígame, ¿qué vida hace usted?

—Aquí muy variada y desordenada. Y es que los españoles somos muy desordenados. Perdemos lastimosamente un tiempo precioso. Como se da uno cuenta es regresando del extranjero. Aquí no hay orden para nada. En París, donde tengo fijada mi residencia, llevo una vida metódica. Me levanto a las nueve. Después del baño y desayuno, estudio hasta la hora de comer. Luego vuelvo a estudiar hasta anochecido, que voy a los conciertos, al café, a los teatros... Igual hago después de cenar...

Hízose un silencio. Yo le rompí:

—¿Dónde ha ganado usted más dinero?

—En New-York... En Francia también he ganado mucho dinero. Claro que allí soy muy conocido. Me anuncian y se llena donde dé un concierto. Pero donde he tenido mayores éxitos ha sido en el Metropolitán y en el Hipódromo de New-York...

—¿Le gustó Madrid?

—¡Ah! Sí, sí, mucho... Me aplaudieron mucho y me agasajaron mucho...

—¿Usted es compositor?

—Sí; tengo escritas algunas partituras para conciertos. Ahora volveré a trabajar.

—¿Tiene usted mucho miedo a los públicos?

—¡Oh! Mucho, soy un hombre muy impresionable. Pero entienda usted. Es que tengo conciencia de lo que hago. Sí. Soy muy impresionable. Por eso temo... acaso más por mí que por el público...

Quiroga así hablaba. Yo íbale contemplando.

Enfundado en su smoking, tenía en su habitual dejadez la figura interesante de un príncipe bohemio errante...

Quiroga no es muy alto. Joven, elegante, enteco, pálido... Su pelo, lacio y desordenado, lo echa hacia atrás. Tiene cara de sonámbulo. De distraído. Sus ojos, un poco hundidos, miran vagamente, como en somnolencia. Húndense sus mejillas junto a la boca: por eso tiene un poco salientes y huesudos sus pómulos.

Es bastante demacrado.

Habla de prisa, amenamente, y tiene un tono leve gallego que da mayor dulzura a sus palabras ingenuas, que desnudan y descubren su alma infantil al rápido brotar de sus labios, que sonríen alguna vez no sin ironía...

Tras una pausa, le invité a proseguir:

—Durante la guerra he dado numerosos conciertos en América. Y le doy un detalle curioso: las travesías siempre las hice en barcos franceses e ingleses...

—¿No le amilanó nunca la muerte de Granados?—le pregunté.

—No. Tenía la confianza y el convencimiento de todos los franceses de que la guerra submarina la habían

EL ALMA DE GALICIA

ganado los aliados, como ganaron la guerra toda... Nunca me pasó nada.

El mago del violín, el genial artista, sonreía lleno de satisfacción.

—¿Ha sido usted francófilo?

—Mucho... ¡Cómo no he de serlo, si Francia es mi segunda patria! A ella le debo todo. Allí estudié. Allí recibí los primeros aplausos. Allí triunfé... Y, por último, allí me casé... y con una francesa.

Calló unos momentos.

—Dígame—le dije para volver a la conversación—, ¿qué músico le gusta a usted más?

Quiroga sonrió.

—¡Hombre! Todos los que conoce ya todo el mundo. Es ocioso decirlo: Beethoven, Mozart, Bach, Listz, Chopin... Los obligados en todos los conciertos. Puede decirse que los únicos...

—Pero de todos esos, ¿a quién prefiere?

Y sin titubear contestó:

—Yo creo que el más completo es Beethoven.

—¿Y de españoles?

—De eso no hablemos.

—¿Qué público cree usted que entiende más de música?

—El neyorquino; pero después de estallar la guerra, debido, sin duda, a que allí fueron los mejores artistas del mundo. Además se congregó allí gente muy inteligente.

Hízose un silencio entre los dos.

—Cuénteme alguna anécdota—le dije a poco.

—Pero si yo... ¿Qué le voy a contar?

Hizo una pausa larga.

—Una vez—nos decía su esposa ante el silencio del marido—, en una travesía, le cortaron los botones del frac, como recuerdo.

Hubo otro silencio.

—Le voy a contar una cosa que me pasó en New-York y que me hizo pasar mal rato—dijo después Quiroga.

Y tras una brevísima pausa:

—Di un concierto, y al terminar, lejos de aplaudirme, se armó un griterío infernal con silbidos y todo... Yo... ni sabía lo que pasaba. Volví a tocar por segunda vez e igual. Cuando terminé el concierto, yo estaba pálido, iracundo, y me fuí al empresario a decirle que rescindía el contrato... ¡Yo, que había triunfado siempre!... Pero el empresario me abrazó. Los amigos me rodeaban felicitándome y me lo explicaron. Es que allí tienen la costumbre, cuando les entusiasma un artista, de vociferar hasta enrojecer, silbar, armar un escándalo, en suma. Pero aquellos momentos no los olvidaré nunca... Y es claro, cuando yo más hacía por gustar y toda mi alma la ponía en el violín, más les gustaba... y... mayor era el escándalo.

Quiroga ríe como un chiquillo.

Poco a poco fueron llegando varios amigos contertulios del genial músico gallego. Y se formó una peña alegre y bulliciosa.

Se dejó hablar del mago artista.

La conversación cambió de giro, se hablaba de otras cosas. Cosas insustanciales. Cosas sin importancia. Frivolidades...



ANTONIO PALACIOS

(Retrato de Muguraza.)



ñ
ño
bría
vid
C
Co
cul
rer
qu
de
co
Pa
An

ma

ANTONIO PALACIOS



ESTE hombre tiene un admirable y depurado gusto artístico—pensábamos nosotros mientras íbamos observando los muebles y objetos que exquisitamente exornan el recibimiento de su casa en la calle de Nicolás María Rivero.

¿He dicho recibimiento? He dicho mal. Es un pequeño *hall* muy elegante, muy soleado, que da a una umbría terraza florida, que se columbra tras una amplia vidriera de colores.

Cuadros de Llorens, de Sotomayor, de Chicharro, de Corredoira, penden de las paredes; bargueños, esculturas, jarrones talavereños, porcelanas, bronce, floreros de cobre, con muchas y gayas flores, hay por doquier en artístico desorden... Y unos sencillos muebles de mimbre estilo inglés, que entonan admirablemente, completan el adorno artístico y valioso de la estancia. Parece aquel vestíbulo el salón de una exposición de Arte.

Palacios se presentó en seguida.

—Estoy a su disposición—me dijo, tendiéndome su mano, que estreché efusivamente.

—Yo venía a...

—¿Una cosa técnica sobre el proyecto del futuro Vigo?—me interrumpió.

—No, señor; esa labor ya se la hizo Jaime Sola, y de un modo magistral en el *Faro de Vigo*. No. Yo quiero hacer una cosa personal. Que me cuente usted su vida, cómo fué el estudiar para arquitecto, opiniones...

Palacios sonrió amablemente.

—Bueno—me dijo—. Pues estoy a su disposición...

Y cuando íbamos a empezar a hablar, apareció su criado anunciándole una visita.

Palacios hizo un gesto de contrariedad.

—Va a tener que dispensarme unos momentos... No sé si le podré atender en esta hora.

En seguida otra llamada de timbre y... otra visita.

—Mire—me dijo entonces—. No nos van a dejar en paz. Lo mejor será... ¿Tiene usted algo que hacer? Y si no, a las dos le espero a comer en Bellas Artes... ¿Sí? Perdone y hasta luego.

Y nos despedimos.

Poco después de la hora convenida, en un saloncillo reservado del Círculo, entramos Palacios y yo a comer.

Allí, también en un rincón, yantaba tranquilamente Sotomayor.

Nos saludamos.

En una esquina, ante una mesita, encontramos acomodado.

—Bueno. ¿Y qué quiere que le cuente?—me dijo el ilustre arquitecto, al mismo tiempo que galantemente ponía en mi plato unos entremeses.

EL ALMA DE GALICIA

—Su vida. ¿Usted nació en Vigo?

—No, señor, en Porriño.

—¿Sus padres eran agricultores?

—No; mi padre, que nació en Madrid, era ayudante de Obras públicas y allí le destinaron cuando terminó la carrera. Allí conoció a mi madre. Allí se casó. Allí nació yo...

Hízose un silencio, durante el cual nos sirvió el camarero el primer plato. Después, Palacios, siguió hablando.

—De Porriño, nos fuimos al Norte de Portugal; mi padre hizo los ferrocarriles aquéllos...

—Y eso debió de influir en usted, ¿no?

—Claro. Nosotros, imagínese, vivíamos en el campo, en barracones, como en un campamento. Yo no veía más que útiles de trabajar y planos: grúas, vigas, rieles, maderos, ladrillos, herramientas... Estaba familiarizado con el croquis, así que, a fuerza de convivir con todo eso, me hizo que me gustaran esas cosas y terminé por tener una afición loca por la carrera.

Hizo una pausa.

—Creo que aun conservo un cuadernito de cuando era pequeño en el que había pintado vagonetas, discos, puentes, túneles...

Calló. Escanció, galantemente, un dorado y transparente Rioja en mi copa.

Y siguió:

—Después volvimos a España y comencé a estudiar el bachillerato.

—¿Con buen éxito?

—Al principio, no—dijo sinceramente—. Estudiaba

para salir del paso, sin afición y sin que obtuviera buenas notas... pero llegué al tercer año y me encontré con un profesor admirable, don Antolín Esperón, profesor de francés. Aquel hombre era un pedagogo interesante. Más que enseñarnos lecciones, y lecciones de francés, nos enseñaba a discurrir y a pensar. En clase, a lo mejor, nos hacía preguntas triviales que no tenían que ver nada con la lección, sólo para ver cómo discurría cada uno.

Hizo una pausa brevísima.

—Otras veces nos explicaba la lección de francés en gallego, haciendo que nos fijáramos en la analogía y etimología de muchos vocablos, haciéndonos comprender la diferencia que existe entre idioma y dialecto y muchísimas cosas. En aquella clase se aprendía de todo. Yo tanta afición tomé a la clase y a los libros, gracias a aquel profesor, que en aquel curso me dieron tres sobresalientes. Y así seguí después...

Nos sirvieron más viandas y escanciaron más de aquel vino dorado en nuestras copas.

Yo miraba a Palacios. El genial arquitecto es no muy alto; una estatura regular. Fuerte, eso sí, y recio, de sana complexión. Es joven aun. Una juventud de treinta y cinco a cuarenta años; su cabellera gris, péinala hacia atrás. Su tez es muy morena; su rostro, bronceado casi, pulcramente afeitado, tiene un mirar tranquilo y sereno que infunde cordialidad y confianza.

Al hablar se le nota un ligero acento gallego, y su charla, que es muy interesante y viva, resulta encantadora.

—Y después, ¿adónde fué usted a estudiar?—le preguntamos tras una pausa.

—Vine aquí a Madrid, a la escuela Politécnica, que ha sido extinguida. Entonces en esa escuela se estudiaba juntamente (así era el plan de estudios) para ingeniero y para arquitecto. Los cursos eran comunes, y hasta el quinto año no se decidía uno por la carrera que más le gustara o conviniera. Desde aquí ya eran distintos los estudios. Yo, cuando llegué al quinto, estaba indeciso. No sabía cómo continuar mis estudios, si para ingeniero o para arquitecto.

Hizo un silencio que yo respeté. En seguida continuó:

—En esto un Real decreto reorganiza los estudios y separa la carrera de ingeniero y la de arquitecto. Era el momento decisivo. Y me decidí por la Arquitectura. Mejor dicho, lo decidió la suerte.

—¿Cómo la suerte?

—Sí; lo eché una noche a cara o cruz.

Calló. Pero al momento reanudó el diálogo:

—Mi familia quería que hubiera sido ingeniero, pero...

—¿Está usted pesaroso?

—Al contrario. Esta carrera es la que mejor va a mi carácter...

Hubo una pausa. Palacios volvió al hilo de la conversación:

—También en la escuela encontré el profesor que apetecía. Yo ni era el más listo ni de los torpes... Uno de tantos... Pues, como le digo, encontré el profesor que apetecía. Fué en la asignatura de Proyectos, la más difícil de la carrera. Es cuando se ve el que vale y el que no; pues bien: yo hice mi proyecto, y el profesor, que era don Aníbal Alvarez, cuando lo vió subió a Se-

cretaría a preguntar quién era yo y dónde había estudiado, porque le sorprendió mi proyecto y se extrañaba de que los profesores no le hubieran hablado de mí.

Y rió ingenuamente como un chiquillo.

—Y en seguida que concluyó la carrera, ¿encontró usted trabajo?

El admirable arquitecto sonrió.

—Lo busqué. Hice los concursos del puente monumental de Bilbao, de la Casa de Correos, del Casino de Madrid... El Casino de Madrid se hizo mediante un concurso internacional, al que concurrieron muchos arquitectos, presentando un total de treinta y siete proyectos. Y fué elegido el mío, entre los seis premiados en primera categoría. Después...

Seguía así hablándome Palacios. Uno de los hombres más trabajadores e interesantes de nuestro tiempo. Y más artistas. Más nuevo. Más original. Yo le admiro sinceramente.

—¿A qué atribuye usted—le dijimos tras una pausa—el que en España no haya un característico estilo de construcción?

—Mire: a que se ha construído muy poco de tiempos atrás. La gente, entretenida en guerras y continuas revueltas políticas, apenas si se ocupaba de hacer una obra de importancia, ni un edificio, ni nada. No pasa lo mismo en Francia, donde no se ha interrumpido, por decirlo así, la construcción, y por eso persiste un estilo.

Hízose un silencio. Yo, para reanudar la convesación, inquirí:

—Usted, que ha corrido medio mundo, dígame: de

EL ALMA DE GALICIA

todas las obras que ha visto, ¿cuál le ha sorprendido más, cuál le gusta más?

Titubeó Palacios unos momentos, y al fin dijo:

—Es difícil de contestar a esa pregunta. Porque mire: los monumentos, las mejores obras que hoy nos llaman la atención por su factura, por su grandiosidad, por el atrevimiento, son obras producto de mucho tiempo. Ya ve. El Partenón es una consecuencia de la evolución, en la construcción, durante cuatro siglos. La catedral de Reims, de tres siglos.

Luego, como si pensara en voz alta, siguió:

—Si usted me hubiera preguntado qué obra es la que más me maravilla, le hubiera respondido que el trasatlántico. Es la más acabada y perfecta obra arquitectónica que se conoce. A la estabilidad, al equilibrio de la nave en sí misma, hay que añadir el equilibrio perenne sobre las aguas. Y fijese qué arquitectura más complicada, y qué rara distribución la de esos maravillosos palacios flotantes. Así, observe usted, en un trasatlántico moderno, la extraña colocación de todos los compartimientos: y ve usted a lo mejor cerca de las fogoneras, por ejemplo, un *hall* elegante y artístico. Junto a un dormitorio estilo inglés, una sala Luis XV; al lado de unos cuartos de baño, unos jardines, cerca de unos amplios comedores, una severa y elegante sala de lectura. Y luego, la distribución por clases, por categorías. Es el mayor adelanto de la Arquitectura. Pues bien: toda esta maravilla, no es sino la consecuencia de una muy lenta evolución de un tipo arquitectónico, que va perfeccionándose sucesivamente.

—¿Cree usted—le dijimos luego de una pausa—en

un resurgimiento total evolutivo de la arquitectura?

—¡Ya lo creo!—exclamó prestamente—. La Química ha de venir al encuentro de la Arquitectura. Ahora se trabaja aún con los materiales primitivos: madera, piedra, hierro... No. La madera se comba y se deforma. Los ladrillos resultan ya monótonos y feos. Llegará un día en que la Química dará nuevos materiales de colores diversos; materiales diversos y consistentes; y se llegará a la construcción de la ciudad ideal. Cada artista soñará con su obra, y podrá construir edificios en los que todo sea luz y color, con materiales a su antojo y materiales que entonen, que se puedan combinar, que hagan conjuntos vistosos, artísticos, esplendentes...

Palacios había callado. Nosotros cerramos los ojos e imaginámosnos una ciudad fantástica, de fantasmagóricas construcciones. Toda una ciudad de amplias y rectas avenidas, de grandes y policromados edificios gayos, en los que la luz se combine y se irradie en haces fosforescentes luminosos, como una alucinante lucería maravillosa...

Palacios apenas se había exaltado. Hablaba con su apremiante voz agradable. Sus ojos, en cambio, rutilaban. Tenían destellos de vidente.

Habiánnos servido el último plato. Íbamos en los postres.

Yo aun le pregunté:

—Dígame: ¿cuánto dinero le ha producido la arquitectura?

—¡Ah! Mucho. Pero tengo poco. Todo me lo gasto. ¡Pero de esto no diga nada! Sí, sí; me lo gasto. Y ahora, apenas cobro. ¿No ve que tiene uno ya nom-

bre, y se ha creado relaciones, y ha contraído amistades a las que no puede uno cobrar?... Otras veces es por amor propio. Como ahora, que acabo de regalar al Círculo de Bellas Artes mi proyecto para su nueva casa. Ya ve. Son veinte mil duros.

Hizo una pausa. Siguió:

—Mire: sin cobrar nada, estoy haciendo el Ayuntamiento y la Escuela de Porriño, la Iglesia de la Encarnación en Celanova, una reforma de Madrid y los proyectos del Vigo futuro...

—¿Cómo se le ocurrió el proyecto del Vigo futuro?

—¡Qué sé yo! Viendo desde el mar la ciudad. Yo, siempre que voy a Vigo, suelo pasear en lancha por la bahía, y contemplando la ciudad desde el mar me fijaba en el incremento que iba tomando Vigo. Se extiende...; se tiene que extender. Y esto, que actualmente se realiza en absoluto desorden, me ha hecho sugerir la idea de que se puede hacer algo bello. Porque si este incremento se realiza a pesar de la falta de plan, el progreso de la ciudad, de ser ordenado, había de ser prodigioso. Y por eso he pensado en el nuevo Vigo.

Hizo una pausa.

—Vigo está al pie de una ladera de pendiente exageradísima; por esta causa necesitan que se construyan tres o cuatro líneas horizontales y otras oblicuas que se aparten de la línea de máxima pendiente.

—¿Eso se hará pronto?

Palacios hizo un gesto ambiguo. Después díjome:

—Yo lo creo muy hacedero; por lo pronto no tardará en hacerse a orilla del mar una línea horizontal de nueve kilómetros, puesto que ello forma parte del gran pro-

yecto de inmediata construcción de las obras del puerto. Esto es lo que se llama la Gran Vía Atlántica. Y es seguro de que se haga otra alta, en la cima de la ladera, en lo que pudiéramos llamar, tomando el nombre de la famosa de Niza, la Cornisa de Vigo; el resto sería sólo ya completar las arterias de vialidad de la gran futura ciudad. Yo creo que la Gran Vía, la Cornisa, se hará inmediatamente, no sólo por ser absolutamente necesaria, sino porque ella constituye, digámoslo así, como un filón por explotar. Las modernas leyes, que muy justamente tienen en cuenta la plusvalía de los terrenos y que debe enriquecer a la Municipalidad, y no al particular, representan la capacidad financiera necesaria para emprender obras de la amplitud que ésta tiene y dar rendimientos sobrantes aun para emprender obras que no son tan reproductivas, pero que son el complemento indispensable de aquéllas. Me refiero a los grandes edificios de carácter monumental, y cuyo emplazamiento proyecto en los lugares culminantes de la gran ciudad futura.

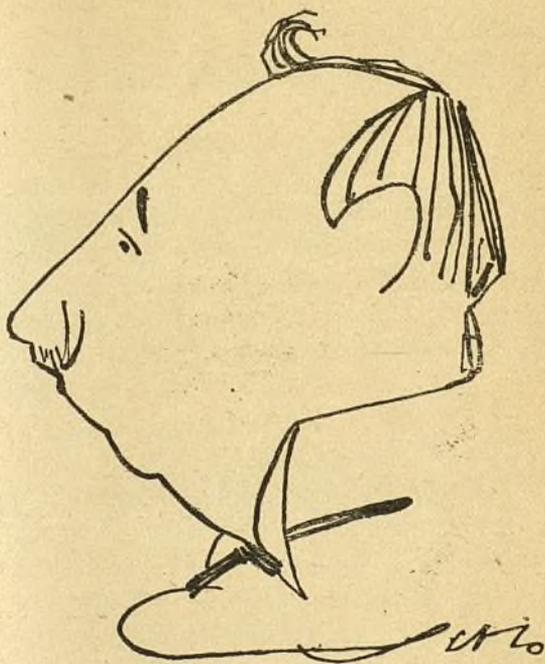
En esto estábamos, cuando se acercó Sotomayor, invitándonos a tomar café. Nos levantamos. Al poco nos habíamos restituído a la calle. Un sol de una esplendorosidad de maravilla la inundaba de vívidos charcos de luz, de color, con un agobiante bochorno; cerca de las cuatro de la tarde, de julio, en Castilla...

Un arrapiezo pasó gritando no sé qué diario, recalando, con monotonía desesperante: «la derrota de los bolcheviques en Hungría».

Se paró de pronto Palacios. Y dirigiéndose a nosotros, exclamó sonriente:

EL ALMA DE GALICIA

—¡Hay que ver! ¡Qué pronto cambian los pueblos de opinión!... Cuando yo estuve en Hungría (y de esto hace poco tiempo) visitando el Palacio de la Cámara, se me ocurrió preguntar ingenuamente dónde se sentaban los republicanos. ¡Menuda se armó! El que me acompañaba, un magyar noble me contestó, muy enojado, que republicanos no existían en el país. Y si los había sería calladamente. En aquel Parlamento no tenían asiento los enemigos del régimen... A aquel hombre le ofendió mi pregunta, aunque me disculpé diciendo que en mi país los republicanos tenían asiento en las Cámaras y no se recataban de hacer ostentación de sus ideas... ¡Y quién me iba a decir a mí que, poco después, allí, donde no había republicanos, se iba a proclamar la República! Si yo volviera, me gustaría encontrarme con aquel magyar... Ahora le preguntaría: Dígame, ¿dónde se sientan los monárquicos aquí?... ¡A ver qué decía!...



ADELARDO NOVO

(Caricatura de Sirio.)

ADELARDO NOVO



A estará Novo en ésa—me escribió mi director—y conviene que le vea usted. Acaba de llegar de América. Le dirá cosas interesantes. Se hospeda en...»

—¡Ya lo creo!—exclamé al leer la misiva de Solá.

Y fuí a verle en seguida.

No estaba en el lujoso hotel de la Carrera de San Jerónimo, donde se hospedó. Le dejé mi tarjeta. Y al día siguiente el ordenanza de la redacción de uno de los periódicos donde trabajo me pasó recado de que un señor me esperaba... ¡Era Novo! Me saludó efusivamente. Como si me conociera de antiguo. Y tras unas frases cordiales, quedamos en vernos al día siguiente, anochecido, en el Lyón. No faltamos a la cita.

—Iremos a cenar juntos. Así tendremos la noche por nuestra y charlaremos de lo que usted quiera—me dijo seguidamente en cuanto me hubo saludado—. Ya me habló Solá de usted. ¡Vamos!

Salimos.

Del Lyón al Nuevo Bilbaíno hay un paso. Son las

nueve poco más. La Carrera estaba rebosante de gente que, apiñada, caminaba rumorosa, alegre y parlanchina y seguía su paseo vespertino por Sevilla y Cuatro Calles, llenas de animación y bullicio.

—¡Adiós, paisanin!—le dijo uno.

—¿Le conoce? ¡Millán Astray!...—exclamó Novo.

—¡Novo, adiós!—gritó otro al pasar.

—Es Rodríguez Viguri... amigo mío....

Y así, Martínez de la Riva, Basilio Alvarez, Olmet, Xavier Bóveda... y no sé cuántos más que encontramos, le saludaron cariñosamente.

—Es usted aquí casi popular—comentamos nosotros.

—¿Cómo no? Sí, hombre. Aquí tengo muchos y buenos amigos—me contestó—. Sobre todo entre políticos y escritores... Al revés de lo que me pasa allá. En Cuba apenas me trato con los compañeros. Voy del periódico a casa; de casa al periódico. Y nada más. Aquí estoy admirablemente y muy contento siempre. Y me sienta muy bien este clima. Madrid es encantador, hombre. Más que ningún sitio. Bueno. ¡Y Galicia! Galicia para el verano... es deliciosa...

Novo habla siempre con jovialidad. Su conversación es muy entretenida y simpática. Charla mucho, y charla muy aprisa, mostrando al^o reír unos dientes muy blancos, muy iguales, muy cuidados. Es un hombre nervioso y vehemente. No se recata de nada ni por nada al hablar. Dice las cosas como las siente y con sabia concisión, empleando frecuentemente duros adjetivos y expresándose apasionadamente.

El director y propietario del *Diario Español*, de la Habana, es una de tantas personas que logran interesar

EL ALMA DE GALICIA

a quien la escucha desde el primer momento. Y si en un principio, acaso, puede parecer a cualquiera, por sus acres y fuertes comentarios, un hombre amargado de la vida, un escéptico o un derrotado, que muestra su despecho por su impotencia ante el duro luchar por la vida, en seguida convence de lo contrario.

Pero, no.

Novo es un rebelde. Un espíritu inquieto, audaz, decidido.

Así nos ha parecido a nosotros.

Habíamos llegado al restaurante. Se despojó rápidamente de su amplio abrigo gris oscuro, con trabilla. Entonces dejaba ver un terno color marrón oscuro, también con trabilla, y un chaleco fantasía. Varias sortijas lucían en sus manos, finas, pulidas, elegantes, que accionan frecuentemente en ademanes enérgicos.

—Me va usted a contar su vida, debe ser interesante—le dije.

Novo sonrió.

—Nada, charlaremos un rato. Es una vida la mía exenta de emoción, créalo.

—¿No nació usted en La Coruña?

—Soy de El Ferrol. Pero viví mucho tiempo en La Coruña, adonde nos trasladamos cuando fué elegido mi padre diputado provincial.

—¿Y allí estudió usted?

—Sí. Estudiaba por libre y me iba a examinar a Santiago.

—¿Cuándo vino usted a Madrid?

—Terminé la carrera de Derecho; murió mi padre, y entonces yo vine acá lleno de ilusiones.

Hizo una pausa muy breve.

—Vine lleno de ilusiones—siguió diciendo—porque venía con mi flamante título de abogado a casa de mi tío Brocas, secretario del conde de Romanones, que por entonces le nombraron ministro por primera vez... y, además, con muchos deseos de medrar y hacerme un hombre. A mí me parecía muy fácil con tan buenos padrinos...

Saqué mi *carnet* y un lápiz, y entonces Novo me lo arrebató.

—No; de eso no diga nada, nada... No quiero hablar de Brocas para nada. Ni del conde...

—Bueno. Siga.

—Y aquí me cansé. Mi tío quería que yo fuera para él lo que él era para el conde y... eso no... ¡nunca!

Novo hizo un gesto de desenfado, sonriéndose desdenosamente, y arqueó los brazos en brusco ademán.

El camarero nos sirvió el primer plato.

Siguió poco después el ilustre periodista hablando, como pensando, en alta voz:

—No nos tratamos. ¡Ni falta que hace! Aquel ambiente me repugnaba... Yo entré en la secretaría del conde... de amanuense y, afortunadamente, no serví. Tengo una letra malísima. Escribí tres o cinco cartas y el conde no las firmó. No las entendía... ¡Ni yo tampoco!...

Callo. Él mismo reanudó la conversación:

—Entonces entré en el bufete de Doval. Allí ganaba unas cuantas pesetas. Comencé a faltar a la secretaría del conde. Esto le indignó y tuve con mi tío un fuerte altercado. Me fuí de su casa y Doval me acogió en la suya. Gerardo, entonces, que como ahora y como siem-

EL ALMA DE GALICIA

pre ha sido un gran amigo mío, quiso arreglar aquel disgusto... No lo logró. Y entonces me fuí de su casa, pues vivía en la misma que mi tío, en el piso debajo, y como eran, además, amigos, mi situación resultaba violenta.

—¿Y entonces se dedicó usted a periodista?

—¡Cal Era oficial quinto del Cuerpo Contencioso-administrativo del Estado... con noventa y tres pesetas y sesenta y cinco céntimos mensuales. Y con este capital viví durante bastante tiempo aquí. Verá: pagaba por un cuarto para dormir y desayuno, en una casa de la calle de la Magdalena, treinta pesetas. Y comía y cenaba por cincuenta pesetas mensuales, en un restaurante de la calle de la Aduana.

Yo hice un gesto de asombro.

—Sí, señor. Por cincuenta pesetas comía y cenaba. Me quedaban trece pesetas setenta y cinco céntimos para vestirme y mis vicios... Y como no tenía otros ingresos, con este presupuesto vivía sin salirme.

Hízose un silencio entre los dos. Quedóse pensativo unos breves momentos y reanudó la conversación.

—Pero un mes me desnivelaron el presupuesto. Y las pasé muy estrechas. Figúrese que en el restaurante donde saqué el abono había que pagar por anticipado, el día primero, las cincuenta pesetas, importe de las comidas del mes; y un día, sobre el cinco o el seis, al llegar me encontré cerrada la puerta, con un cartelito que decía: «cerrado por quiebra». Calcule usted el efecto que aquello me haría. ¡La perspectiva que se me ofrecía era terrible! Sin dinero, ni sitio donde poder comer... y veinticinco días por delante...

E. ESTÉVEZ ORTEGA

Reímos la aventura, entonces hartamente triste, que hoy, ante los suculentos platos que nos servían, nos parecía cómica y graciosa, y Novo volvió a hablar.

—Mi tío se portó muy mal conmigo. Se vengó en mí, por mi desdén hacia él, y el conde trasladándome a Cartagena de oficial primero de la Escuela de Comercio. Doval logró que no fuera, y me enviaron entonces a Avila, pero con la promesa de traerme pronto a Madrid.

—¿Y le trajeron pronto?

—Vine yo. Allí estuve catorce meses.

—¿Qué hacía usted?

—Nada. Absolutamente nada. Dormir y hacer versos.

—Continúe. Es interesante todo esto.

—Pues nada. Como le digo, vine a Madrid. Hablé con Doval, y como no me podían o no me querían sacar de allá, devolví mi credencial al conde y me marché a América...

—¿Y allí?

—Pues fui periodista. Pero como pude ser almacenista de víveres, o tendero, o cortador de caña, o sastre... o... ¡qué sé yo!... Fui con mi tío... Estaba en el periódico *La Unión Española*. Entré de redactor.

—Aquí, en Madrid, ¿había escrito usted algo?

—Solamente un artículo en *El Globo*, dándole un «bombo» a un torerillo amigo mío que debutó en Carabanchel...

—¿Tenía aficiones literarias?

Novo se encogió de hombros.

—Mi padre fué periodista. Fundador y director de

EL ALMA DE GALICIA

El Correo Gallego, de El Ferrol, y yo me crié en este ambiente.

Hizo una pequeñísima pausa, y añadió:

—Al poco de llegar a Cuba, a los dos meses, *La Unión Española* se quedó sin director. Mi tío entonces me llamó: «¿Tú quieres ser el director?» «No —le contesté—. No conozco a nadie... Acabo de llegar... No sé ni una palabra de esto.» No me valió. Me rogaron, me instaron mucho, y me quedé de director al fin.

—¿Cómo lo dejó usted?

Hizo Novo una pausa. Quedóse pensativo. El camarero nos sirvió otro plato.

Novo reanudó en seguida el diálogo rememorando su vivir intranquilo, inquieto, preñado de amarguras e incertidumbres.

—Habíamos sido vendidos. Es decir: el propietario de *La Unión Española*, cuyo periódico dirigía, se deshacía de él por venta. Esto, sabido por mí, me dió tiempo para fundar otro nuevo. Y salió *El Diario Español*. ¿Cómo? De milagro. Pero salió. El 30 de marzo entregué *La Unión*. El 1.º de abril saqué mi periódico. El día 31, que era domingo, lo hice. Conmigo se vinieron todos los redactores. Tomé una imprenta, y en las máquinas del periódico *Cuba* tiré el primer número. ¡Qué días! Aquél me olvidé de que tenía la costumbre de comer y cenar... Luego, estuve durante ocho días, sin salir de la redacción siquiera, alimentándome con *sandwichs* y café... Pero ¡qué número el primerol! Hecho dos veces. Verá: Se compuso en la imprenta que yo compré, y las formas, en galeradas, se llevaban a la imprenta de *Cuba*, cuyas máquinas lo imprimían. Aquella noche, cuando

llevaban toda la composición Nan de Allariz y Pepe Sarriaga en un carrito de mano, de una imprenta a otra, fueron arrollados por un tranvía... ¡Calcule usted! Todo se «empasteló». . Cada letra andaba por su lado... por los suelos... ¡El caos!... Yo estaba esperándolos. Cuando llegaron y me contaron lo sucedido, aquello fué Troya... Me calmé y volví a escribir el periódico, y a las dos de la madrugada se compuso otra vez y salió...

Hizo una pausa. Luego, en el mismo tono jovial, añadió:

—La redacción, en un principio, la tuvimos en un lugar que fué nido de «palomas torcaces» y callejeras... De esas que «fuman y llaman a los hombres»... Así, que mientras hacíamos el periódico, solíamos recibir ciertas visitas sospechosas... Luego, como entraba y salía tanta gente, y era un callejón oscuro, la Policía se percató y nos vigilaba. Se llegaron a creer que aquello era el punto de reunión de algún Comité conspirador.

Reímos. Otra pausa. Y...

—Poco después de fundado se constituyó una Empresa para el sostenimiento del periódico. Con esa Empresa fuí al pleito muy largo y muy ruidoso. El periódico prosperó, y entonces la Empresa quiso quitármelo. Yo no me dejé, naturalmente; me procesaron. Llegó la prueba testifical; el periódico era mío. Estaba a mi nombre. ¡Con él me quedé! De ellos era la casa, las linotipias, las máquinas... yo no lo negué. Ellos se quedaron con eso. Yo me fuí a otra imprenta. Y siguió el periódico publicándose, como si nada. Este pleito está minuciosamente relatado en mi libro «*El Diario Español*», por dentro, publicado en 1911. Yo se lo daré.

EL ALMA DE GALICIA

Verá qué escenas. Algunas violentas. No me olvidaré nunca de unas noches que las pasé en vela en la redacción yo solo, guardándola, con un revólver.

Novo habla exaltándose. Es de estatura regular, fuerte, grueso, pero sin llegar a la obesidad. Su frente es ancha y despejada; su cara, mofletuda y llena, la lleva muy rasurada, tanto que en algunos sitios se ven brotes de sangre.

Un bigote pequeño, recortado a la inglesa, entre su labio superior. Sus ojos son claros. Ojos vivos, escrutadores, extraños, de una luz inquietante. Ojos de color de uva.

—Luego he tenido otro disgusto gordo—volvió a decir—. Un plante de redactores. ¡Me quedé solo! Pero también seguí adelante. ¡Adelante siempre! Y ahí está mi periódico. Lleno de vida, de prestigio y de lectores.

Y dijo esto ufano, sonriendo optimista, alegre, satisfecho.

—Siga contándome su vida. ¿Y las persecuciones?

—¡Ah! Fui expulsado de Cuba por un artículo que escribí en *Vida Gallega*. Pero lo curioso es que lo escribí contra gallegos... y me expulsó el Gobierno cubano por decir la verdad, por desenmascarar a cuatro pillos que se llaman gallegos y que no hacen nada más que explotar aquello.

—¿Cómo fué la expulsión? Cuénteme.

—Muy rápida, y muy sencillo. Es que como *Vida Gallega* tiene tanta difusión, en cuanto llegó el número que publicaba mi artículo titulado «Otra espina», se armó un revuelo grande. ¡Claro! Decía verdades

como catedrales; nombraba con toda minuciosidad a unos cuantos señores, los llamaba... bueno... por sus nombres. Total: que dos policías me cogieron en la calle, me llevaron a un castillo, me encerraron, y al día siguiente, como un sujeto peligroso, me metieron en el *Barcelona*, que zarpó inmediatamente para España, y desembarqué en Cádiz, en agosto del 17.

Sonrió. Añadió en seguida:

—Aquí estando, otro disgusto me produjo el pe-rriódico. El que dejé de redactor jefe se valió de que no podía ir, para hacerme una... Tuve que relevarle por cable... ¡En fin!

—¿Y le levantaron el castigo?

—Sí... Volví allá...

—Qué le gusta mas: ¿esto o aquello?

—¡España, concho, España!—dijo rápidamente.

—Y de España, ¿qué es lo que no le gusta?

—Algunos españoles... esos que hablan mal de España, esos que tienen siempre esa frase estúpida, idiota, sacramental de: «¡Cosas de España!» Como si el extranjero fuera algo inmejorable. Y fuera de España créame que pasan las cosas que pasan en España y muchas cosas peores que no pasan en España. Es lo único que me disgusta de aquí...

—¿Qué me dice usted de las relaciones hispanoamericanas?

—Que todo es una filfa, un camelo, una mentira. Individualmente, entre los americanos y españoles suelen ser cordiales... pero individualmente; no nos preocupan los americanos, ni nosotros a ellos. Eso de las relaciones es un tópico literario. Nada...

EL ALMA DE GALICIA

—¿Y qué le parece la labor de la colonia gallega de allí?

—¡Una calamidad! Una labor negativa contra España. Regateábamos a Galicia dinero y cariño, y el resultado es un palacio suntuoso, espléndido, y una Sociedad de Beneficencia riquísima... Pero lo insultante es que mientras la Sociedad de Beneficencia cuenta con más de medio millón de pesetas, hay muchísimos gallegos que duermen en los bancos de los paseos y muchos que se mueren allí enfermos, porque no tienen para volver. Y aquí no mandan dinero. No hacen nada por el país... ¡Como no piensan volver muchos se rodean de comodidades y lujos ostentosos! ¡Y se llaman gallegos! ¡No! No lo son porque han perdido el cariño, el amor a la región, abandonada muchas veces.

Novo dijo esto profundamente indignado.

—¿Se ha batido usted alguna vez? — le dije de pronto.

—Sí, señor; muchas. Pero desafíos serios, dos.

—¿Es usted partidario del duelo?

—Sí, señor. Me parece el único medio de resolver decorosamente cierta clase de cuestiones personales. Además, el que practica la esgrima no diré que es más caballero que los otros; pero sí que tiene más prácticas caballerescas y sabe resolver mejor ciertas cuestiones.

—¿Y vicios?

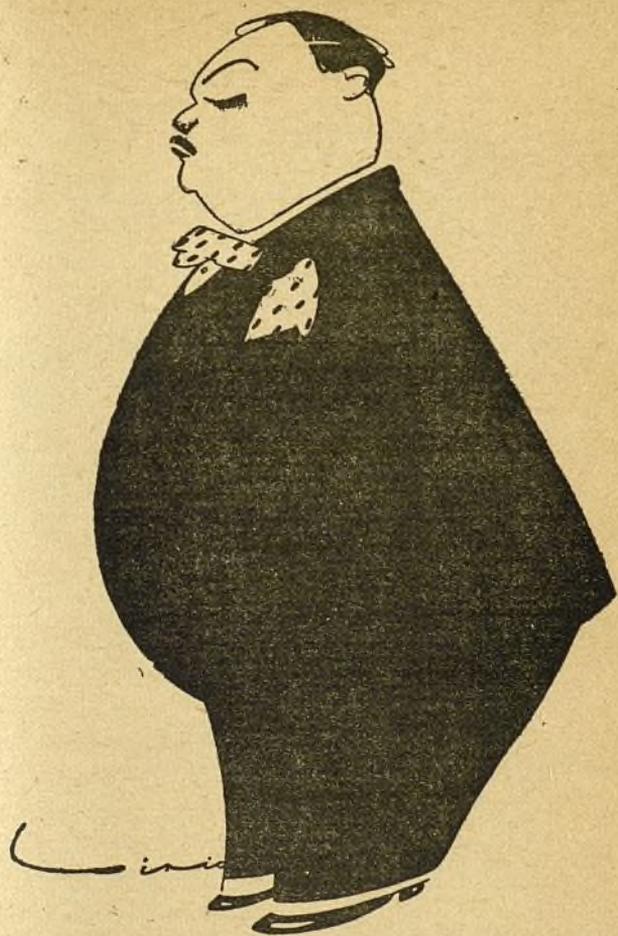
—Apenas. Yo no bebo, no juego. Las mujeres sí... es lo único... me gustan todas, me apasionan... creo que es lo único que sirve al hombre de incentivo. Lo que nos hace olvidar las penas, lo que mitiga nuestras

E. ESTÉVEZ ORTEGA

amarguras, lo que aumenta nuestras alegrías... La mujer es el todo para el hombre...

—Pues usted es soltero... no está casado...

—No importa... Es cierto... Pero no lo estoy, porque no me gustan las mujeres. Acaso sea porque me gustan demasiado...



ALBERTO INSÚA

(*Caricatura Sirio.*)

ALBERTO INSÚA



ON Waldo, tras su mesa de despacho, con un poco de viveza me hablaba de sí propio y de su vida... Sus viajes a América, sus trabajos literarios, sus opiniones; de todo me fué hablando con simpática efusión...

Me mostró también, encuadernada, la colección de su periódico *El Eco de Galicia*, que fundó y publicaba en Cuba; una novela suya, otra y otra...

Triste y dolientemente, cual su espíritu algo escéptico, me habló después de Galicia. De sus olvidos, de sus ingratitudes... Yo, de vez en vez, sinceramente, asentía a algunas de sus apreciaciones...

Se abrió en esto la puerta, y don Waldo, tranquilamente, sin moverse del asiento, arropándose un poquito más, me señaló al inquieto novelista.

—Mi hijo Alberto... Alberto, el señor Estévez Ortega, de *Vida Gallega*...

Yo me arrellané en una butaca. Don Waldo quedóse tras la mesa. Alberto Insúa se sentó frente a mí, en un amplio sillón. Cruzóse de piernas en actitud expectante y guardó silencio. Su padre exclamó:

—¡Estábamos hablando de Galicia!

Entonces, el interesante novelista, frunciendo el ceño, con su voz fuerte, que brota rápida de sus labios gorduzuelos, terció...

—Es bastante olvidadiza, muy olvidadiza... Ya puede usted suponer con qué pureza de amor quiero yo a Galicia... Pero lo reconozco. Es muy desdeñosa... Galicia es un pueblo que tiene el alma amodorrada. Está a merced de la política. ¿Usted no ve? Llega el diputado, o don Fulano o don Mengano, y todo el mundo sale a esperarle; le acompañan y hay música y cohetes y vivas... y luego, en seguida, se olvidan... Además, los gallegos intelectuales, salvo honrosas excepciones, sólo son abogados y políticos. No hablo, naturalmente, de los que emigran, de los que se bautizan en el Jordán del trabajo que se llama Atlántico, y así está el país. Se deshace entre el pleitear y el caciquismo...

Don Waldo actúa de sordina. Y comentando las frases de su hijo, dijo:

—Eso es en términos generales... Hay, como en todas partes, excepciones, ¿verdad?... Mire: yo fundé el Centro Gallego de la Habana, que hoy tiene una fuerza enorme y una cantidad de socios considerabilísima. ¡Y he sufrido tantas ingratitudes! Yo he hecho por Galicia lo que usted no sabe... Pero esto carece de importancia. La ingratitud es el hombre y, por tanto, humana. Ya vendrá usted a hacerme una interviú si es de su agrado, y le contaré muchas, muchísimas cosas que pueden interesar a la historia de Galicia en los últimos cuarenta años...

Alberto Insúa volvió a enhebrar el hilo de la charla.

—Mire: a los veinte años fundé *La Universidad Popular*, en Galicia. Di varias conferencias, una recuerdo en la Casa del Pueblo de La Coruña, y trabajé lo indecible... Pues créame. Me tienen olvidado. Ni figura mi nombre en las listas de socios...

Don Waldo volvió a hablar:

—Claro que esto que se dice de Galicia puede aplicarse a todas las regiones. Es España que es así.

Hízose un silencio entre los tres. Estábamos en el despacho del padre del ilustre novelista. Es severo y sencillo. Sin lujos ni ostentación alguna. En una de las paredes una estantería abarrotada de volúmenes. Enfrente, un mesa llena de papeles y periódicos. Detrás, dos armarios con vidrieras de cristal llenos de libros. En varias mesitas, revistas y más libros...

Don Waldo se levantó, y al mismo tiempo que se iba, hubo de exclamar:

—Bueno; les dejo a ustedes que charlen. Yo me voy. Quedámonos Insúa y yo solos. Y...

—¿Cuándo empezó usted a escribir?

—Siendo muy joven. Mis primeros artículos y cuentos se publicaron cuando aun estaba en la Universidad estudiando la carrera de Leyes. Se publicaron en revistas de escasa importancia.. Yo entonces también pintaba, pero muy mal. Tenía por profesor a don Manuel Angel, un gallego romántico e interesante, bravo, rebelde, noble y generoso como un rey... *El Liberal*, por fin, publicó un cuento mío. Y don Manuel, después de leerlo, me aconsejó que me dedicara a la literatura, pero que no volviera a dibujar... Y le obedecí.

—¿Qué novela fué la primera que publicó usted?

—*Don Quijote en los Alpes.*

—¿Era usted muy joven?

—Veintiún años.

Hízose una breve pausa. Insúa volvió a reanudar el diálogo.

—Después, durante ocho o diez años, he venido publicando dos o tres libros anualmente. Novelas de un realismo sincero, de mi tiempo... sin ridículas gazmoñerías... y con mucho éxito. De la novela que menos, he hecho seis ediciones... A más de tres mil ejemplares cada una; de algunas ocho y nueve, ¡calcule usted!...

—¿Sus obras están tomadas de la realidad?

—Mis novelas son todas vistas por mí. En mi vida he tenido siempre una serie variadísima de inquietudes. Y esas inquietudes se han traducido inmediatamente en un libro...

Mientras seguía la charla el culto novelista, iba observándole como acostumbro. Es alto, fuerte, bien proporcionado. Más bien grueso... La color de su tez es broncea casi. Sus ojos negros escrutan a su interlocutor. El rostro, lleno y mofetudo, lo lleva rasurado menos por el labio superior, en el que luce un bigote recortado, negro, que brilla como la endrina. Se ha despojado de aquella abundosa cabellera que llevaba hace años a lo Franz Lehar...

Insúa, mientras charla, es de esos hombres de ademanes tranquilos, que apenas accionan. Habla un poco desdeñosamente de todo. Pero eso sí, de prisa, muy de prisa... Como el hombre que tiene muchas cosas que decir, y no quiere ocultarlas ni que se le olviden.

Alberto Insúa es un «hombre de mundo». Un «hombre

EL ALMA DE GALICIA

de mundo» a su manera; esto es: un hombre que representa su vida que no la vive, un misántropo, un pesimista. A Insúa no le parece bien «molestar a los demás con la exhibición de nuestros dolores íntimos». Por eso este hombre, que tiene tantas cosas que contar, sólo dice lo superfluo, lo casual, lo que no quiere o no puede ocultar. Pero las cosas íntimas, sus galantes aventuras, «sus inquietudes», eso lo calla. Si inquirís por esto, hace como un gesto de disgusto y vuelve a hablar de prisa, con cierto énfasis, y como si lo que dice lo hubiera aprendido de memoria.

—Al estallar la guerra dejé de publicar libros. Como es natural—nos dijo Insúa—, fuí francófilo. Y estimé oportuno prestar mi apoyo, mis entusiasmos a los aliados. Y peleé. Mis armas fueron las cuartillas y la pluma. Realicé una campaña ecléctica; no por odio a los alemanes, porque yo no puedo odiar a ningún pueblo, sino por simpatía con los aliados, que defendían los principios democráticos del mundo.

Tras una breve pausa, volvió a reanudar la conversación:

—Comencé a colaborar en *A B C*... Y estuve desde París y desde el frente de batalla mandándole mis crónicas.

—¿Y por qué dejó usted ese periódico?—le interrumpimos.

—Porque los aliados le incluyeron en las listas negras y no resultaba cómoda su representación en París. Por eso lo dejé. En *A B C* lo sintieron mucho. Pero no tuve otro remedio... A mí nunca me coartaron, es cierto, mi libertad; me publicaron todo cuanto escribí y tal como

lo escribí; pero no era grato a los aliados ese periódico, y entonces me fuí a la *Corres*. Y ahora colaboro en *La Voz*.

—Y durante la guerra, ¿usted no se movió de París?

—No; París se quedó casi vacío; sólo permanecemos en él unos pocos. Fuí al frente muchas veces. En Verdun corrí algún peligro. Cometí la imprudencia, estando en la línea de trincheras, de agitar el pañuelo para darme aire y cayó una nube de metralla en donde estábamos. Gracias a que, rápidamente, nos guarecimos en un parapeto blindado, si no...

—¿Cómo era la vida en París cuando los bombardeos?—le preguntamos.

Insúa nos contestó:

—Un poco incómoda y molesta. Había frecuentemente que bajar a los sótanos, y, claro, se vivía en continua zozobra por el incesante bombardeo de los aviones y el firme cañoneo de la famosa Bertha. Pero acababa uno por encontrarlo todo natural y hasta tolerable.

—A usted qué le gusta más, ¿París o Madrid?

Quedóse el inquieto escritor unos momentos pensativo, y al fin dijo:

—¡Pschl! En los dos sitios me gusta estar. En los dos sitios tengo amistades. En Francia tengo muy buenos amigos: Albert Thomas, que fué ministro de Armamento, es muy buen amigo mío. Con Clemenceau fuí a Alsacia-Lorena. Yo tengo alma cosmopolita. Cuando estoy aquí, recuerdo a Francia. Allí, siento la nostalgia de España.

Quedamos en silencio breves instantes. Volvimos

después a hablar de la guerra y de su labor literaria de entonces.

Fué cuando dijo:

—Era imposible trabajar. Sólo podía escribir crónicas y artículos. También mandaba a América. En *La Nación*, de Buenos Aires, me los publicaban, y los reproducían muchos periódicos. Publiqué *De un mundo a otro*, que es un ciclo de novelas de la guerra, que... no sé cuándo lo concluiré. Es una labor de mucho tiempo.

Calló. Y pronto volvió a decir:

—Ahora volveré a ser el de antes. A publicar cuatro, tres libros por año. Ya he empezado con las *Fronteras de la pasión* y *Maravilla*.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Crónicas y artículos, sí; las novelas, no. Encuentro alguna dificultad buscando la facilidad en cuanto a la forma. Yo quiero que mis novelas sean muy fácilmente comprensibles. Las escribo pedacito a pedacito. Si no encuentro palabra apropiada, lo deajo. Y otro día vuelvo a escribir. ¡Y así!

—¿Qué pretende usted con sus novelas?

—Pretendo que la gente sea menos egoísta. Que cada lector, después de leer un libro mío, sea mejor. Es una especie de religión heterodoxa. Yo creo que no hay cuestiones sociales. Son todas cuestiones psicológicas.

—Tiene usted muchos libros vertidos al francés, ¿verdad?

—Sí, señor; mis mayores éxitos han sido en Francia. Y mis novelas cortas sobre todo. *La Revue de Paris*, *A Eco de Paris*, *Gil Blas*, han publicado artículos y novelas mías. En Francia, en literatura española contem-

poránea, se conoce a Galdós, doña Emilia, Palacio Valdés, Blascos Ibáñez, Gómez Carrillo y a mí. Se traduce por alguna revistas de vanguardia a Unamuno, Valle-Inclán, Azorín.

—¿Le gusta a usted escribir para el teatro?—le pregunté tras una pausa.

—Sí, señor—contestó—. *En familia* lo prueba. Y volveré a escribir. Pero me gusta más, mucho más, la novela que el teatro. Es más fácil la novela. El novelista lo es todo: autor, actor escenógrafo, director de escena; todo. Los novelistas dejamos de recibir el halago de los aplausos del público. Es menos ruidoso nuestro éxito, es cierto, pero una novela ilustra más y enseña más que una comedia. Usted me dirá: ¿Y Molière? ¿Y Shakespeare? Pero es que entonces no había novelistas...

—¿Qué escritores españoles son sus preferidos?—le dijimos de pronto.

Alberto Insúa se levantó en esto y púsose a pasear.

—La condesa de Pardo Bazán—dijo al fin.

—¿Y franceses?

—Mirabau es el mejor estilista... Y Flaubert.

Callamos. Alto, erguido, paseando por la estancia, realzaba más su figura ante mi vista. Para reanudar el diálogo, exclamé:

—¡Está usted fuerte, sano!... Yo me lo imaginaba más viejo, más gastado... Un hombre como usted, de restaurante y *wagon-lits*, parece que debía estar más ajado. Su vida, sus inquietudes...

Sonrió de nuestra ingenua puerilidad. Y...

—No. Ya ve. Estoy fuerte y bien. Sano de cuerpo y

EL ALMA DE GALICIA

de alma. Y eso que he padecido mucho. Las mujeres... Pero de este aspecto de mi vida callemos.

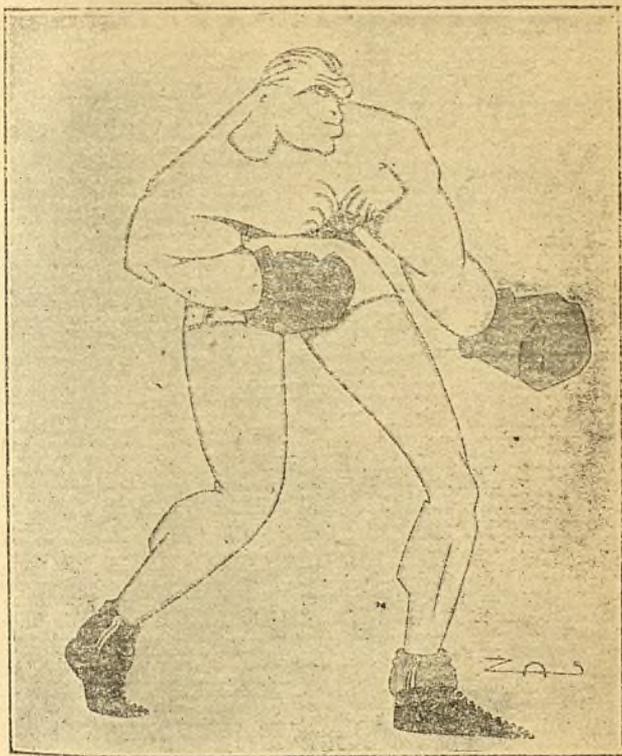
—¿Ha ganado usted mucho dinero?—le preguntamos para sesgar la conversación.

—¡Oh, sí! Pero lo gasté todo. Tengo cuatro hijos...

—Cuénteme alguna anécdota suya...

Alberto Insúa quedóse pensativo un rato. Luego, como pensando en voz alta, con su habitual desdén, respondió:

—Sí; lo puede usted decir: Cuando era muy joven, casi un chiquillo, yo escribía para un señor. Él firmaba y publicaba mis cosas. Artículos, cuentos, novelas... Todo. Me pagaba espléndidamente. Eso sí. Era rico... Ahora es alto personaje... Una vez me enfadé y dejé de escribir para él. Desde entonces no ha publicado nada ese señor. No me pesa lo que hice con él. Porque me pagaba muy bien y se quedó con lo primero que yo hacía. Me sirvió de ensayo, de entrenamiento...



ANDRÉS Balsa

ANDRÉS BALSA



NA mañana apareció profusamente por todo Madrid el anuncio, de un *match* de boxeo, en grandes tiras de papel.

El cartel fijado en paredes, esquinas y vallas, decía así:

TEATRO DE LA ZARZUELA

—●—
GRAN MATCH DE BOXEO VERDAD

El martes día **26**

ENTRE

MARIO LÉPONT

CAMPEÓN DEL NORTE DE FRANCIA

Y

ANDRÉS BALSA

CAMPEÓN AMERICANO.

La gente se fijaba en los carteles, y la expectación que produjo este encuentro fué enorme. El interés por presenciar la lucha entre el boxeador francés y el hércules español era verdaderamente grande. Por aquellos días aún se comentaba, no sólo entre los profesionales y aficionados a este arriesgado *sport* el encuentro Carpentier-Dempsey, sino que todo el mundo discutía el célebre pugilato entre el campeón francés y el rudo boxeador norteamericano... Por esto, sin duda, y aunque aquel día se sabía algo del desastre de Marruecos, se vió el teatro concurridísimo; ávido estaba el público de presenciar el singular combate.

Flotaba en el ambiente la ansiedad como algo sutilmente material. Empezó al fin la lucha.

Desde el primer momento vióse la superioridad del hercúleo gallego sobre el fuerte luchador francés. Y al tercer *round* quedó vencedor Balsa.

Le dejé rodeado de paisanos y amigos, y a los dos días fuí a verle al hotel donde se hospedaba.

Era de mañana. Balsa me esperaba en el escritorio. Tenía empezada una carta con membrete suyo. Es un tipo recio, musculoso, alto, fuerte... Es un símbolo de nuestra raza... Como casi todos los hombres fuertes, de complexión hercúlea, es un poco infantil, ingenuo...

El rostro lo lleva completamente afeitado y es de facciones duras y pronunciadas. Sus ojos miran un poco lánguidamente; son habitualmente inexpresivos, pardos.. Es como si todo el fulgor lo guardara para los críticos momentos del rudo luchar con otro hombre a puñetazos o a brazo partido con un bravo cornúpeto, y sólo en esas difíciles circunstancias transfórmase el atleta y

cambia la expresión de su rostro y la apacible e indiferente mirada.

Las manos son grandes y carnosas; ancho de pecho y espaldas; fuerte de pierna. El pelo es prematuramente gris, y péinalo hacia atrás. Las cejas, que enarca frecuentemente en un ceño como de disgusto, son bien pobladas y están igualmente veteadas de finísimas líneas blancas. Al verme el coloso atleta dejó de escribir y me dió un franco apretón de manos. Sentámonos frente a frente. Entonces comencé a interrogarle:

—Usted antes era luchador, ¿verdad?

—Sí, señor; empecé luchando.

—¿Por qué se hizo usted boxeador?

—Porque no encontraba rival. En lucha libre no hay quien pueda conmigo.

Hizo una pausa.

—¿Cómo se hizo usted primeramente luchador?

—¡No sé!... Fué algo casual. Yo era marino. Y claro, me entrenaba haciendo ejercicio a bordo sin darme cuenta; aparte de que yo siempre he sido fuerte y con mucha fuerza... En uno de los viajes arribamos en Veracruz. Desembarcamos una noche y fuimos a un teatro donde había luchas. Al final de los encuentros, uno de los campeones retó al público. Y ofrecía mil pesetas al que resistiera luchar con él quince minutos. Yo ni pensaba luchar con él ni nada; ni pensaba en esta vida... pero el primer oficial que me acompañaba, me dijo: «Anda, sube a luchar con ése, que le puedes...» Yo vacilé. Pero tanto insistió que me levanté de mi asiento y me fuí al estrado donde se luchaba y...

—¿Y qué?

—Que gané las mil pesetas.

Hizo una pausa brevísima y en seguida reanudó la charla.

—Entonces me llamó el gran Janck-Nelson, y me dijo que me enseñaba a luchar. Yo accedí. Y me quedé en Veracruz. Dejé que zarpara el barco con otros rumbos. También mi vida iba a tomar otro. Estuve en una escuela práctica de luchas, y al poco empecé a luchar en público. Durante tres años me dejé explotar por Nelson... Pero un día, yo solo, por mi cuenta, y administrándome yo, me fuí a los Estados Unidos...

Marcó una pausa.

—Allí—continuó diciendo poco después—, luché con los campeones que había: Mac-Donnoll, campeón del ejército americano... después... Pero verá, le traeré un álbum donde tengo pegados los recortes de todos los periódicos que hablan de mis luchas.

Y diciendo esto se levantó y volvió al instante con dos voluminosos libros llenos de recortes.

—Mire. De ahí puede sacar alguna nota para el artículo que me va usted a hacer.

Y me los dejó caer encima de las rodillas.

Fuñlos ojeando. Están escritos en todas lenguas, y tienen comentarios larguísimos, apasionados.

—Dígame, Balsa, ¿qué encuentros han sido los más interesantes de los que usted ha tenido?

—Ahí están en el libro. De lucha libre la que tuve en La Habana con el célebre doctor Roller, y le vencí. ¡Ah!, y la lucha con Wagner, campeón de lucha libre alemán, al que vencí también en La Habana. Mire; mire el libro... ahí está todo.

Como callara, seguí pasando hojas y hojas a aquel mamotreto. Me llamó la atención una información de una lucha con un enmascarado. Inquirí.

—Sí—dijo tranquilamente Balsa—. Fué en Arena, Colón, un encuentro original. Yo no sé quién era. Es un personaje misterioso. Sólo sabía quién era el jefe superior de Policía de allí... pero nadie más. Se presentaba en el teatro cubierto con un traje como «Fantomas», de medio cuerpo para arriba; calzón blanco y una pier-na suelta, desnuda. Con él luché dos veces. La primera le vencí pronto. Protestó él y me desafió de nuevo. Y luchamos por segunda vez y también le vencí. Luché hasta que se dió por vencido. Fué un combate en el que luchamos sin descansar durante dos horas y media. Era un personaje de leyenda. Tenía una fuerza hercú-lea, una estatura colosal y pesaba doscientas ochenta libras.

Calló. En seguida reanudó él mismo la conversación.

—Unos decían que era un príncipe ruso que andaba errante... Otros que era un espía germano... ¡qué sé yo!... Lo cierto es que las dos veces luchó con antifaz, y na-die sabía quién era... Pero fuerte, lo era muchísimo... Es lo único que sé yo....

Hízose un silencio entre los dos. Pasaba hojas y ho-jas del libro aquél, lleno de fotografías, reseñas y ar-tículos ditirámicos... Y le pregunté de nuevo:

—Usted ha impresionado películas, ¿verdad?

—Sí, señor. El papel de *Ursus* en el *Quo Vadis?* lo representé yo. Fuí a Roma. Y allí luché en el Circo Ro-mano con un toro a brazo partido y le vencí... Pero sin trucos, ¿eh?

—¿Cuánto le dieron por eso?

—Cinco mil dólares.

—¿Era la primera vez que luchaba usted con un toro?

—¡Cá! Ya lo había hecho muchas veces en América...

Pero una lucha verdad, que consiste en vencer al toro sin asfixiarlo.

—¿Cómo se le ocurrió a usted hacer ese arriesgado ejercicio?

—Por casualidad. Verá: una vez en Méjico se organizó una corrida benéfica, y como atracción, porque tengo mucha popularidad allí, anunciaron que yo torearía también.

—¿Y qué?

—Pues que toreando me cogió un toro. Y, naturalmente, yo hice por desasirme de la fiera, y el cornúpeto me zarandeaba cada vez más... hasta que le pude agarrar por los cuernos y derribarlo. Y entonces pensé que esa suerte me era fácil de hacer, y la hice muchas veces.

—¿Cómo la ejecuta usted?

—Llevo un capote pequeño de brega, y cito al toro. Cuando acude a mí, busco el momento oportuno de dejarme caer sobre la testuz del toro y le echo las manos a los cuernos dejando pasar éstos entre pecho y brazos... el pecho siempre frente al astado, y así me es fácil derribarlo...

—¡Tiene usted una fuerza enorme!

Balsa sonríe ingenuamente y contesta:

—Bastante, bastante... Para derribar a un toro.

—¿Y no ha tenido usted ningún grave percance ejecutando ese arriesgado ejercicio?

EL ALMA DE GALICIA

—Sí; me han cogido tres veces los toros.

Balsa habla un poco distraídamente; para él su vida no tiene importancia. Sus hazañas no gusta de contarlas. Y si le apremiáis mucho, os muestra el libro donde guarda todo cuanto en periódicos y revistas han escrito de él, y dice:

—Ahí, ahí tiene usted mi vida.

Y calla.

Su voz es fuerte, un poco opaca, parece como si retumbara en su boca, de labios gordozuelos, antes de salir. Su conversación, reposada, es corta. No gusta de disquisiciones, y contesta concretamente a las preguntas del cronista.

—Y desde que se dedica usted al boxeo, ¿qué encuentros ha tenido interesantes?

Balsa, que ha cogido de nuevo la pluma, me dice:

—Ahí podrá usted tomar datos. En ese libro y otro que le traeré de igual tamaño. Mientras, si usted me lo permite, voy a concluir esta carta. Me urge. Es para Barcelona, haber si deciden...

Al repasar más el álbum, leo: El «Bull-dog», gallego. Inquiero.

—Me llaman eso por lo furioso que me pongo en el «Ring» —contestó sin levantar la vista.

Y sigo leyendo.

Cuando terminó de escribir, le pregunté:

—¿Qué vida hace usted de ordinario?

—¡Ah! Soy un esclavo de mí mismo. Yo siempre llevo una vida muy metódica y me entreno mucho.

—¿Cómo es ese entrenamiento?

—Con mis perros policías. Recorriendo con *Buye* y

E. ESTÉVEZ ORTEGA

Mascotte quince kilómetros diarios, corriendo. Yo soy muy duro, muy duro.

Pensamos una pregunta picaresca y se la hacemos sonriendo.

—Usted tendrá muchas declaraciones femeninas, ¿eh? Y habrá sus aventuras, ¿verdad?

Balsa nos mira seriamente. No le ha hecho gracia la pregunta. Después contesta:

—Sí... Algunas... Pero como si no... No hago caso... Tengo a mi mujer, a la que quiero.

Hubo un silencio entre los dos.

—¿Qué le pareció el encuentro Carpentier-Dempsey? —dijámosle de pronto para reanudar la conversación.

—Yo tenía descontado el triunfo de Dempsey. Es muy fuerte.

Calló; entonces le dije:

—Balsa, ¿usted querría luchar contra Carpentier?

El formidable boxeador gallego se pone alegre, animándosele el rostro, y exclamó:

—¡Ya lo creo!; es mi deseo.

—¿Me permite usted entonces que lo haga público?

—Sí, señor; ¿cómo no?

—Entonces, ¿le reto en nombre de usted?

—Sí.

—¿Condiciones?

—Las que él quiera.

—¿Sitio?

—Donde a él le parezca bien.

Balsa, de pie, sonreía. El marino de Mugarodos me miraba satisfecho.

EL ALMA DE GALICIA

¡Yo pensaba que iba a enzarzar a dos hombres, a pegarse! Bien.

Es un deporte noble y bravo, como un torneo helénico o romano. Hoy reviven aquellos tiempos. En esta época decadente, de espíritus enfermizos y naturalezas endebles, es una envidiable gallardería el gesto de hombres como éste, que frente a la pusilaminitud del ambiente, pone su hábil destreza, su fuerza hercúlea, sus entusiasmos de gladiador romano.

Y no me pareció tan mal que le indujera a luchar con el campeón europeo.

Sería un medio de allegar fondos para nuestros soldados que rudamente luchan en un territorio hostil, ingrato...

Alea jacta est!..

Balsa ahora sólo espera la decisión de Carpentier.

¿Aceptará?

Esperamos ansiosamente la respuesta del célebre boxeador francés.



MANUEL BUJADOS

(Autocaricatura.)



lad
pla
Ro
Ca

y
un
cu
bó
gr
pe
En
ra
je

MANUEL BUJADOS



EN nueve minutos salvé los cuatro kilómetros que separan la Puerta del Sol de los Cuatro Caminos. Con la gente irrumpí en el subterráneo del *Metro*, ese mágico ferrocarril todo blanco y resplandeciente, modernísimo y rauda, y en un periquete me encontré trasladado a la populosa barriada. Emergimos en la amplia plazoleta, y torciendo a la derecha seguí el paseo de Ronda, largo y polvoriento como una carretera de Castilla.

Allí, en una casa nueva y moderna, vive Bujados.

El brujo artista, el refinado dibujante, me salió a abrir y me condujo a la habitación que tiene para estudio. Es una pieza no muy grande. En un rincón, junto al balcón cuajado de flores raras, tiene un piano. Sobre él, unos búcaros, tanagras, y en una talavereña palmatoria, una gran cola de pavo real. En la tapa del piano, unos papeles de música: *Las escenas infantiles*, de Schumann. En otro rincón, el caballete; en una esquina, una admirable escultura en mármol—un esbelto busto de mujer—de Marcelo Presno.

Al fondo, una mesa atiborrada de libros, y exornan las paredes cuadros, dibujos, retratos.

Se observa a primera vista un simpático desorden en aquella casa, sólo habitada por este sutilísimo pintor, bohemio y poeta, uno de los artistas más interesantes de nuestra época. Por el balcón, de par en par, divisábase un panorama pintoresco; al frente, Madrid con sus sinuosos tejados rojos y oscuros de sangre coagulada, sus múltiples torres de formas diversas, aparecía, como envuelto por una transparente y tenue neblina azul, tras un edificio grande y pétreo, como un monumento germánico, obra también de un artista gallego. A la derecha se extiende la obrera barriada, y a la izquierda ofrécese una extensa y sinuosa mancha verde como un berilo.

Yo me había sentado en un diván. Junto a mí, Bajados, se acomodó sobre la banqueta del piano.

—¿Usted es de Vivero?—empezamos diciéndole.

—Sí, señor.

—¿Y vino usted pronto a Madrid?

—¡Cá! A los seis años me mandaron a la Argentina.

—¿Con su familia?

—Sí, señor. Me mandaron con un hermano; allí he vivido unos maravillosos años de inquietud y de soledad. Aparte de los años de internado me enfrascaba en una literatura tumultuosa y mezclada. Aquella época ha marcado para siempre mi camino espiritual, y aquella sed de libros de entonces ha continuado en curiosidad por todas las cosas y creo que no la perderé ya nunca. Luego, mi hermano, pensó hacerme médico, pero yo no quise, y entonces me envió a Europa con objeto de que

EL ALMA DE GALICIA

visitara Francia, Inglaterra, Alemania y otros países para aprender bien idiomas, al propio tiempo que estudiara la carrera de comercio. Mas, ¿no sabe?, como yo estaba falto de cariño, me quedé en mi casa.

Hizo una pausa, cogió una cajita que estaba encima del piano y nos ofreció unos cigarrillos.

Encendimos los aromáticos *Kedives*, y él, en seguida, sin que yo le preguntara, continuó la conversación.

—Mi padre, entonces, me mandó a El Escorial a prepararme para ingeniero industrial.

—Y a todo esto, todavía no me ha dicho usted cómo fué dedicarse a dibujar.

—¡Ah!... ¿Y qué sé yo?... Empecé a pintar para satisfacer una necesidad interior. Yo pinto porque sí. Al principio hacía unas cosas raras no exentas de literatura; pintaba para mí; yo, ¿sabe?, he tenido siempre una gran afición por los libros; he leído mucho, y por eso mis dibujos tenían siempre algo de extravagancia. Es claro, quien lee está siempre inspirado, influenciado por lo que lee, y resulta difícil desproveerse al pintar del influjo que se ha adentrado en nosotros y que nos ha captado muchas veces sin darnos cuenta. Se me ha tachado de hacer pintura literaria, ¡es muy gracioso! Si en la formación espiritual hay mucha literatura, y si la obra es uno mismo, ¿cómo voy a pintar como un analfabeto o como tantos gloriosos compañeros geniales, instintivos, que si bien no es verdad que pintan como quien lava, se verían en un callejón sin salida si les preguntáramos algo sobre su ideal estético o sobre el fin emocional de su arte?

—¿Qué es lo primero que usted publicó?

—Mire: yo empecé a publicar por un amigo. Había

hecho un dibujo: *Nuestra Señora de la leve sonrisa*, y ese amigo mío me la pidió y se la di; la tenía en su casa, y un día que fué Tomasito Borrás, la vió, le gustó el dibujo y le dijo a mi amigo que quería conocerme. Por este motivo fuí presentado a él, y me hizo un artículo en *La Tribuna* y me publicó después varios originales míos. Pasado algún tiempo, un día, Francés, me pidió algo para *La Esfera*; le remití algunos dibujos, me los publicaron, y después otros varios. Desde entonces colaboro asiduamente... Además hago cosas para varias publicaciones y casas editoriales y, lo más importante, lo que hago para mí.

Mientras escuchaba en silencio a Manolo Bujados, le iba contemplando a mis anchas. Bujados es muy joven. Parece un chiquillo. Más bien bajo, delgado e inquieto; sus cabellos son negros como la endrina; sus ojos, de un color indefinido, ojos de pájaro, son grandes, burlescos, que parece van a escaparse de sus cuencas; ojos vivos, de brillante mirada, que parecen que bucean el ánimo del que le está escuchando.

Su rostro, de tez morena, lo lleva rasurado completamente; sus labios, finos, carnosos, rasgados y sensuales, los tuerce al hablar hacia la izquierda levemente en un tenue movimiento muy suyo característico. Su conversación, reposada, es amena e interesante. No es Bujados uno de esos hombres efusivos; empero, tiene un don especial que desde el primer momento logra granjearse las simpatías de quien le escuche.

En una postura inverosímil, sentado sobre una pierna encima de la banqueta y la otra pierna colgando, recostada su cabeza sobre la mano izquierda, apoyado el

brazo sobre la tapa del piano, en una actitud de indolencia, me hablaba.

Habla, ya he dicho, que suavemente. Ni de prisa ni muy despacio, en un tono agradable, sin que se le note apenas el acento gallego. Al hablar acciona ligeramente y mueve manos y cabeza. Con la mano derecha de cuando en cuando alisábase los cabellos que le caían sobre su amplia frente.

—¿Sus padres eran artistas?—le dijimos tras una pausa.

—No, señor; son comerciantes.

Entonces, dijo terciando en la conversación González Prieto, que casualmente estaba allí, también de visita:

—Es de familia distinguida. Es lo que se llama un «pollo bien», vamos.

Bujados protestó, y exaltándose levemente, llegó a exclamar:

—¡No ponga usted eso en la interviú!; los niños «bien» me revientan; ni lo soy, ni quiero serlo.

—Bueno; no lo diré. Pero ahora cuénteme algo de sus aficiones literarias.

Bujados quedóseme en esto mirando de hito en hito unos momentos. Luego, en un tono un poco desdeñoso y superficial, me contestó con una mueca de sonrisa:

—Sí... he escrito algo... Hace mucho tiempo ya; en *La Esfera* también he publicado algunas poesías, pero con seudónimo... Ahora también escribo... pero lo escondo...

—¿Por qué no cultiva usted la literatura?

Manolo Bujados se encogió entonces de hombros, y evadió la respuesta.

—No sé; pero mire qué cosa más rara: yo empecé siendo poeta, y he concluído dibujante. Lo primero que he publicado en periódicos han sido versos.

Hízose un silencio entre los dos.

Yo lo interrumpí:

—¿Cree usted que estamos en pleno apogeo y florecimiento artístico?

—¡Ya lo creo, y mucho!

—¿Qué dibujantes y pintores le gustan a usted más? Titubeó el brujo artista.

Luego, sonriendo socarronamente, díjome con fingida ingenuidad:

—¡Bah!... Todos los buenos; los que sean buenos artistas y cuyos nombres estén en el ánimo de todos.

Sonreí, y...

—¿Cree usted que la pintura debe derivar en un sentido decorativo?

—Esa pregunta es muy difícil de contestar. Mire: yo pinto de esta manera, porque así interpreto lo que siento. Cada uno debe pintar lo que sienta, y como lo sienta; pero honradamente. Ahora bien: las obras, todas las obras, deben de tener necesariamente una cosa: emoción. Yo creo que a la emoción hay que supeditarlo todo: forma, color, dibujo, técnica... ¡Todo! Porque una obra que no tenga emoción no es una obra.

Calló breves instantes.

—¿Qué vida hace usted?—dijámosle de pronto.

Titubeó antes de contestar.

—¡Ah! ¡Muy buena!—me replicó al fin con un gesto muy cómico—. Me levanto a las ocho. Desayuno. Después me pongo a pintar, o a veces leo, cuando no tengo

ganas de trabajar; como un poco tarde, porque doy clases, y en seguida vuelvo a pintar o a leer. A las seis o cosa así, salgo. Me recojo pronto; y a las diez estoy en la cama.

Yo le miré un poco sorprendido.

—¡De verdad! Esa vida hago ahora—me dijo muy formalmente Bujados.

—Ahora. Pero ¿y antes?

—¡Hombre, antes!... Verá...

Y, como rectificándose, añadió en seguida:

—Pero no. De eso no hablemos ni una palabra.

—¿Es usted vicioso?

—No sé si soy como la luz que tenga los siete colores del iris, y, por lo tanto, soy como la luz: puro, luminoso y alegre.

—Bueno; cuénteme alguna anécdota.

Quedóse Bujados en silencio algunos momentos, y al fin dijo:

—No tengo memoria. Además soy joven aún para vivir de recuerdos. Cuando sea viejo, ya verá las cosas que le cuento.

—¡Déjeme en paz! Alguna aventura amorosa..

Bujados púsose repentinamente sombrío y taciturno.

—De eso no hablemos—me contestó muy seriamente el sutilísimo dibujante—. Mas vale no hablar. Porque si hablamos en broma, la gente se va a dar cuenta y no nos van a creer, y si hablamos en serio... Mas no. Eso no le interesa a nadie mas que a mí.

Dió una chupada al cigarro y con la vista siguió las figuras caprichosas, las evanescentes espirales azules del humo del tabaco.

—¿Qué aficiones tiene usted además de la pintura?

—La música. La música me encanta.

—¿Toca usted el piano?

González Prieto, que hasta entonces había permanecido calladamente, exclamó:

—¡Toca de una manera magistral! ¡Ya verá! Y ¿no sabe? Interpreta a Schumann de una manera maravillosa.

—No lo crea. ¡Bahl—dijo Bujados modestamente.

—Pues vamos a verlo—dije yo.

Bujados entonces, muy amable, se sentó ante el piano y nos dió un concierto. *El cou-cou* de Daquin, un *scherzo* de Schumann, el *Preludio 3* de Bach... Tocó de un modo formidable. Con alma, con brío, con muy delicado sentimiento y con una indiscutible maestría.

De pronto paró, y dirigiéndose a mí exclamó:

—De Beethoven apenas si me atrevo a tocar. Me interesa, me apasiona, pero...

—¿Y cuáles son sus preferidos?

—Me encanta la música de Daquin, de Couperin, Scarlatti, Schumann, Mozart...

—¿Tiene usted novia?—inquirimos nosotros tras una pausa.

—No—dijo ingenuamente—, y lo siento. Quisiera casarme y tener hijos. Los niños me encantan.

Y diciendo esto, acaso para distraerse, se puso a continuar un dibujo empezado, un poco indolentemente.

Era uno de esos quiméricos dibujos suyos; exuberantes orgías de colores, originales maravillosos, cegadores, llenos de luces, llenos de una belleza subyugadora y de una inquietud obsesionante, porque Bujados, el brujo artista, el inimitable dibujante, que pinta

EL ALMA DE GALICIA

más que nada por satisfacer una perenne inquietud interior, es, sobre todo, eso: maravilloso e inquietante.

Cada dibujo suyo parece una policromada coloración fantástica, una prodigiosa orfebrería, alucinante, de gemas rútilas, de piedras preciosas, de lacas divinas, de esmaltes exóticos...

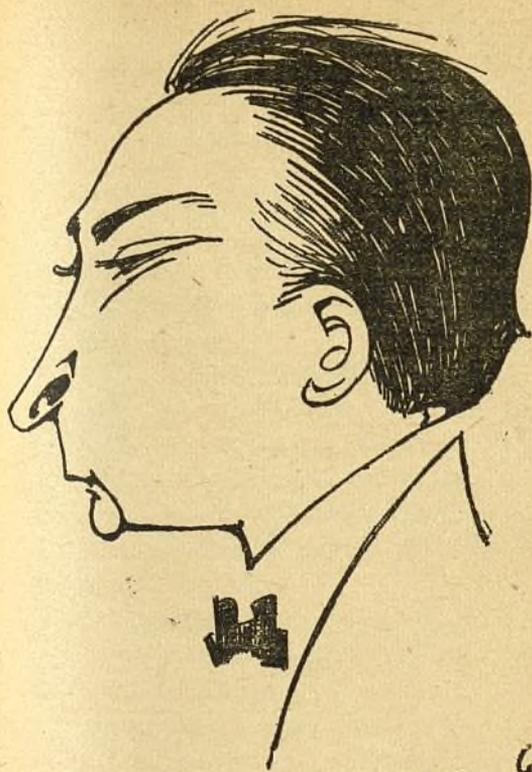
Es este dibujante el artista dionisiaco de las figuras lacerantes, vestidas con trajes gayos de extraña pedrería, y de los fondos oscuros llenos de misterio, de tonos evanescentes e ideales. Siempre nuevo, siempre originalísimo, Bujados pone en todas sus obras una emoción honda que encanta.

Bujados es el pintor del apasionamiento y de la sinfonía del color.

Posee además una sensibilidad suntuosa. De ahí que este hombre, artista, pintor, músico y poeta, sepa producir esas extrañas locuras geniales, esas bellas clarividencias, llenas de exuberancias, de tonos brillantes y divinos colores enfermizos y decadentes, y todo, siempre admirablemente combinado, en una perfecta armonía de luz y color...

Y es que en Bujados se unen y amalgaman diversas influencias: Huysmans, Mallarmé, Debussy, Schumann.

Y el espíritu del mal, que debe ponerse junto a él, para fascinarle cuando pinta.... ¡Quién sabe!



Julio Camba

JULIO CAMBA

(Caricatura de Rilas.)



p
in
ra
v

n

e
f
s
M
n
M

JULIO CAMBA



VACILABA en hacerle una interviú. No me decidía nunca, nunca. Lo confieso ingenuamente.

El formidable humorista me inspiraba cierta inquietud. Yo creo que justificadamente. No era pueril cortedad, la de mi espíritu. ¡Camba! El sutilísimo ironista sometido a un interrogatorio por mí, ¿no resultaría, acaso, una humorada más del célebre periodista al fin? Y yo acaso la víctima. ¡Todo pudiera ser!

—Ese se *queda* contigo—me dijo un amigo mío.

—Te va a tomar el pelo—me arguyó muy formalmente un compañero.

Y yo vacilaba, vacilaba siempre.

Esa inquietud volvió a apoderarse de mí mientras le esperaba en la terraza del «Regina». Pero poco a poco fui desechando esa idea. Medité sobre muchos de los personajes que llevo entrevistados. Esto me tranquilizó un poco. La mayoría de los hombres célebres desmerecen mucho en la intimidad. No son como nos lo figuramos por sus obras. En intimidad suelen ser unos solemnísimos

vulgarotes. Carecen de *pose*. Apenas interesan. Decepcionan... parece que no tienen ideas, que no discurren, que no saben hablar... o hablan demasiado.

Acaso Camba...

—¿Dónde quiere que hablemos? ¿En el café? ¿En mi cuarto?—me dijo el conocidísimo escritor al mismo tiempo que me tendía su mano.

Yo no vacilé:

—En su cuarto.

Y subimos los dos a una de las habitaciones del Hotel Regina, donde se hospeda.

Julio Camba es un tipo fino, de maneras desenvueltas, joven, bien conservado y atildadito, más bien bajo que alto, delgado y moreno. Su rostro está rasurado completamente. Sus ojos vivos, muy pardos, escrutan ávidamente a su interlocutor. Su boca se contrae sutilmente en una perenne sonrisa apenas perceptible que desconcierta. Nunca nos ha parecido tan apropiado el dicho vulgar: «la cara es el espejo del alma.»

Esa alma zumbona, mordaz, irónica de Camba que caracteriza sus escritos, resplandece en su rostro que ríe siempre, sin carcajada, en una leve mueca que no sonrisa, enigmática y desconcertante.

Al llegar a su cuarto encendió todas las luces. Sacó una pitillera. Nos ofreció tabaco. Tenía cigarrillos turcos, de hebra y de esas cajetillas corrientes.

Me ofreció una butaca. Él se sentó en una silla cerca de la cama. Primero se cruzó de piernas. Después, con las manos entrelazadas, se abrazó a una por la espinilla, y mirándome fijamente me instó con la mirada a interrogarle.

EL ALMA DE GALICIA

Un poco azorado comencé haciéndole una pregunta trivial:

—¿Hace mucho tiempo que no va usted por Galicia.

—Dos años. Estuve, este verano, no. El otro.

—¿Le gusta aquel país?

—Yo no conozco de Galicia nada más que mi pueblo: Villanueva de Arosa. Allí voy a ver a mi madre,

Calló.

—¿Y allí se despertaron sus aficiones literarias?

—Sí; allí—dijo tranquilamente.

Y volvió a callar.

Esperamos una frase amable, mundana, para darnos motivo a interrogarle; pero Camba sigue inmóvil en su postura y perenne la sonrisa suave, que nos desconcierta un poco, en sus labios.

—¿Su padre era periodista o escritor?

—No; era médico.

Una pausa.

—Cuéntenos algo de su niñez.

Hizo un gesto ambiguo.

—Fuí anarquista. A los trece años me marché a Buenos Aires y estuve poco tiempo. Me expulsaron.

—¿Por qué?

—Por eso: por anarquista.

—¿Usted se significó allí entonces?

—Allí caí en un medio anarquista; en él viví. Escribía en periódicos anarquistas, di algunas conferencias, promovimos una huelga general revolucionaria, y entonces se promulgó una ley contra los extranjeros peligrosos, y en su virtud fuí expulsado como sujeto nada recomendable.

—Y ¿adónde fué usted?

—A mi pueblo; luego vine aquí.

—Cuénteme su vida en ésta.

—Fundé un diario anarquista. Y luego un semanario: *El Rebelde*. Después estuve en *El País*. De allí pasé a *España Nueva*, *El Intransigente* y después en *El Mundo*.

Yo le interrumpí:

—Iba usted evolucionando, ¿no? Y hoy, ¿es usted anarquista?

Camba, sorprendido por lo audaz de la pregunta, quedóse, siempre sonriendo, sin decir palabra unos momentos y al fin contestó con tranquilidad:

—¡Psch! Ni lo soy ni he dejado de serlo. Antes, vamos, de chico, sí; creía que todo esto se arreglaría en veinticuatro horas. Pensaba que íbamos a reformar la sociedad. Después...

Hizo otra pausa.

—Y ¿estuvo usted mucho tiempo en *El Mundo*?

—Sí... Luego me fuí a *La Correspondencia de España*. Y fué cuando hice mi viaje a Constantinopla. Después volví al *Mundo* y me mandó a París.

—¿Cuándo se empezó usted a destacar?

—Entonces; escribiendo en *El Mundo*.

—¿Usted no ha estudiado ninguna carrera?

—Ninguna.

—¿Ha tenido usted muchos disgustos por sus artículos?

—No... ¡Bah!

—¿Ni procesos?

—Procesos, muchos. Pero eso no tiene importancia. Imagínese en mi época de anarquista actuante. He es-

tado muchas veces procesado, me han denunciado muchos artículos y he estado muchas veces en la cárcel. Una vez recuerdo que sumando los años de prisión que me pedían por cada uno de los procesos a que estaba sometido, sumaban unos ciento ochenta y tantos.

—¿Qué impresión le causó a usted la primera vez que se vió en el banquillo?

—Ninguna. De una parte, porque era un muchacho, y, además, porque ya sabía que no me iba a pasar nada. Amenazas de expulsión he tenido varias en Alemania, en Francia, en Inglaterra.

Hízose un silencio entre los dos.

—Bueno. Siga usted.

—De *El Mundo*, cuando se fundó *La Tribuna*, me pasé a ella. Estaba entonces en Londres. Después estuve en *A B C*.

—¿Por qué dejó usted ese periódico?

—¡Psch! Yo era francófilo. Y *A B C* parecía que germanófilo. Y aunque no me coartaba la libertad para escribir, no estaba a gusto. Además, que yo quería salir de aquí, y siendo redactor de *A B C* no podía apenas. No me facilitaban pasaportes para los países aliados, y por eso me fuí al *Sol*.

—¿Qué impresión le causaron a usted sus visitas al campo de batalla?

—Ninguna. No hice más que una. Y tampoco fuí al frente verdadero. A la línea de fuego han ido poquísimos periodistas. Yo no he ido. Los periodistas íbamos siempre por grupos, y de diversos países, formando caravana, como una expedición de la Agencia Cook. Ibamos además a sitios determinados de antemano. Y todo

lo tenían dispuesto; hasta los soldados estaban aleccionados y sabían lo que tenían que responder si les preguntábamos alguna cosa. Era algo teatral todo eso, ¿no?

La conversación seguía así deslizándose, con concisión y concritud. Camba habla algo premiosamente, con voz dura, en un tono aparentemente superficial y distraído.

—¿Cree usted que España está en su apogeo literario?
—le dijimos de pronto.

Clavó en mí sus pupilas pardas, de una viveza extraordinaria y brillo malicioso, y respondió con indiferencia:

—Es difícil contestar a esa pregunta. Pero, vámos, yo creo que no. Es más. Estamos en decadencia. Usted se referirá desde la generación del noventa y ocho acá, ¿no? Pues desde *Azorín*, Valle-Inclán, Pío Baroja y demás, apenas ha sobresalido alguno.

—¿Qué escritor español le agrada a usted más?

Titubeó mi interlocutor breves instantes, y, al fin, indecisamente, contestó:

—¡Pschl *Azorín*. Sí, sí, sí, *Azorín*.

—¿Qué país de todos los que ha recorrido le parece más culto, más inteligente, más adelantado?

—No sé responder a esa pregunta tan vaga—me contestó tranquilamente.

Yo insistí.

—La cultura de un país se aprecia fácilmente: por sus sabios, por sus literatos, por sus hombres de ciencia, por sus artistas, por el desarrollo de su industria y comercio... Eso lo ha podido usted observar fácilmente en todos los países que ha visitado.

EL ALMA DE GALICIA

—Francia y Norteamérica— contestó entonces sin vacilar.

—¿En qué sitio le gusta a usted vivir más?

—En París—exclamó sin titubeos.

Y tras otra pausa:

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí y no. Quiero decir que la acción material de escribir la hago con facilidad. Pero antes de escribir me cuesta algún trabajo pensar sobre qué voy a hacer el artículo. Porque yo siempre, antes de coger la pluma, es necesario que sepa lo que voy a hacer. Ahora escribo peor. Me falta entrenamiento.

—¿Escribe usted frecuentemente?

—¡Cál Soy muy perezoso. Ahora, en mi viaje por Italia, he trabajado mucho. Diez artículos al mes.

—¿Qué aspiraciones tiene usted para el porvenir?

—Ninguna. No tener necesidad de escribir.

—Entonces, ¿no le gusta escribir?

—No, señor. ¿Y a usted?

—¡Hombre! A mí, sí—le contesté.

—¡Pues le envidio!—me replicó.

—Según eso, el día que sea usted muy rico, ¿dejará de ser periodista?—inquirí.

—A lo mejor, no. Lo que me molesta es tener una obligación. El día que no necesite escribir para comer, seguramente escribiré más.

—¿Usted ha tomado la vida alguna vez en serio?—le dije de pronto.

—Yo creo que siempre. Es que tomando la vida como yo lo hago, me creo que la tomo en serio.

—¡Ah!...

Pasó un silencio.

—Y dígame usted: ¿cómo se nos considera a los españoles en el extranjero?

Titubeó breves instantes Camba. Hizo una mueca de indiferencia... y contestó:

—¡Psch! Ni se nos considera ni se nos deja de considerar... En Francia se nos conoce más. Pero en otros sitios dice usted que es español, y le preguntan a lo mejor que de qué parte del mundo es España.

—Eso viene a ratificar una creencia mía—comenté.

—¿Cuál?

—Que los españoles somos más ilustrados, por regla general. Y que sabemos más Geografía Universal que los ciudadanos de otros países.

Hicimos un silencio. Yo lo rompí para reanudar el diálogo, inquiriendo:

—¿Cuántos libros ha publicado usted?

Quedóse pensativo unos segundos. Al fin habló:

—Creo que seis. Me parece que seis. A ver, cuente: *Londres... Alemania... Campos, ciudades y montañas... Un año en el otro mundo... La rana viajera...*

—Cinco.

—Y un cuento semanal titulado *El Destino*.

—Seis... Está bien... ¿Y cuál le gusta más de todos éstos?

—Ninguno. *Campos, ciudades y montañas* no está mal. Pero hecho como todos los demás, estando yo ausente, están plagados de erratas. Si se vendiera todo y yo hiciera otra edición, lo corregiría. *La rana viajera* está más cuidadosamente hecho, pues estaba yo aquí.

—¿Ha ganado usted mucho con sus libros?

EL ALMA DE GALICIA

—No. Porque no se venden. Ni creo que nadie pueda hacerse rico escribiendo libros. Aunque lo digan los autores.

—¡Es raro que no se vendan sus libros!—exclamamos sinceramente.

—Pero es verdad. Bueno. Es que también no es el lector del libro el mismo que el del periódico. Además yo no he tenido en esto suerte. Mis libros, ¿saben cómo los han hecho la mayoría? Pues yendo a la Biblioteca Nacional y copiándose los artículos. Y ahora, con este último, *La rana viajera*, que me lo ha editado Calpe, tampoco he tenido suerte. Ni lo han anunciado ni han hecho apenas *réclame* alguno, y además parece que los libreros no están a bien con esta Empresa editora, y no se ven por ningún sitio. Y el que quiera comprarlo tiene que ir al «Metro». Ahí sí está. En las librerías de todas las estaciones.

—¿Y ahora prepara usted algo?

—Yo no preparo nunca nada. Mis libros son colecciones de mis artículos. Si se encontrara casa, seguramente que trabajaría más. Y es posible que diera algún libro inédito.

—¿Alguna novela?

—¡Psch! Tal vez—contestó displicentemente.

—¿Es que no le gusta la literatura?

—Sí; ¿por qué no? Novelas no he hecho nunca. Pero lo intentaré...

—¿Qué vida hace usted?

—Muy desordenada. Sin orden ni método.

Hubo una larga pausa.

Cuéntenos alguna anécdota.

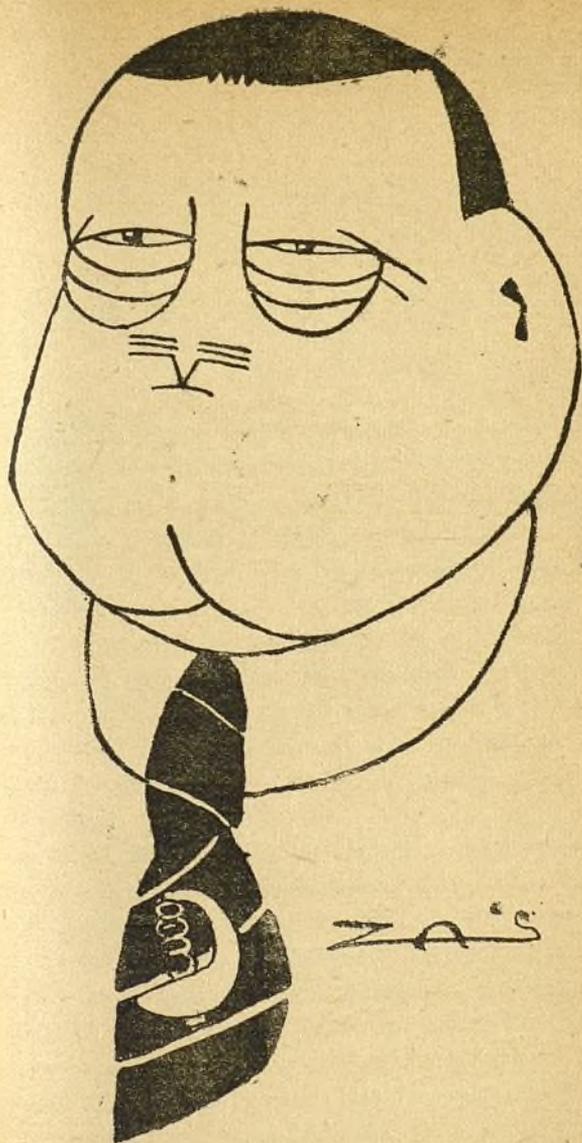
E . E S T É V E Z O R T E G A

Estuvo algunos momentos meditando. Al fin contestó:

—No se me ocurre nada. Sí; me han pasado muchas cosas. Pero así, de pronto, no recuerdo.. No se me ocurre nada... No sé qué decirle... No se me ocurre nada..

Y, por fin, me fuí, sin que a Camba se le ocurriera nada...

A
con-
chas
ocu-
da...
ciera



MARTÍNEZ ANIDO

Ayuntamiento de Madrid



lla
el
pó
un
se
m

p
n
n
c
t
c
h

MARTÍNEZ ANIDO



OR aquellos días pensaba yo en un viaje a la ciudad condal para hacer unas cuantas visitas a gallegos ilustres, empezando por la del gobernador civil, cuando publicó la Prensa la noticia de la llegada a Madrid del famoso general. Entonces traté de aprovechar aquella coyuntura que se me ofrecía de entrevistarme con el señor Martínez Anido, y logré, al fin, realizar mi propósito. Lo digo como un triunfo. Porque llegar a tener una audiencia con el ilustre general es cosa que ofrece serias y múltiples dificultades. Al menos a mí me fué muy difícil.

Y si he de seros, como siempre, muy sincero, no puedo dejar de consignar este dato, que es en sí muy significativo. En la interviú, a mi personalísimo modo de entender, no sólo se ha de reflejar la idiosincrasia del individuo interviuado, sino que hay que *re-tratarlo*, por decirlo así, en su ambiente. Y el ambiente que rodea al gobernador civil de Barcelona es un ambiente de recelo y de temor por su preciosa vida...

No pude verle la primera vez que lo intenté. Eso

fué al cabo de cinco o seis intentos. Y aun así, ¡hasta llegar a éll...

No hay duda alguna. Es la vida más guardada de la nación. Claro es que sus razones hay.

Puede que ahora, después de cenar, podamos entrevistarnos con el señor Martínez Anido—dije a Pepe Delgado, el notable caricaturista, que me acompaña en muchas de estas mis andanzas periodísticas—, o al menos—añadí—lograremos que nos cite para otro día.

Y nos encaminamos al hotel Palace, donde se hospedaba el señor Martínez Anido.

Entramos en el hotel. Me acerqué a uno de los empleados que están precisamente para anunciar las visitas, e inquirí por el señor gobernador civil de Barcelona.

El sujetiño aquel me miró de pies a cabeza. Y luego se fué sin responder palabra. Le seguí con la vista, sin moverme. Se acercó a un caballero que fingía pasear distraído, y que luego supe que era un policía, y cuchicheó breves instantes con él. Después, los dos me miraron fijamente. El policía aquél habló con otro caballero—también policía—, y luego con otro, y con otro—policías igualmente—, y, al fin, vinieron todos a mí. Estuve a punto de soltar una estrepitosa carcajada. ¿Me habrían tomado por un hombre terrible? ¿Tendré cara de sindicalista? He de advertir, por si acaso, que mi indumentaria no ofrecía dudas. No podía ofrecer. Aunque siempre voy bien puestecito, aquel día iba de *smoking*... Bueno.

He dicho que se me acercaron y no me quitaban ojo de encima. ¿Por qué? ¡Acaso porque tenía las

EL ALMA DE GALICIA

manos siempre en los bolsillos! No sé... Al fin, uno de ellos me preguntó muy seriamente:

—¿Qué desea usted?

—Hablar con el general—respondí también muy seriamente.

—¿Usted quién es?

—Escritor.

Y les di mi tarjeta.

—Vuelva usted mañana por la mañana—me contestaron.

Volví. Me sucedió lo mismo. Y así por la tarde, y al siguiente día. Unas veces salían a mi encuentro policías madrileños. Eran éstos más amables, y me contaban cosas muy pintorescas del general; otras veces eran agentes de la brigada catalana, y sólo me decían que volviera más tarde, porque el general había salido. Entonces cambié de táctica. Me fuí a comer al Palace, y me situé en frente de la mesa del señor Martínez Anido.

A los postres, por un camarero le pasé mi tarjeta. El señor Martínez Anido la leyó atentamente, y, levantando la vista, me dirigió una dulce miradita de asentimiento. Me acerqué entonces a él.

El señor Martínez Anido, de cerca, parece un buen hombre es afable, y sonriente. No tiene ese ceño adusto y malhumorado que se ve en las fotografías. De regular estatura, ancho de espaldas, recio y musculoso; tiene la testa rubia, rapada, y un bigotíño que parece de crepé, empequeñecido acaso por la configuración, casi redonda, de su ancho y sanguíneo rostro.

Martínez Anido es, sobre todo, muy militar. En el

sentido de hombre disciplinado, recto, inflexible, enérgico, voluntarioso...

Sin embargo, es simpático al pronto. Su charla es animada, cordial, juvenil, adobada, con una sutil sonrisa siempre a flor de labios. Sus ojos azules son vivos y parece que también ríen.

—Yo dispongo de poco tiempo. Pero, no obstante, ¿qué quiere?—me dijo en seguida.

—Charlar con usted unos momentos—respondí.

—A las tres y media tengo que estar con el Presidente—me dijo entonces.

Yo consulté el reloj:

—No importa. Tenemos tiempo—le dije sin mirar la hora.

—Pues...

—¿Usted cree que ha resuelto del todo el conflicto sindicalista en Barcelona?

—Lo voy resolviendo. Por lo pronto, ya no hay aquellas huelgas de antaño.

—¿Es que no las permite usted?

—Sí, señor. El derecho a la huelga yo no puedo prohibirlo. Es que ahora el obrero, que se ve amparado por el Poder público, ya no teme, como antes, la coacción que pistola en mano ejercía el Sindicato. Los obreros iban a la huelga por miedo. La mayoría, contra su voluntad...

—Aun hay atentados...

—Pero en proporción infinitamente inferior a como hace poco tiempo. Son los estertores del sindicalismo.

—¿A qué fué usted a Barcelona?

No titubea siquiera. Contestó en seguida:

—A acabar con el sindicalismo.

—¿Conocía usted Barcelona antes de ser nombrado gobernador?

—Sí, señor.

—¿A qué atribuye usted el éxito extraño de su gestión frente al bárbaro actuar sindicalista?

—A que mi actuación gubernativa ha sido diametralmente opuesta a la de todos los gobernadores de Barcelona y de fuera de allí.

Hizo una pausa. Siguió en seguida:

—Yo me percaté del problema, y desde el primer momento dediqué mi esfuerzo a extirpar el sindicalismo con procedimientos opuestos a los de mis antecesores. Los directores del movimiento sindicalista eran unos cuantos granujas y estafadores, que vivían a costa del obrero y de la autoridad que les suplicaba... Esto no debe hacerlo la autoridad nunca. ¡Nunca!

Esta frase resume todo el carácter del gobernador civil de Barcelona. Tiene de la autoridad ese criterio de máxima jerarquía que tienen los militares de lo que es el mando. Hay un viejo refrán a este propósito: «El que manda, manda, y cartuchera en el cañón...» Y en Barcelona ahora el que manda es Martínez Anido. El refrán parece inspirado en él.

Éste prosiguió en su conversación:

—La autoridad es quien manda. A los demás les toca obedecer.

—¿No teme usted que se reproduzcan algún día los sucesos pasados?

—Según. Mientras yo esté al frente del Gobierno civil de Barcelona, no creo. Y si los que me suceden siguen

mi política, tampoco. Y si no siguen mi política, pero se ha logrado llevar a la realidad mi proyecto de sindicación profesional, tampoco retoñará la hidra revolucionaria sindicalista.

—¿Qué efecto produjo al Gobierno este proyecto de usted?

—El Gobierno en pleno acogió muy bien mis proyectos, que no son otra cosa que legítimas aspiraciones del proletariado catalán y de la clase patronal de Cataluña.

—¿Quiere usted decirme, a grandes rasgos, cómo entiende usted la sindicación profesional?

—Que obreros y patronos estén organizados y agrupados en gremios y sindicatos. La organización de unidad me parece mal, y no debe existir. Obreros y patronos deben organizarse independientemente. Esto es: sindicato de metalúrgicos, gremio de patronos metalúrgicos, etc... Desaparecería de este modo la Federación Patronal, o quedaría reducida a una de tantas entidades, y desaparecerían los sindicatos. Los obreros deben de estar legalmente constituídos, para exponer y defender sus legítimas aspiraciones. Pero en estas organizaciones no interviene absolutamente para nada la política. Son mera y exclusivamente profesionales...

Hizo una brevísima pausa, y continuó:

—Los sindicatos obreros serán dirigidos por ellos mismos y administrados; naturalmente que inspeccionándose esta administración. Podrán, sin obstáculo alguno, recaudar cuotas e ir formando hasta sus cajas de resistencia para poder sostener huelgas que las circunstancias justas les impongan, para defenderse y poder

luchar frente a la abusiva explotación de la clase patronal.

—Entonces, ¿usted es partidario de la sindicación obligatoria?

—Sí, señor. Es el único medio de dar una personalidad jurídica a los obreros.

—Para resolver los conflictos obreros y patronales, ¿qué medios se emplearán?

—Comisiones mixtas de trabajo y Comités paritarios.

—Dígame. De aprobarse la sindicación forzosa, ¿cuántos sindicatos reconocería la ley?

—La ley sólo reconocería personalidad a uno solo.

—Entonces, ¿desaparecerían los sindicatos libre, único y católico?

—¡Naturalmente! Todos se refundirían en uno solo.

—¿Es usted partidario del proteccionismo a la industria española?— le decimos intencionadamente.

—Sí, señor—nos responde—. Pero claro es que siempre que este proteccionismo sea aprovechado por los grandes capitales, para acometer la gran obra de resurgimiento industrial que nos es preciso, para que España siga el avance que se observa en todo el mundo...

—¿Está usted satisfecho de su cargo?—le dijimos tras una pausa.

—Sí, señor. Porque el Gobierno sigue teniendo confianza en mí.

Callamos. Entonces pienso una pregunta, y como se me ocurre se la digo:

—General, ¿tiene usted miedo a que le maten?

—Ninguno—responde tranquilamente.

—Sin embargo, usted no puede ignorar de que está

sujeto a peligros. Y de ese conocimiento ha de nacer una desconfianza..

—Desconfianza, ninguna. Yo no creo que se pueda vivir con una continua zozobra. Además que los peligros sólo los he sabido después que pasaron. Yo soy un poco fatalista. ¡Si está de Dios!... Por eso opino que es mejor esperar tranquilamente lo inesperado. Yo hago una vida normal: me paseo, asisto a cuantos actos me invitan; en mi despacho, en Barcelona, recibo a todo el mundo... En suma: una vida normal.

—Pero tomando muchas precauciones—dígame pensando en el cerco de guardias y policías que le rodean.

—Las de no saber, ni yo mismo cuando salgo, adónde voy y ni acudir dos veces a un mismo sitio, ni pasear por un sitio varias veces...

—¿Le han escrito a usted muchos anónimos?

—Sí, señor. Varios. Pero nunca hice caso.

—Dígame—le dije tras un corto silencio—. Desde que le nombraron gobernador hasta ahora, ¿cuál ha sido el momento más feliz de su vida política?

—El día de la fiesta de los Somatenes en Barcelona, que llegué a azorarme al ver cómo me aplaudían frenéticamente más de trescientas mil personas, obreros en su mayoría.

—¿Y el momento de más amargura?

—Cuando tomé posesión de mi cargo de gobernador y pude en seguida, fácilmente, darme cuenta del estado de cobardía y apocamiento que estaba en el ambiente de Barcelona. Le diré como una anécdota, que ni el carterero que tenía que fijar un bando mío se atrevió a ha-

EL ALMA DE GALICIA

cerlo por temor a que le mataran. Yo, personalmente, le obligué a ello.

—¿Cuál ha sido el momento de más fuerte emoción de toda su vida?

Piensa el general unos momentos, y al fin respondió:

—Cuando entré en fuego por primera vez...

—Ahora, general, dígame algo de su vida privada y de sus aficiones... ¿De dónde es usted?

—Nací en El Ferrol.

—¿Fué su padre político?

—No, señor. Mi padre fué militar como lo soy yo. Mi padre también era gallego. De Doade, provincia de Lugo.

—¿Qué cargos y destinos ha tenido usted antes de ser nombrado gobernador civil de Barcelona?

—Estuve en Filipinas y en Marruecos varias veces. La primera, el año 1909. Mandaba yo entonces el batallón de Cazadores de Cataluña...

—¿Recuerda usted algún hecho de armas importante de entonces que usted tomara parte?

—Sí, señor. Las operaciones de la toma de Nador y Zeluán... Algún tiempo después vine a la Península y me nombraron director de la Academia de Infantería de Toledo, cargo que desempeñé hasta que ascendí a general de brigada, que fué cuando pasé otra vez a Marruecos, mandando una columna mixta en la zona Ceuta-Tetuán... Durante la guerra europea visité el frente inglés, comisionado por el Gobierno español, y antes de ser gobernador civil he sido gobernador militar en San Sebastián y Barcelona... También he sido ayudante de órdenes de S. M. el Rey.

Hizo una pausa, y agregó sonriéndose:

—¡Vamos! No dirá usted que no le he facilitado datos, ¿eh?

Estábamos en el *hall* del Palace.

El *hall* tiene el aspecto del de un trasatlántico inglés a la hora del te. La gaya y alegre claraboya de cristales le da un mayor carácter de gran vapor... Una varia y parlanchina muchedumbre conversa animadamente en redor de las mesitas, frágiles y elegantes, que son como la antítesis de las grandes mesas de mármol de los viejos cafés. Aquéllas parece que predisponían a la acalorada conversación, a darlas puñetazos, a pedir biftecs con patatas o café con *media*... y a acodarse, echando todo el peso del cuerpo sobre ellas. Pero éstas, tan coquetas, tan femeninas, tan modernas, incitan a pedir vinos exóticos y nos obligan a ser comedidos y ceremoniosos, aunque no queramos. Sólo por el temor de romper tanto cachivache como nos pone el camarero...

El ambiente es de tranquilidad y bienestar. Hombres y mujeres bien olientes deambulan pausadamente con un gesto de reposo y de suprema indiferencia. Sin embargo, nosotros estamos un poco inquietos. De cerca nos espían atentamente, celosos guardadores del ilustre y famoso general, y no podemos sustraernos a este influjo.

La conversación ha ido deslizándose serenamente, y antes que por la hora se vea obligado el señor Martínez Anido a darla por concluída, le espetamos estas preguntas:

—General, ¿ha logrado usted el mismo éxito con los acaparadores que con los sindicalistas?

A Martínez Anido no le hizo gracia ninguna la pregunta que casi ingenuamente se la hicimos. Y él, tan

comedido, tan amable, tan galante, se enfurece un poquito, y con visibles muestras de mal humor, exclamó:

—De eso, no quiero ni hablar. Ya ve usted, en una cosa de tanta importancia como esa, me he visto total y absolutamente desamparado de toda cooperación pública. Es raro, ¿no? ¡Pero es cierto! En el Gobierno civil monté un negociado para que el público denunciara a los explotadores, acaparadores y mixtificadores y no he conseguido nada... Claro que algún que otro acaparador ha caído bajo mis manos y he sido con él inflexible e implacable, pero...

—Y dígame, ¿es cierto que el general Arlegui obligó a comer a los fabricantes de embutidos falsificados y artificiales a que se comieran su propia mercancía durante los días que estuvieron presos?

Martínez Anido sonrió.

—¡Se dicen tantas cosas!—exclamó al fin.

«¡Se dicen tantas cosas!...» Martínez Anido ni negó ni afirmó. Dió una evasiva y sonrió con ironía...

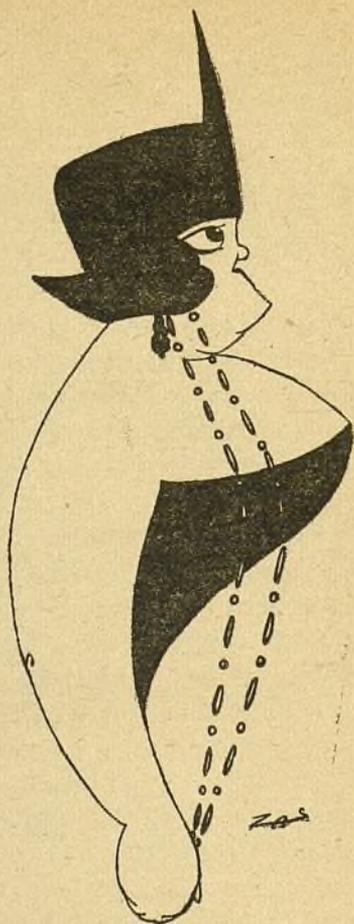
Martínez Anido, al llegar aquí, se puso en pie.

—Usted me perdonará, ¿no? Pero tengo que marcharme...—me dijo, extendiéndome la mano.

Y concluída la entrevista, me restituí a la calle, donde di un gran suspiro de satisfacción. Y pensaba yo entonces:

—Para vivir como el general Martínez Anido, no vale la pena de vivir. Y aunque él diga que es fatalista y que no teme nada ni a nadie, yo me pregunto: ¿Dormirá tranquilamente este hombre?...

Lo cierto es que es ya una víctima del sindicalismo. Y ha perdido una cosa preciadísima en la vida: ¡La libertad!



OFELIA NIETO



sin
ció
¿C
cu
tar
en
y

qu

te
qu

OFELIA NIETO



LA admirable *diva* vive en un hotelito coquetón, situado en la Dehesa de la Villa. No tiene el suyo el aspecto equívoco de algunos *misteriosos* hotelitos de por allí, sino que es honesto, alegre y abierto al sol y a las miradas...

Mientras esperaba en la salita, donde me condujo una sirvienta, me entretuve en curiosarlo todo. La habitación es pequeñita. Sobre el piano abierto una partitura. ¿Cuál? *La Patética*, de Beethoven. En las paredes varios cuadrillos, de ese estilo tan amanerado de las viejas estampas alemanas, pintados por la eminente cantante. Y en rinconeras y mesitas, infinidad de miniaturas, *bibelots* y cachivaches diminutos.

En seguida entró Ofelia Nieto. Se sentó en una butaquita frente a mí, y empezó disculpándose:

—Yo no sé qué decirle. Como no me pregunte usted, yo no voy a acertar decirle nada interesante. Y aunque me pregunte usted, yo no sé si...

Nosotros protestamos galantemente. Pero ella insiste:

—No; si soy muy sosa. Y además... ¡Como yo no he

estado enamorada nunca, ni tengo amantes, ni me ha pasado nada...

Dijo esto con un tono humilde de candorosa ingenuidad, verdaderamente encantador.

—¿Por qué son ustedes todas las hermanas artistas?—la preguntamos para empezar el diálogo.

—Porque teníamos buena voz. Y entonces pensaron nuestros padres que nosotras mismas podíamos ponernos en condiciones de ganarnos la vida, sin necesidad de esperar a tener que depender de un marido. Afortunadamente teníamos lo principal, que era la voz...

—Siendo a gusto de su familia, no hay que decir que en sus comienzos no tendría usted oposición ninguna por parte de los suyos...

—¡Ah! Se equivoca usted; la tuve. Alguien de mi familia se opuso... Ahora se han convencido de que estaban en un error.

—¿Tenía usted mucha afición?

—Sí, señor.

—¿Dónde debutó usted?

—Aquí, en Madrid. En el teatro de la Zarzuela.

—¿Con qué obra?

—Con *Maruxa*.

—¿Cómo fué el debutar en la Zarzuela?

—Porque Vives preguntó a Simonetti, que era mi profesor de canto, si sabía de alguna que pudiera cantar bien su obra, y Simonetti entonces me indicó a mí para cantarla. Y la canté. Tenía entonces catorce años.

—¿Con éxito?

—Sí, señor. Con mucho éxito.

—¿Con qué obra debutó usted en el Real?

—Con *Manon*.

—¿En qué ópera ha tenido usted mayor éxito?

—En *Aida*, aquí en Madrid. En Florencia tuve un gran éxito con *Manon*... Eso es según...

—¿Qué ópera le gusta a usted más?

—La que menos conozca. En cuanto oigo una ópera varias veces, deja de gustarme.

—¿Qué *diva* es, a su juicio, la mejor?

Ofelia Nieto entorna un poco sus grandes y rasgados ojos negros, brillantes, fatídicos, y contesta muy despacio:

—¡No sé! De mi cuerda no he oído a ninguna. Hay pocas...

Yo contemplo unos momentos el rostro sereno, ancho, perfecto, demasiado perfecto quizá de Ofelia, y la pregunto:

—Ofelia, ¿es usted una mujer bonita?

—¡Ay! ¿Me lo pregunta usted? Eso es usted y no yo quien deba decirlo.

—Pero usted se habrá mirado al espejo; habrá pensado en usted misma... Según eso—insistimos—, Ofelia, dígame: ¿qué juicio tiene usted de su belleza?

—Que lo que se llama una mujer bella no soy. Los ojos, eso sí, es lo único que dicen que tengo bonito.

—Y su carácter, ¿cómo es?

—Ya se lo he dicho. Muy soso.

—¿Usted sabe lo que dice la gente de usted?

—Sí, señor. Que soy muy tonta y muy orgullosa. Pero es porque soy un poco callada y reconcentrada. No me gusta dar conversación. ¿Ha visto usted algo más ridículo que las conversaciones entre gente que no

tengan frecuente trato? En seguida, o sale a relucir la familia o el tiempo... Y eso me molesta, francamente... Ahora, que cuando tengo confianza, entonces soy otra. No cambio mucho tampoco, ¿eh? Pero, vamos...

—¿Cuál es entonces su distracción favorita?

—La meditación. A mí me gusta encerrarme a solas en una habitación y ponerme a pensar. A soñar, mejor diría. ¡Soñar despierta! ¿Usted no ha sentido nunca esa voluptuosidad?

—Sí, señorita. Y dígame usted: ¿en qué piensa? ¿Qué son los sueños de usted?

Se arreboló levemente el terso y blanco rostro de Ofelia, y exclamó:

—Eso es un secreto.

Sonreímos y...

—Yo sueño con un hogar tranquilo, una mujer honesta y buena, una gran casa solariega y mucha tranquilidad—la dijimos muy seriamente.

—¡Ah! Pues yo no... Bueno; usted sueña con eso, porque su vida será todo lo contrario. Yo sueño al revés que usted. Que me pasan muchas cosas. Que he de vencer muchos obstáculos; sueño con imposibles.

Ofelia entornó sus admirables párpados de un modo inefable. Ofelia es una mujer encantadora. En la penumbra tibia y confidencial que iba dejándonos el atardecer lento y luminoso, brillaban rutilantes dos gemas misteriosas y estupendas: sus ojos. Ofelia habla despacio y reposadamente. La gentil cantante piensa siempre un poco lo que va a decir. A veces se distrae pensando. Y entonces, ingenuamente, pregunta: ¿De qué hablábamos?... Ofelia Nieto es muy otra en el fondo a como

EL ALMA DE GALICIA

parece, al tratarla superficialmente. Al pronto no os da nunca la sensación de ella tal cual es. Es preciso que la tratéis, y entonces de seguro que rectificaréis vuestra primera desconcertante impresión.

—¿Es bella Ofelia?— Sí.

Una belleza plena, augusta. Es lo que se llama una mujer hermosa; aquel día una capa ocultaba las admirables redondeces de cuerpo, y sólo dejaba ver un precioso escote incitante, ebúrneo y lechoso. Es morena; muy negros sus cabellos, tan negros como sus ojos... y su boca roja, gordezuela, de dientes muy blancos y muy iguales. Es, en suma, una belleza rubeniana.

—¿Qué otras aficiones tiene usted además del teatro?—la preguntamos después de una breve pausa.

—La pintura y la escultura. Los ratos de ocio los dedico a pintar y a modelar.

—¿Qué pintor es su predilecto?

—¿De los clásicos o de los modernos?

—De todos.

—Pues de los clásicos, Velázquez. De los modernos, Sorolla.

—¿Y escultores?

—Benlliure.

—¿Qué músico es su predilecto?

—No lo sé... Todos los buenos...

—A su juicio, ¿cuál es el mejor?

—Como obra, nadie ha hecho la obra de Wágner. En este sentido, éste puede ser mi preferido.

—Dígame, Ofelia—la preguntamos tras una pausa—, ¿tarda usted mucho en aprenderse los papeles?

—La letra se me olvida frecuentemente. Pero yo no

me callo. La invento. De la música es de lo que no me olvido.

—¿Qué aspiraciones tiene usted?

—Pues tener siete u ocho años como los que he tenido hasta ahora y...

—¿Qué ilusiones tiene usted para el porvenir?

—Vivir tranquilamente en un cortijo propio en Andalucía.

—¿Le gusta a usted viajar?

—¡Psch!... No hay otro remedio—dice resignadamente—. Lo siento por dejar a mi familia. Las despedidas son para mí fatales.

—Pero al volver...

—Desengañese. La alegría de verles no compensa el dolor de dejarlos...

Y añadió:

—¡Huy!, he hecho una frase. Y hasta bonita, ¿no? Cualquiera diría que la he leído en alguna parte. Pues no; es mía.

Y tras un silencio inquirí:

—¿Ha estado usted enamorada alguna vez?

—No he podido estarlo. ¿No ve que cuando empieza una a interesarse por cualquiera o a fijarse un poco, ya se ha concluído el contrato y tenemos que irnos, y aquí sí que podemos decir: «que con la música a otra parte»?

—Y de usted, ¿se han enamorado muchos?

—Ni muchos ni pocos. ¿No le he dicho que soy muy sosa? Y como me ven siempre tan seria y tan grave, pues no se atreven...

—¿Lo dice usted con pena?

—No—dijo ella tranquilamente—. Ahora estoy me-

por así. Y si cuando me retire hay alguno que me quiera y a mí me agrada...

—Bueno; pero pretendientes tendrá usted muchos.

—¡No, hombre, no!... Yo no recibo cartas, y si las recibo no las contesto.

—¿Ha ganado usted mucho dinero?

—Sí, señor; pero tengo poco. Ahora nos han salido mal unos negocios...

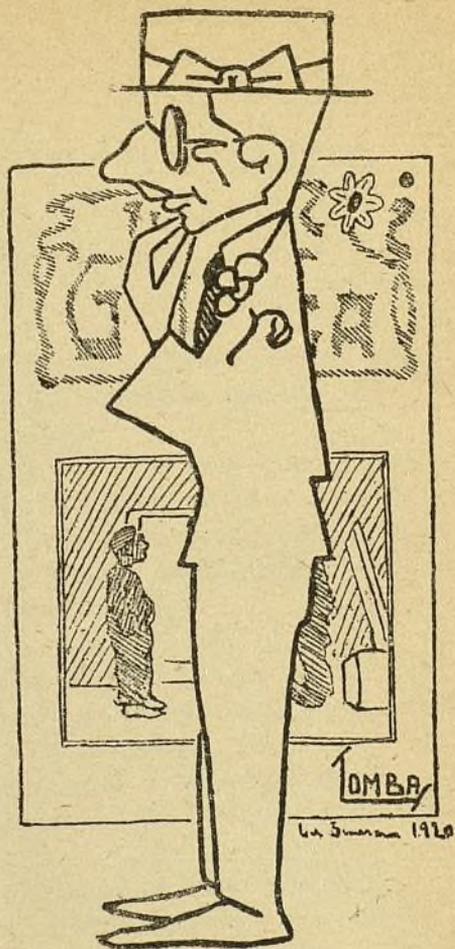
Y añadió:

—Este hotelito lo he comprado yo.

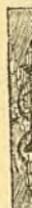
Tras una pausa inquirió:

—En el libro ese que va usted a editar, ¿publicará, por fin, caricaturas o retratos? Si publica retratos, yo le daré uno que estoy muy bien. A mí en las caricaturas me sacan siempre muy mal.

Yo adivinaba en estas palabras un deseo. ¡Oh inefable y sutilísimo espíritu femenino! Ofelia es muy artista: dibuja, modela y todo... Pero es, al fin y al cabo, mujer...



JAIME SOLÁ



ag
de
A
y
C
ca
c
r
f

JAIME SOLÁ



ON Jaime Solá?

—Está en el Viso. Fué esta mañana. Le han invitado y no podía faltar—me contestó amablemente la gentil esposa del cultísimo director de *Vida Galliga*.

Y como yo hiciera un leve gesto de contrariedad, agregó la distinguida esposa del celebrado escritor:

—Pero si tiene usted mucho interés por verle hoy, dese prisa y tome el rápido. Baje en Redondela o en Arcade, y desde allí...

Volví a bajar de dos en dos las escaleras de su casa, y como en las películas o en los folletones de Ponson o Carolina Invernizio, le dije al cochero que me llevó a la calle de las Tres Portiñas:

—¡Buena propina si me llevas al galope a la estación!

—¿No le está el señor Solá?—preguntó adivinando el cochero.

—¡Nol ¡A escapel ¡A coger el rápido!

El cochero arreó los caballos, que iniciaron un trote rendido por aquellas empinadas rúas, y comentó:

—No le está nunca. Estará en uno de esos viajes que siempre anda haciendo él...

Cuando llegamos a la estación, el rápido marchaba trepidando fuertemente, con ese estrépito de hierros, al salir de agujas... No pude alcanzarle.

Le vi marchar con desilusión.

—¿A qué hora sale el primer tren para Redondela?

—A las cuatro—me contestó un empleado de ferrocarriles, que acertó a pasar por allí.

Bajamos de nuevo a la población. Hice tiempo paseando por la hermosísima ciudad, emporio de industria y riqueza. Me di al recuerdo del lírico ideal de Palacios, el genial arquitecto de reputado gusto artístico, el que hace monumentos de edificios... Y a la hora que me anunciaron tomé el tren, que, media hora después, me dejaba en Redondela.

Allí sufrí otra decepción. Casualmente, el cochero con quien ajustaba un coche para ir al Viso, me dijo que Solá había regresado a Vigo...

Otro cualquiera no sé lo que habría hecho. Acaso renunciara definitivamente la persecución. Yo no. El primer tren pasaba dentro de tres horas, o algo más, pues venía retrasado; y como yo quería despedirme de Solá antes de regresar—a ser posible aquel mismo día para Madrid—, como no había tiempo que perder, eché vía adelante, camino de Vigo.

La tarde tenía la calma serena, quieta, de prima tarde. Lucía en lo alto un sol esplendoroso y la tierra exhumaba un vaho cálido.

De vez en vez, chirriaban lejanamente los ejes de un carro típico del país, y se perdía una canción plañidera en el ambiente. No se movía una hoja. El verde esmeraldado de los campos parecía reverdecer y relucir. A

EL ALMA DE GALICIA

trechos, los dorados flecos de las panojas y los airones del maíz ponían suaves pinceladas de sol de ocaso en las umbrías de la campiña ubérrima, fresca, joyante.

En un recoveco del camino apareció la bahía, que no perdí ya de vista. Con gusto puede hacerse la larga caminata para gozar del maravilloso espectáculo.

La ría se extiende ampulosa y serena en una extensión inmensa. Sus aguas son quietas, limpias y azules... ¿Reflejase en ellas el cielo, o es el cielo un reflejo de ellas?..

Están aprisionadas por unas laderas verde jade que se van elevando suavemente, pobladas de caseríos y pueblecillos alegres, enjalbegados, que reverberan fuertemente la brillante luminosidad del sol...

Por un momento hemos suspendido nuestra caminata para gozar del paisaje único y pintoresco que se ofrecía a nuestra vista.

Es de una belleza subyugadora, demasiado perfecta quizás. Todo es arte. Esta tarde, a la vista de la bahía, hemos creído más firmemente que nunca en Dios... Indudablemente, al hacer el mundo debió sentirse en algunos momentos el Sumo Hacedor, Dios, Señor Omnipotente y Poderoso, y puso algunos lugares en la tierra para asombro del hombre. Las rías gallegas son el reflejo de uno de los momentos más felices del Creador.

Cuando me di cuenta, estaba en Chapela. Había andado siete kilómetros. Tomé el tranvía... Una hora después entraba de nuevo en casa de Solá.

—¿Pero fué usted a Redondela?—inquirióme él.

—Fuí.

—Usted debe ser como yo. Le gusta lo nuevo, los

viajes, los contratiempos... Sin contratiempos, sin lo imprevisto, ¿qué habrá que no sea monótono, tonto, indiferente de vivirlo?

—¡Oh, sí!... La vida sólo de esta manera merece la pena de vivirla... La vida monótona, tranquila, sin obstáculos ni inquietudes, no es vida. Vida es acción, movimiento, compendio de ambiciones, ansias de gloria.

Hicimos un silencio.

—¿Y se va usted hoy?—me preguntó Solá.

—Sí; hoy mismo...

Consultó el reloj.

—Pues me parece que hoy no se va usted. Ya ha salido el tren.

—Pues me iré mañana—contesté tranquilamente.

—Entonces daremos un paseo.

—Bueno.

Y salimos. Caminábamos hacia el muelle. Nuestra conversación, que empezó sobre viajes y paisajes, concluyó por recaer sobre la revista y la vida del autor de *Anduriña*. Fué entonces cuando me dijo:

—Bueno; pero a mí no me hace usted una interviú.

—¿Por qué?

—¡Ah! Porque no...

Y siguióme hablando.

—Yo he sido el concejal más joven de Vigo. Si hubiera seguido con Romanones, con quien empecé en Madrid, en *El Globo*, seguramente habría hecho una buena carrera política... Pero lo dejé.

Hizo un alto en nuestro paseo y una pausa corta.

—No me pesa. No siento la política. Soy demasiado independiente. Y amo la verdad.

EL ALMA DE GALICIA

Continuó andando despacio.

—... He llegado sin salir de mi provincia y he conseguido mi propósito. En política, honradamente, no hubiera llegado a más, ni a más resultado económico... Y así no he hipotecado ni mi independencia ni mi libertad...

—Usted siempre tuvo grandes aficiones periodísticas, ¿verdad?

—¡Oh! Siempre... Desde muy joven me dediqué al periodismo. De pequeño, hacía versos en el colegio, y fundé varios periódicos infantiles que ni recuerdo cómo se llamaron. De mayor también fundé varios periódicos... Muchos... Demasiados, porque la afición resulta cara.

—Aquí tuvo usted un diario.

—Sí; *El Noticiero*. Fué mío primero y después de una Sociedad a la cual pertenecí. Discrepamos. En manos el periódico de gentes que no entendían el asunto, murió en la obscuridad.

Solá me hablaba ingenuamente. No era el periodista ante quien vaciaba sus recuerdos, sino el compañero, o, mejor aun, al amigo. Cuando esta conversación, un poco incoherente, porque es sincera, y porque nació confidencialmente, sin el menor asomo ni sospecha por su parte de que se publicaría la lea el autor de *Ramo Cati-vo*, acaso se enoje un poquito. Yo le di casi palabra de que no había de hacerle ninguna interviú... Pero no supe resistir la tentación... Hoy, hecha ya la travesura, espero sabrá perdonar esta pueril indiscreción profesional...

—¿Cómo nació *Vida Gallega*?—preguntámosle de pronto.

Solá hace otra paradita, y frente a los muelles dijo:

—Se me ocurrió en el campo, durante un veraneo. Al volver a la ciudad la eché a la calle. Me costó cuatro mil pesetas en un mes y me bastó la pérdida para darme cuenta de que no había acertado. Sin embargo, la idea me parecía buena. Acaso no la había madurado bastante. ¡Bueno; para no perder otras cuatro mil, rompí los clisés de las cabezas! En otro verano volví sobre el asunto. ¡No, el periódico debía vivir porque era necesario! ¡Había que prepararlo bien, que hacerle el reclamo! Se lo hice, y salimos triunfalmente.

—¿Lo pensó usted cuando fué a América?

—No, no; la idea no se me ocurrió en América. A América fuí más tarde a estudiar el mercado, a buscar manos honradas en quienes depositar mi obra, que era, por lo que me había costado ya—¡cientos de miles de pesetas!—todo mi caudal.

Hizo una pausa brevísima. En seguida agregó:

—Además, una revista es mejor que un diario; sobre todo para llevar a efecto mis propósitos... A mí me deja más tiempo disponible y puedo mejor viajar... Con un diario no podría hacer estas excursiones... Ata mucho...

—¿A usted le gusta mucho viajar?...

—¡Ah! Sí. Me encanta. Le tengo tanta afición como al periodismo. Y Galicia, Asturias, Santander, se prestan como ninguna otra región a ello...

Solá, que es, indudablemente, un espíritu inquieto y un alma errante, tratándolo de cerca no da la sensación del eterno peregrino, que lleva por conchas un *Kodak* y por bastón un lápiz y cuartillas... Es un hombre menudo, un poco sosegado. Las inquietudes de su

hijo:
 craneo,
 cuatro
 a dar-
 rgo, la
 durado
 , rom-
 sobre
 nece-
 recla-

alma no pasan al exterior; las reconcentra en sí... Tiene una rara tranquilidad apacible y burguesa y un carácter alegre, zumbón. Es un hombre optimista, que no cree nada imposible si tiene a su servicio una fuerte voluntad. La suya debe serlo... Su rostro agudo y sus ojos azules, que resguardan unas gafas de oro, denotan una bondad ingénita, franca y un espíritu noble.

—¡Yo no regaño nunca!—me decía.

Viste bien, sin afectación, y su charla, que tiene un no sé qué de desenfado, alñala siempre con donosos comentarios.. Es un hombre amable y mundano en una palabra.

—¿Fué su padre también periodista?

—No. Los míos fueron comerciantes en Cuba.

—¿Allí nació usted?

—No; soy de aquí, de Vigo...

—¿Aquí vivió usted siempre?

—Menos unos años que estuve en Madrid, terminando mis estudios y respirando «Aires de fuera»: esos aires que son tan necesarios para saborear después los de la casa.

—¿Dónde hizo usted la carrera?

—La empecé en Santiago y la acabé en Madrid. Soy abogado, pero jamás ejercí la profesión. No la siento, igual que la política.

Callamos por un momento y miramos al mar. Las aguas son grises, con argentíferos reflejos suaves. El sol, hacia su ocaso, tintaba en el horizonte una orla carmesí. Recordé aquellos versos de Pérez de Ayala que empiezan así:

ca. A
 buscar
 e era,
 iles de

sobre
 e deja
 Con un
 ucho...

como
 e pres-

quieto
 sensa-
 nas un
 hom-
 de su

El mar está terso y bruñido.

Una tersura y un bruñido mate.

Es de nácar con tonos—púrpura, plata, malva,
azul, gris, violeta—confundidos y suaves.

—Usted debe escribir con facilidad, ¿no?

—Como quien habla. No; más fácilmente todavía. No pienso lo que escribo. Lo que pienso no lo escribo ya, porque me parece una flor tronchada, que ha perdido su perfume. Escribo en el campo, con lápiz, sentado sobre la hierba. A veces, cuando me dirijo a mi montaña, se me ocurre por el camino lo que voy a decir y tengo que detenerme, que contar los pasos, que usar los prismáticos... para distraerme. Lo que escribo mentalmente no me sirve ya, está sobado, saldrá afectado, tieso, falso. Yo escribo en el tren, en el camino, en el vestíbulo del hotel... En todas partes menos en mi despacho. Una mesa, muchos libros y el silencio son una llamada a la afectación. Cuando no ando por esos mundos de excursión, me levanto temprano y subo al monte. Allí es donde escribo... siempre lo hago así. En invierno me arropo, y al monte... Por eso estoy tan ágil, y cuando me invitan a escalar alturas, no me deja nadie atrás.

—¿Escribe usted mucho?

—En América tengo muchas colaboraciones. Escribo una crónica firmada todos los días, y bastantes cuartillas anónimas para *Vida Gallega* y otros periódicos.

—Usted preferirá las *crónicas*, ¿no?

—Sí, señor. Y los asuntos regionales... Estoy con esto tan identificado, que cuando tengo que escribir algún artículo de carácter general lo hago contra gusto. Cuanto

a la forma, verá usted: persigo la correcta sencillez. La prosa debe ser tersa y musical, pero sin que se adviertan el paso del rodillo de la facilidad, que logra la tersura, ni la batuta del músico, que logra la sonoridad. Todo debe aparecer como la cosa más natural del mundo. El lector deberá decir: ¡si esto lo haría yo! Naturalmente que no lo hace; pero importa que se lo crea. Mi novela *Diablillo* es mi síntesis de este modo mío de entender la obra literaria. Para mí un acento puede decidir el éxito de un párrafo. A veces una crónica fútil agrada sólo porque el escritor tuvo el acierto de cuidar su melodía. Melodía y radiactividad. Si estuviésemos con calma le hablaría casi en serio de la literatura radiactiva.

Así, lentamente, habíamos llegado al extremo del muelle, frente al barrio de Pescadores. Era ya noche. En el puerto—rumoroso, lleno de trajín y de voces de los compradores de pescado y de curiosos—lucían con vivos destellos unos faroles refulgentes. Rielaba en el mar la luna... A distancia columbrábanse los vivos destellos intermitentes de un faro. Enfrente, la costa oscura, misteriosa, se extiende en lontananza donde brillan los vividos chispacitos de las luces de los pueblecitos costeros cuyas iluminaciones agujerean las grises tinieblas nocturnas... Más cerca recortaban los barcos sus negras siluetas enormes sobre el cielo, donde los ópalos erráticos de las estrellas nos hacían sus guiños misteriosos... Más cerca aun los bergantines, los veleros, goletas y vapores, destacaban en la obscuridad sus gráciles palos enhiestos de enmarañada cordelería...

Seguimos Solá y yo nuestro incierto caminar.

—¿Qué novela suya le gusta más?

E . E S T É V E Z O R T E G A

—Esto parece de interviú, ¿no?... Pues mire, francamente, ninguna. No me gusta nada de lo que he escrito. Nada...

Hizo un silencio.

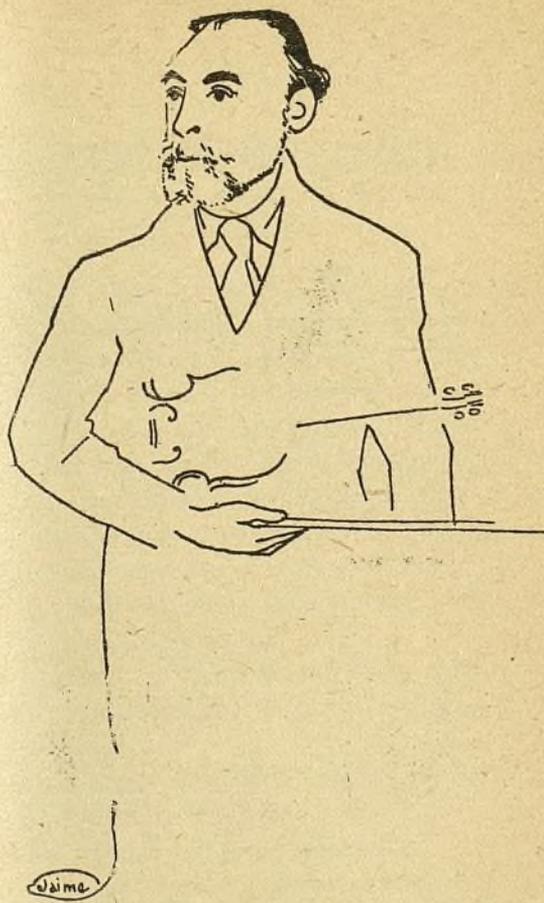
—¡Si yo le dijera que me parece que aun no he empezado a escribir! Yo diré que escribo cuando deje el periódico. Y entonces, sin prisas, sin preocupaciones, me pondré a escribir novelas, haciéndolas rápidamente después de un largo estudio del medio, de una saturación completa del ambiente. La novela, sin la verdad, sin el realismo, es una deplorable función de lucería, una mentira perniciosa. Tengo esa esperanza... Puede que no la realice nunca; pero es una ilusión que me acompaña.

Llegamos de esta guisa charlando al paseo. En un quiosco una banda deslíe en el aire las notas de una musiquilla alada, graciosa, fácil... Bajo unos focos pasea una elegante y parlanchina muchedumbre. Otros hacen tertulias. Llegamos donde está la familia de Solá. Marujita, rubia, alegre, encantadora como una princesa de leyenda y armoniosa como un verso de Rubén, da envidia a la luna. Engrosamos la tertulia, y seguimos la conversación.

A
nca-
scri-

em-
e el
nes,
ente
tura-
dad,
ería,
uede
me

n un
mu-
basea
acen
Ma-
sa de
a en-
os la



ANTONIO FERNÁNDEZ BORDAS



has
Con
sien
unc

ses
mu

tes
ch
ra

A. FERNÁNDEZ BORDAS



—RÉAME que no he tenido tiempo para recibirle antes—comenzó diciendo, para disculparse sinceramente el ilustre violinista y director del Conservatorio—. Hasta ayer he estado ocupadísimo. Ahora me voy a descansar. Desde que vengo en octubre hasta que se terminan los exámenes y ejercicios en el Conservatorio, que suele ser a últimos de junio, estoy siempre muy atareado. Por eso le escribí demorando unos días esta entrevista que me había pedido usted.

—¿Trabaja usted mucho?

—Sí, señor. La dirección del Conservatorio, mis clases, los conciertos y las lecciones que doy, me ocupan mucho tiempo...

—¿Le gusta a usted dar clases de música?

—¡Oh! Mucho. ¡Ya lo creo!

—Debe de ser eso muy engorroso.

—No lo crea usted. Enseñar es siempre una cosa interesante. ¡Es crear! Yo trabajo mucho con los muchachos. Y no me pesa. Desde que se fundó el premio Sarasate, se lo han llevado completo cuatro alumnos míos.

E. ESTÉVEZ ORTEGA

Bordas sonrió, con un gesto de bondad infinita.

Y continuó:

—Sarasate, que murió en París en 1908, dejó cien mil francos para que con la renta todos los años se premie a uno o varios alumnos... Si, a juicio de los profesores del Tribunal, reúne el alumno méritos excepcionales, se le conceden las cuatro mil pesetas como premio extraordinario, que es la renta de este legado de Sarasate. Si no, se suele acordar la concesión de dos o tres premios, que es lo frecuente. Mis alumnos han logrado muchos años el premio extraordinario Sarasate; en doce años creo que han sido cuatro las veces que se lo han llevado, y muchas veces, premios pequeños.

Hizo una pausa.

—¿Cómo se le ocurrió estudiar a usted música?—le dije de pronto.

Bordas se arrellanó en el sillón. Me sonrió tranquilamente, y tras unos momentos de silencio, en los que acaso meditara su pasado prodigioso y feliz, lleno de triunfos y éxitos desde su niñez, comenzó a hablar despaciosamente, narrándome, con aparente ingenua sencillez, su vida.

—Yo empecé a estudiar música siendo muy niño, muy niño...

—¿Sus padres acaso?...

—No—me interrumpió prestamente—. Estudié música por mi abuelo. Él tocaba el violín bastante bien. Pero era aficionado nada más. Y un día dijo a mi madre que yo debía aprender música, y entonces me empezó él a enseñar. De Orense, donde nací por casualidad, y donde vivimos mucho tiempo, nos fuimos a

Pontevedra. Y allí me siguió dando lecciones de música un... cabo de trompetas.

Bordas sonrió alegremente con el recuerdo.

Y añadió:

—Le diré que por entonces no me gustaba dar la lección de violín.

—¿Le era difícil su estudio?

—¡Al contrario! Estudiaba con mucho aprovechamiento. Pero como era un chiquillo, quería mejor ir a jugar a la Alameda que encerrarme en casa a dar lecciones con mi profesor.

—Muy natural...

—A veces me hacía el tonto. Y con gran picardía daba mal la lección y hacía como que no comprendía las notas, y me equivocaba adrede muchas veces... Me dejaban entonces como un imposible y me iba a jugar. ¡Cuántas veces le han dicho a mi madre que yo no sería nunca violinista ni músico!... Pero cuando uno es niño se es muy inocente, y yo con frecuencia me olvidaba de mi papel de *tonto*, y entonces daba la lección maravillosamente... ¡Llegué a desconcertar por completo a mi maestro!

Pasó un silencio breve.

—Cuando trasladaron el regimiento que estaba allí de guarnición—agregó el insigne artista sin que le preguntara nada—vi el cielo abierto y me alegré, pues se fué mi profesor, que ya había ascendido a sargento de la banda de trompetas... Pero no conseguí nada. Otro profesor le reemplazó. Un señor que se apellidaba Salvador. Y poco después llegó a Pontevedra, donde hizo mucho furor, Dorado, discípulo de Monasterio y pre-

mio de violín. Y mis padres le encargaron que nos diera clase a mi hermano Pepe, el ingeniero que conoce usted; a Celsa, que murió, y a mí.

Bordas quedóse un poco triste y pensativo, y yo le saqué de su meditación inquiriendo:

—¿Y estudiaba usted ya entonces con aprovechamiento?

—Sí, señor. Tanto, que a los siete años di mi primer concierto.

Hice un gesto de asombro.

—Mire usted...

Y abriendo el cajón de la mesa de despacho extraje de un abultado legajo, atado cuidadosamente con baldique, un prospecto. Antes de mostrármelo me dijo con cierto énfasis, señalándome un montón de impresos:

—¡Fíjese qué de conciertos he dado!... Y tengo otro legajo igual...

Y seguidamente, volviendo a la conversación de antes, me enseñó un prospecto anunciando un concierto en un teatro de Pontevedra.

—¿Ve usted?—me dijo—. Ahora que aquí me anunciaban con otro nombre: Benavente. Pero soy yo... Esto tiene una explicación. Mi padre se llamaba Fernández Benavente, pero toda la gente le conocía por Benavente. El Fernández desaparecía, como me pasa a mí. Siempre me llaman Bordas. No hay caso. El señor Fernández se esfuma siempre. Y yo era el hijo de Benavente, y... Benavente me llamaban, y me anunciaban en los conciertos.

—¿Cuándo vino usted a Madrid?

EL ALMA DE GALICIA

—A los nueve años.

—¿Iría usted al Conservatorio?

—Sí, señor. Por cierto que entonces había otro régimen en aquel Centro. Existía un examen de prueba antes de ingresar, y el Jurado, en vista del resultado de los ejercicios, daba por aprobados, uno, dos, tres o más años de la carrera; así, en lugar de tener el alumno que matricularse del primer año, al ingresar, según le calificaban a uno, podía ya matricularse del cuarto, del tercero, del segundo... A mí me dieron aprobados cinco años, de modo que me matriculé del sexto. Hice oposición entonces al premio y me dieron el segundo, porque no me podían dar el primero, que sólo se concedía a los que habían terminado, y a mí me faltaban aún dos años para concluir la carrera. El maestro Arrieta pronunció un discurso ensalzándome; todos los periódicos se ocuparon de mí; fué a oírme Sarasate. Tenía diez años entonces...

Mientras él charlaba con voz reposada y serena, llena de afabilidad y encanto, le iba contemplando. El ilustre violinista es un hombre joven aun, de correctas facciones y exquisita distinción aristocrática. Es no muy alto, moreno, de ojos negros, serenos, de mirar tranquilo, o acaso un poco, casi imperceptiblemente, tristes.

Tiene una bien cuidada barba corta, gris y fuerte, y unos lacios cabellos que los peina hacia atrás, abundosos en la nuca.

Habla con timidez, silenciosamente, con encantadora ingenuidad. Por eso cautiva y es simpática siempre la conversación de este hombre bondadoso, con trazas del que ha vivido mucho y con gran intensidad. Por eso

su mirada melancólica y sus ademanes recogidos.

—En aquella época de mi infancia—me decía con sinceridad—mis padres se equivocaron. Debieron de explotarme como niño prodigio. Ahora tendría mucho dinero.

—¿No lo tiene usted ahora?

—Poseo en la actualidad, y es lo que prevalece, el capital que heredé de mis padres; pero lo que gano lo gasto. Según ha venido se ha ido...

—¿Y cuánto ha ganado usted?

—Más de un millón de pesetas.

Hubo una pausa larga. Bordas volvió al hilo de la conversación:

—Estuve dando conciertos cuando tenía catorce años con Miseski. Al público madrileño me presentó Mancinelli. Después di conciertos con Sarasate, Saint Saens, Casals, Granados, Bauer... y después dejé de tocar...

—¿Cómo fué eso?—inquirimos un poco extrañados.

Bordas hizo un gesto ambiguo. Se encogió de hombros, sonrió tranquilamente y...

—¡Qué sabía yo lo que hacía entonces! Era muy joven y me dió por estudiar la carrera de Leyes, como me pudo dar por otra cosa. Cuando la terminé fui al bufete de Silvela como pasante; luego abrí bufete yo, y llegué a tener consultas y clientelas y hasta informé varias veces... Me interesaba en este aspecto de mi vida los litigios contenciosos. También me quisieron hacer diputado.

Calló. Inquirí entonces:

—¿Y por qué dejó la toga si tan bien le iban los asuntos?

Bordas hizo un gesto de suprema indiferencia.

—¡Ese era mi camino! Por aquel entonces quedó vacante la cátedra de violín en el Conservatorio, que tenía Monasterio, y la plaza de violinista de la Real Capilla. La Reina Cristina me dió esta plaza, lo que me animó mucho, y alentado por ello me presenté al concurso que anunciaron para dicha cátedra y la gané. Después fuí secretario del Conservatorio, y ahora al jubilar al maestro Bretón he sido nombrado director del mismo.

Hubo una pausa larga, y de pronto le dije:

—¿Qué contrato ha tenido usted más ventajoso?

Bordas meditó unos instantes:

—¡No sé! —dijo al fin—. Cuando tenía catorce años me ofreció Arche tres mil duros mensuales, gastos míos y los de una persona que me acompañara, para una gran *tournee* por España y el extranjero. Pero mi familia no quiso.

Y tras una pausa, le pregunté:

—¿Tiene usted miedo al público?

—¡Sí, señor! Siempre. Paso muy malos ratos; no sólo en el momento de empezar y momentos preliminares, sino durante dos o tres días antes.

—¿Toca usted algún otro instrumento?

—Un poco el piano.

—¿Es usted compositor?

—No; soy muy malo en este aspecto. Interpreto, no creo; hice tres partituras; pero no me acuerdo de ellas ni las toco.

—¿Ante qué público le gusta a usted mejor tocar?

—Eso no se lo puedo contestar.

Y tras un brevísimo silencio:

—El público madrileño es muy inteligente y muy efusivo. También el belga, y los holandeses no digamos. Y sobre todo en París.

—¿Qué obra prefiere usted para el violín?

—El *Concierto*, de Beethoven y Mendelssohn.

—¿Qué músico español le gusta a usted más?

—¡Hombre, qué preguntita! Eso no le puedo decir...

¡Todos!

—¿Y extranjeros?

—Ricardo Strauss—replicó prestamente.

—¿Cree usted que estamos en un apogeo por lo que respecta al arte musical en España?

—¡No, señor! Pero vamos caminando para ponernos al nivel de lo que se llama la culta Europa. Ahora que, entiéndase bien, no es por falta de músicos, que los tenemos admirables, sino por la escasa protección del Estado. España es un país de artistas por excelencia. Pero no se estimula ni apenas se protege al artista.

Y tras unos momentos de silencio, como si fuera pensando en alta voz, dejó escapar estas ideas:

—Yo entiendo que así como el Estado organiza Exposiciones Nacionales de Pintura, de Escultura, de Arquitectura, de Ingeniería, debiera organizar Exposiciones musicales. La Academia de San Fernando consiguió que se celebraran dos; pero después no se ha conseguido más. ¡El Real! ¡Ya ve!, es un teatro de ópera exclusivamente extranjera. En España no hay estímulo ninguno.

—¿Qué otras aficiones tiene usted además de la música?

EL ALMA DE GALICIA

—La contemplación de la Naturaleza me encanta.
Y... la familia—agregó después.

—¿Cuántos violines toca usted?

—Tengo varios; pero sólo toco uno; yo le conozco a él y él me conoce a mí. Es el violín como una prolongación de uno. Por eso se le está acariciando tanto; por algo se le coge así.

E hizo con las manos el ademán de poner un violín en actitud de tocar.

Tras una pausa, para reanudar la charla, le dije:

—Cuénteme usted alguna anécdota.

Pasó un silencio breve.

—Muchas podría contarle, y de muy diverso género; pero hay una que tiene para mí mucha gracia y voy a contársela ahora. ¿Usted conoció a *Adolfito*? Era como un juglar de la Edad Media: alto, erguido, de buena presencia; un hombre guapo; hijo de una buena familia coruñesa; huyó de la casa paterna y recorrió Galicia y España entera, andando de pueblo en pueblo, cantando bellas coplas a las muchachas y dándolas serenatas con su violín. ¡Así se ganaba la vida! Yo no diré que estaba loco; pero en su sano juicio tampoco estaba. Pues este hombre pasó una tarde de verano por delante de mi casa, de Marín, en un momento que estábamos de broma, y le mandamos subir. Recitó unos versos, tocó unas piezas de música, y como reparara, al fin, que allí había un violín, me dijo que si era mío que tocara. Yo le complací; cuando concluí me dijo muy formal, profundamente convencido: «Muy bien; toca usted muy bien; mejor que yo; pero no vale usted para ir por los pueblos tocando el violín a las chicas.» Y dicho esto se marchó,

Reímos; hízose un silencio entre los dos.

—¿Le gustaría que alguno de sus hijos fuera músico?

—¡Muchísimo! ¡Extraordinariamente!; pero no lo he podido conseguir. Mis hijos son muy aficionados a los deportes, todo lo contrario precisamente de la música, y aunque lo he intentado no han podido aprender a tocar ni el violín ni el piano.

Tras una pausa larga le preguntamos por sus proyectos de reorganización del Conservatorio.

Entonces Bordas púsose alegre y decidior más que antes y exclamó:

—¿Mis proyectos? ¡Vastísimos! El primero es la construcción de un edificio. Sé que me llamarán loco, que dirán que eso es una utopía. Pero ¿no son utopías todas las grandes ideas? El Rey, al que le he comunicado mi propósito, está muy conforme. En todos los países el Conservatorio está instalado en casa propia. Aquí carecemos de local; el que hay es insuficiente. Proyecto un gran edificio con aulas espaciosas para dar clase a los alumnos, y con dos salas, por lo menos, *ad-hoc* para audiciones: una para conciertos orquestales con órgano, y otra más pequeña para recitales de solistas...

Tras un silencio, como para ordenar ideas, agregó:

—Estas salas podrían alquilarse y sería una fuente de ingresos para el Estado. Cualquier teatro de Madrid cuesta más de mil pesetas el alquilarlo para dar un concierto; pues dando más facilidades nosotros en el Conservatorio resultaríamos todos beneficiados: artistas y público, porque serían más baratas las localidades; y el Estado, como empresario, obtendría una segura ganancia anual no despreciable. Y no crea usted que no

EL ALMA DE GALICIA

es hacedero mi proyecto. Costaría unos tres millones, y se le podría muy bien sacar un interés de un cinco por ciento anual...

Tras una brevísima pausa, reanudó el diálogo:

—También tengo el propósito de fundar una Residencia de Estudiantes, pues en la única que ahora existe, a los que estudian cualquier carrera: Medicina, Filosofía, Derecho... les molesta que alguien repase música; porque dicen que les distrae la atención, y es verdad, pero el estudiante de música no puede hacerlo en silencio. Pienso también reformar los programas, que son ya inadecuados y hoy resultan muy antiguos. Y, por último, pienso crear tres títulos: compositor, cantante e instrumentista.

Aun seguimos durante un gran rato charlando de cosas de Arte.

Cuando después nos despedimos, como lamentándose, dijo:

—Voluntad no me falta. Sólo necesito ahora el apoyo de los elementos oficiales. ¡Si ellos me prestasen ayuda!...

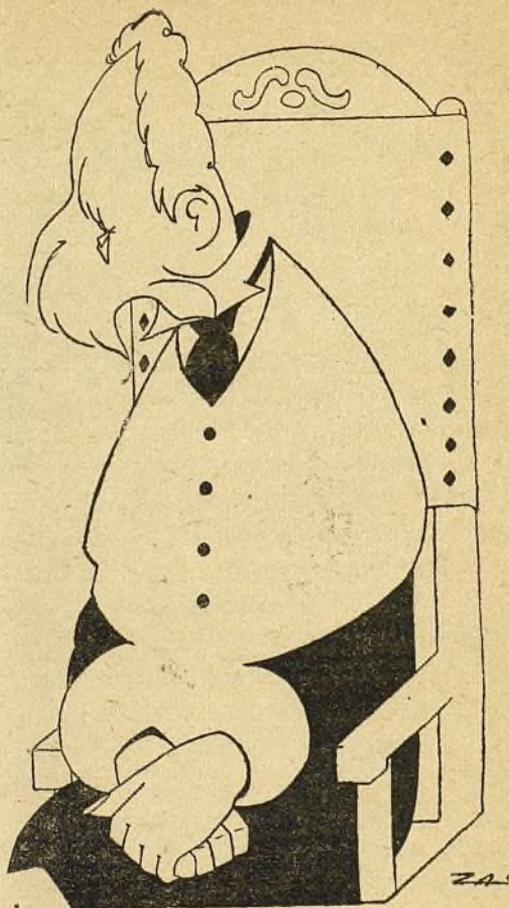
Yo también participaba en secreto de las dudas del ilustre director del Conservatorio.

¡Los elementos oficiales! ¡Hay rémora mayor? ¡Irlas con reformas, modificaciones, cambios!... ¡Qué ingenuidad!

Lo que dirán las altas esferas:

—¡Eso es musical!

Y tendrán razón...



JOSÉ RODRIGUEZ GARRACIDO

J



ba
dal
tu
de
bo
dia
ma
y
ño
da
to
ci
qu

J. RODRÍGUEZ CARRACIDO



¿El señor rector?

—El señor rector no viene hasta las once—me contestó el bedel una mañana que fuí a la Universidad Central, para ver si lograba conseguir unos momentos de charla con el eminente químico.

—Bien. Esperaré—dije por toda contestación.

Bajamos entonces al jardín. Hacía años que no entraba en él. La mañana gris, triste, un poco fría, me recordaba las horas que pasé, un poco en balde, cuando estudiaba Leyes. Acudieron a mi mente gratos recuerdos de la algarera vida estudiantil, vividos bajo aquellos árboles que han cobijado a tantas generaciones de estudiantes. Entonces, un ayer muy próximo, aun vivía aquel maestro mío inolvidable, que se llamó don Juan Ortega y Rubio, no había muerto don Ismael Calvo y Madroño, ilustre romanista y jurisconsulto, con trazas y modales de un sencillo dómine rural. Por aquella época todavía no había estallado la ridícula parodia de revolución del mes de agosto del año diez y siete, y Besteiro, que entonces no se glorificara aun en el presidio a que

le condujo aquella extraña aventura política, conservaba aún sus grises barbas de santo, que le daban un venerable aspecto de ascética religiosidad, muy en pugna con su brava rebeldía que nunca recató.

Era rector por entonces el culto catedrático de Derecho Internacional, señor Conde y Luque, hombre de fina prestancia; alto, muy elegante, muy escuálido, muy erguido siempre, un perfecto *gentleman*, que se diría, aprendió su inútil y entretenida ciencia por Embajadas y Cancillerías. Tal era su apuesto continente.

El rector de la Universidad Central lo es ahora una de las eminencias más prestigiosas de la ciencia española. Uno de los hombres, además, más ilustres de España. Don José Rodríguez Carracido es una venerable figura nacional, mucho más interesante de lo que parece. Aquella mañana que fuí a visitarle, tras una corta espera, logré verle y hablarle. Es un hombre fácilmente asequible. Me recibió en su elegante y severo despacho rectoral; cuando entré, le sorprendí enfrascado en la lectura de un libro novísimo de Química orgánica.

Yo empecé disculpándome y haciendo un cumplido elogio de él. Carracido protestaba mientras estrechó mis manos con efusiva cordialidad:

—No, no. Nada de hombre eminente ni de sabio, ni nada. Es usted muy amable; yo estoy a su disposición ahora y siempre...

Yo agradecí las sinceras frases del sabio maestro y empecé mi interrogatorio.

El notable profesor de Química me hablaba con encantadora sencillez. El venerable rector es uno de los hombres más sinceros, más amables, más bondadosos

de cuantos he conocido. Pone en sus palabras y en sus ademanes una gran cordialidad y un gran afecto.

Su talento esclarecidísimo es tan grande como la bondad ingénita de su alma escogida y humilde. El ilustre viejecito tiene un espíritu infantil, un cerebro privilegiado, y un corazón, que es todo amor, de hombre...

Comenzó hablando de cuestiones pedagógicas y políticas con gran competencia y acierto.

Yo le oía embelesado, y porque le admiro sinceramente escuchaba sin osar interrumpirle siquiera su agradabilísima charla, que hacía más íntima y cordial el silencioso tono de confianza que tienen siempre las amables inflexiones de su voz.

En un silencio que hizo, yo le pregunté:

—Señor rector, ¿cuánto tiempo lleva usted dedicado a la enseñanza?

—Este curso hace el número cuarenta y uno de los que he explicado.

—¿Cuándo ganó usted la cátedra?

—El año ochenta y uno.

—¿Desde pequeño tuvo usted afición por la Química?

—Sí, señor. Desde que empecé a estudiarla por primera vez en el Bachillerato me cautivó esta ciencia, que entonces me parecía arte de nigromancia.

—¿Hizo usted la carrera aquí en Madrid?

—No, señor. La hice en Santiago.

Hizo una breve pausa.

—De allí soy—dijo después—. De allí era mi padre y mi madre.

Hízose un silencio.

—Cuando terminé fuí a Sanidad Militar—prosiguió

amablemente mi interlocutor—, y asistí a la guerra carlista.

—¿Recuerda usted algún hecho de armas o alguna anécdota de entonces?

El ilustre catedrático sonrióse bondadosamente. Hombre de ciencia, de paz y de estudio, no le quedan de entonces recuerdos de gestas heroicas ni de gestos y...

—No; no recuerdo nada... Que presencié el asalto a Tafalla nada más.

Y dijo esto tranquilamente, con un gesto admirable de suprema indiferencia.

El cultísimo profesor es de regular estatura, un poco achaparrado y nervioso.

Su tez pálida da a su rostro, que es un perfecto óvalo, una mayor dulzura y serenidad. Sus ojos, vivos e inquietos, a pesar de su mirada un poco inquisitiva, animan e infunden confianza. Cubre su labio superior un pobladísimo y abultado mostacho de grandes guías caídas; tanto el bigote como sus lacios cabellos, que los peina hacia atrás, son como de seda. De una seda venerable, blanca y limpia.

Encorvado, silencioso y abstraído, resulta inconfundible su figura siempre. Y cuando camina, como cuando habla, mueve la cabeza, y de vez en vez juegan sus omoplatos en un movimiento peculiar suyo...

—Dígame—le dijimos—, ¿cree usted que España es una nación adelantada en cuestiones químicas?

—Mire—replicó sin vacilar—. Debo sobre esta cuestión decirle una cosa. Hay que distinguir. Aquí se sabe lo que se sabe en las naciones más adelantadas; pero

EL ALMA DE GALICIA

no existe producción de ciencia. Ahora bien: estamos al tanto del movimiento científico universal. Esto ya supone un adelanto. Hace veinte años apenas si se sabía nada. Hoy se sabe mucho. Y créame: terminaremos por producir ciencia.

El eminente químico hablaba con optimismo confortador. No eran sus palabras de un inconsciente optimismo falso, ni sus frases halagüeñas dictadas por afán de agradar. Hablaba como un convencido. Más aún. Como un vidente.

—¿Cuántas obras ha publicado usted?

—¡Oh!... Muchas. Y de muy diverso género.

Hizo una pausa para recordar.

—Obras científicas—díjome poco después—, he publicado *La nueva Química*, el año ochenta y siete; *La evolución de la Química*, el año noventa; poco después publiqué *Tratado de Química biológica*, y el año noventa y tres otro libro con el título de *Química biológica*.

Tras una corta pausa, prosiguió:

—Tengo también publicado un libro sobre algunos investigadores españoles, otro libro sobre el P. Acosta, una novela, *La muceta roja*, y un drama titulado *Fovellanos*.

Admirable es en verdad la labor de este sapientísimo catedrático. Abarca ancho campo de la cultura humana. Desde la especulación intrincada de esa ciencia un poco bruja y misteriosa, original y complicada, a la novela de un intenso sabor realista; la crítica, serena y acertada, y el drama lleno de emoción e ideología.

—Y además muchos trabajos, memorias, monografías científicas—agregó poco después.

—¿Ha estudiado usted en el extranjero?

—Por ahí he ido con frecuencia en peregrinación científica. En Alemania, en Bélgica, en Inglaterra, he estado varias veces. Últimamente este verano estuve en Portugal, en el Congreso que se celebró en Oporto.

—A propósito, ¿qué me cuenta usted de ese Congreso?

—¡Oh! Fué un gran éxito. Un triunfo también para las relaciones de los dos países, que se han hecho más cordiales y efusivas. Los hombres de ciencia, en cinco días que duró aquel Congreso, conseguimos más a este fin que hubiera logrado una misión diplomática en diez años...

El sabio sonrió alegremente, como un niño, y agregó:

—Con la circunstancia de que, a pesar de haberse estado discutiendo temas tan espinosos, como inevitablemente surgen y se presentan de las cuestiones históricas y sociales, no hubo el más leve rozamiento ni se agrió ninguna discusión... Al contrario, todo se deslizó en un grato ambiente de armonía.

—Usted siempre ha tenido una gran predilección por Portugal.

—Sí, señor; siempre. Soy casi portugués. ¡He estado tantas veces! En punto a conocimiento de personas, costumbres y territorio, los conozco mejor que a algunas provincias españolas.

—Dígame sinceramente: ¿es cierto que nos odian, como dicen algunos, y que nos temen?

Carracido hizo inmediatamente un gesto irreprimible de disgusto y de desagrado.

—¡No!—replicó vivamente—. Recelo sí nos tienen.

Eso siempre lo hubo, lo que ellos llaman políticamente «el peligro español». Recelo alimentado por intereses bastardos...; pero, como es natural, los que piensan libremente desechan por completo esa idea absurda. La intelectualidad lusitana, como la nuestra, comprenden que no hay tal cosa, y saben apreciar la conveniencia de una íntima, estrecha amistad de ambos países, que a todos por igual nos interesa...

Tras una pausa, yo le pregunté:

—¿De cuántas Academias es usted miembro?

—De tres: De la Real Academia Española de la Lengua, de la de Ciencias Morales y Políticas y de la de Medicina.

—¿Qué vida hace usted?

—Muy ordenada. Ahora dedicado solamente a la ciencia. Ya no me entretengo en trabajos literarios, y, a pesar de ser rector, voy a dar clase como siempre. A mí no me ponen falta mis alumnos...

Hizo una pausa larga.

—Yo le admiro a usted—le dijimos de pronto—, tanto por su talento como por su tesón y su constancia inquebrantable.

El señor Carracido sonreía ingenuamente.

—No, no... ¿Constancia?... ¿Tesón?... Es también con lo único que contaba al nacer. Ese era mi caudal único. Yo nací muy pobre. Mis padres eran jornaleros, artesanos, que dicen por allá. Con ímprobos esfuerzos, a costa de Dios sabe cuántos sacrificios penosos, iban dificultosamente costeándome los estudios... Yo les ayudé cuanto pude. Desde los catorce años ya buscaba el modo de aligerar a mis pobres padres de la pesada carga

que mis estudios le suponía, dando clases de repaso, durante los meses de verano, a los condiscípulos míos que eran suspendidos en alguna asignatura en junio. Aunque me pagaban mal ese trabajo ímprobo, yo iba ahorrando para comprarme los libros, si es que no me los prestaban, cosa que ocurría con frecuencia, y para pagarme las matrículas y otros gastos míos.

Calló el ilustre senador de la Universidad de Granada. Había dicho esto tranquilamente, como si narrara un cuento de un niño bueno y aplicado...

Y a través de sus claras palabras humildes, sinceramente dichas, ¡qué tragedia no se adivina!... Una de esas tragedias ocultas de la vida anónima y vulgar que se deslizan en secreto y con dolor...

¡Cuántas noches en vela devorando la ciencia de los libros sobre una mesa tosca, a la débil luz de un pobre quinqué!... ¡Cuántas privaciones para tener con qué pagar las matrículas enormemente caras! ¡Cuántos desvelos! ¡Cuántas inquietudes, y anhelos, y ensueños!...

Hoy debe recordar esos capítulos de su vida con triste orgullo. De todos modos es interesante la vida de este hombre sabio, con alma de artista...

—¿Qué labor piensa usted llevar a cabo como rector de la Universidad Central?—le preguntamos luego.

—Fomentar desde luego las relaciones con Portugal y con América. Portugueses y americanos ya lo saben: la Secretaría para ellos es mi despacho. Hay que ver el modo de lograr hacer una sangría a la masa emigratoria estudiantil, que de estos países van a las Universidades, Liceos y escuelas y demás centros de enseñanza de París.

—¿Cree usted que ha de resurgir la Universidad española?

—Creo que despierta de un modo muy halagüeño... Ha de resurgir, no lo dude usted. Hasta ahora venía adoleciendo de un defecto: que no tenía alma. Pero hoy ya tenemos verdadero espíritu universitario. Y habrá más...

Tras unos momentos de silencio, el ilustre rector añadió:

—Hemos de contribuir a ello todos. Empezaremos por la reforma en la enseñanza, para lo que nos da amplio margen la autonomía universitaria, que está aprobado y que lleva vías de realización, estando en estudio de Claustros y Comisiones, nombradas al efecto, el modo de hacerla más viable, para implantarla lo más rápidamente posible. Luego trataremos de reformar los edificios; se habilitarán a propósito para la enseñanza, con los adelantos pedagógicos y material necesario, locales higiénicos y confortables... Esto es muy importante. Hoy muchos resultan insuficientes. Por lo que a esta Universidad respecta, le diré que resulta insuficiente. Es una de las principales del mundo. Aquí cursan sus estudios nueve mil estudiantes, entre los que se cuentan una porción de mujeres. Necesita esto un arreglo; pero ¡no hay dinerol...

Dijo esto con pesadumbre.

—¡No hay dinerol—pensaba yo *in mente*—. ¿No hay dinero? El déficit en nuestro presupuesto no habrá sido por la carga que supongan los gastos del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes (que aquí no se saben fomentar) precisamente, sino que el desarreglo de la

E. ESTÉVEZ ORTEGA

Hacienda se debe a malgastar el dinero del contribuyente en lo que un ministro llamó la orgía del personal y en menesteres bélicos, inútiles, que son la ruina de la nación.

El señor Carracido, como adivinando mis pensamientos, sonreía tristemente...

g A
tribu-
onal
de la
ensa-



JUAN LUIS

(Autorretrato.)



la a
da
nó
C
gin
y J
de
ub
los
res
Lu
en
un
fri

JUAN LUIS



Este ilustre artista gallego un pintor místico, de una intensa exaltación. Por eso parecen sus obras impregnadas de un rancio espíritu ascético y de una suave dulzura gris, melancólica. Tienen sus cuadros la tristeza espiritual de Santiago de Compostela, la antiquísima ciudad que duerme eternamente arrullada por la triste canturria de su lluvia perenne y monótona.

Galicia está representada plásticamente por tres originales y personalísimos pintores: Llorens, Sotomayor y Juan Luis. Llorens es el pintor de las marinas suaves, de las encantadoras rías, de los campos dulcemente ubérrimos y frescos, pinta el paisaje. Sotomayor, el de los esplendores cromáticos, de la luz intensa y los colores decorativos, pinta las figuras... los seres... y Juan Luis, suntuosamente espiritual, pinta el alma sintetizada en formas corpóreas.

Una mañana que fuí a visitarle le sorprendí pintando un cuadro de grandísimo tamaño, que exornará los fríos muros de un asilo de Santiago. Juan Luis ha sabi-

do hermanar en esta obra la unción mística de las pinturas religiosas antiguas con las modernas esplendorosidades gayas decorativas que predominan hoy en la técnica del arte pictórico.

El melancólico pintor gallego, que oculta como un pecador una gran inquietud sentimental, tiene el aspecto de un imberbe. Juan Luis, que parece mucho más joven de lo que es, será un pintor eternamente púber, no se podrá acertar nunca la edad que tenga. Es menudo, de facciones aniñadas, de modales sencillos y tímidos ademanes. Su charla, de aspecto ingenuo, es lacrimosa como un cadencioso *al-la-lá*.

No es un hombre cordial, zaragatero, expansivo, como tantos otros, no; tiene apariencias de humildad, y así parece, afeitado todo, con la mirada lánguida y tan apocadío, el demandadero de un convento de monjas; en la calle podría confundírsele con algún sacristán o con cualquier jovencito timorato y pobre de espíritu, de esos que captan los aviesos clérigos de la Compañía anónima de Jesús.

Estaba pintando y dejó a un lado los pinceles. Entonces pudimos contemplar mejor, sinceramente admirados, su obra sin concluir *Santa Isabel de Hungría*.

Sin que le preguntáramos nada, como adivinando nuestro pensamiento, dijo:

—Ésto es para Galicia, para la Capilla de un hospital de ancianos que fundó el arzobispo Rajoy, en Santiago. Son ocho grandes *panneaus* como éste, imitando frescos.

Y tímidamente inquirió:

—¿Le gusta?

—¡Mucho, francamente!—hubimos de responderle.

Juan Luis sonrió complacido.

—¿Cuánto tiempo lleva usted dedicado al arte?—le pregunté después.

—¡No lo recuerdo! Empecé a pintar de pequeño; pero vamos, lo que pudiéramos decir empezar a pintar oficialmente hace unos once años.

—¿Cómo se despertaron en usted esas aficiones?

—No lo sé. Tal vez me sugirió la idea de pintar un músico amigo de mi padre que iba mucho a su taller y estaba siempre haciendo marinas. Yo me pasaba las horas muertas contemplando lo que hacía, me entusias-
maba.

—¿Su padre también es pintor?

—Es pintor de imágenes.

Hizo una pausa, en seguida agregó:

—Yo empecé haciendo marinas; después, paisajes, y
ahora, figuras.

Marcó otra pausa.

—¿Sabe cuál fué una de las emociones mayores de mi vida? ¿Lo que más sorprendió a mi espíritu?—me dijo después.

—¿Qué fué?

—¡El mar! La primera vez que lo vi quedé admirado, y aun no sé cómo explicarle la agradable impresión que me produjo el encontrarme por vez primera frente al modelo. Fué una estupefacción única, una fascinación hondísima.

Y añadió ingenuamente:

—Es un espectáculo grandioso, ¿verdad?

Asentía yo con la cabeza y al propio tiempo inquirí:

—¿Por qué no pinta usted ahora marinas?

—Porque eso—me contestó sencillamente—está muy desacreditado. Pero créame, me gusta muchísimo el mar, es muy interesante.

Yo pienso lo mismo. Su grandiosidad única subyuga, su misterio nos cautiva, su admirable polifonía, su encantadora serenidad y su brava rudeza conmueven siempre. Con Baudelaire podríamos decir: «... es encantador lugar de descanso para un alma fatigada de las luchas de la vida. La amplitud del cielo, la movable arquitectura de las nubes, las cambiantes coloraciones del mar son prismas maravillosamente propicios para divertir la mirada sin cansarla nunca...»

—¿Por qué hace usted ahora pintura religiosa?—dijimos para reanudar la conversación tras un corto silencio.

Titubeó unos momentos Juan Luis, y al fin me respondió:

—Porque sí. Cada uno debe pintar lo que más le guste, a mi parecer. El estilo es el hombre; cada uno debe de pintar aquello que más sienta, que vaya en armonía con sus ideas que más le identifique. Es el medio de no prostituirse y de hacer arte, que es a lo que todos debemos aspirar siempre.

Hubo una larga pausa.

—¿Qué obra suya le destacó?—le dije de pronto.

—*Florisel*.

—Se la premiaron a usted, ¿verdad?

—Sí, señor. En la Exposición Nacional del año 1917 presenté ese cuadro y *As nenas de Rosalva*, y me concedieron por unanimidad la primera de las terceras medallas por aquel cuadro.

—A usted le gusta pintar más figuras que paisajes, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y retratos?

Quedóse Juan Luis pensativo. Meditaba la respuesta. Hizo después un gesto ambiguo y...

—No me agrada eso—dijo al fin—. Pintar por encargo un retrato no me seduce. Hay que falsear siempre un poco el natural, sobre todo en los de mujeres... ¿Sabe qué retratos me gustan hacer? Los de mis amigos. No sé por qué, pero esos siempre los pinto con gusto...

Así me hablaba Juan Luis. Estábamos en su estudio. Un estudio alargado y limpio. De las paredes penden grandes cuadros suyos, retratos y dibujos. No tiene el aspecto de un estudio de pintor. Puede ser el salón de un *amateur*, abundantemente exornado de cuadros. Hay cierto orden, cierta simetría en todo. Se adivina la mano solícita, cuidadosa, de una mujer allí. Carece el estudio de ese *cachet* inconfundible de todos. No existe ese abandono y descuido, ni ese simpático desorden, ni ese amontonamiento desigual y arbitrario de muebles y objetos que reina en casi todos los ámbitos donde el arte se asienta, la bohemia pasa y se albergan artistas.

Yo, que soy un hombre despreocupado, descuidadísimo, no sé si envidiar o compadecer a estos hombres que tienen una cosa para cada sitio y un sitio para cada cosa. ¡Demasiadas tiranías nos ofrece de por sí la vida para irnos nosotros mismos a imponernos más!...

—Está usted contento de Madrid—le digo de pronto. Juan Luis hizo un gesto de indiferencia. Quiso luego evadir la contestación; pero, por fin, labiando, contestó:

—¡Psch!...

Y agregó en seguida:

—¿Por qué no?

—¿Está usted satisfecho de sí mismo?

—Sí, señor—contestóme francamente—. Y aunque la gente aun me conozca poco—agregó modestamente—, entre los artistas he logrado hacerme un puesto y me respetan. Me toman en serio...

Dijo esto con ingenuidad, modestamente...

Yo le contemplé. Quedóseme mirando también él, esperando más preguntas mías. Su rostro, que ya he dicho que es aniñado, tiene un color cetrino. Negros y quietos son sus ojos, un poco inexpresivos. Asimismo es negra su cabellera, cuidadosamente rapada. Su labio superior es prominente, como si iniciara un gesto de enojo o de abstracción.

En el silencio de una pausa se oyó el llanto de un niño.

—¿Es algún hijo de usted?

Asintió el joven pintor con la cabeza.

—Acaso un futuro pintor—dijimos bromeando.

—Acaso—repitió muy formalmente su padre—. Pero preferiría que fuera músico...

A un gesto nuestro prosiguió:

—Me encanta la música, tanto como me seduce la pintura, que es para mí un placer inmenso...

Y tras una pausa brevísima:

—Yo creo que si mi hijo llega a ser músico, me hará pasar ratos muy agradables mientras pinte, pues regalará mi oído con música escogida que a mí me guste...

—¿Qué músicos le interesan a usted?—le dijimos entonces.

G A
EL ALMA DE GALICIA

—Scarlatti, Mozart...

—¿Qué otras aficiones tiene usted además de la pintura y de la música?

—La lectura.

—¿Qué autores son sus preferidos?

El autor de *Florisel* sonrió. Antes de contestar, no sé si para evadirse, comentó:

—¡Parece raro! ¿No? Preguntar a un pintor qué músicas y qué libros son sus preferidos, ¿verdad?

Yo, que no esperaba por respuesta esta pregunta, costumbre perfectamente gallega, me desconcerté... y por lo que pudiera encerrar de maliciosa que yo adivinaba, me sonreí por toda contestación.

Juan Luis también. Al poco rato, el notable pintor reanudó la conversación. Recayó en seguida el tema otra vez sobre la pintura religiosa y se extendió Juan Luis en digresiones filosóficoartísticas. Nótase en el joven pintor, ahora, un afán decidido porque se le considere y catalogue entre los pintores de asuntos religiosos. Fué entonces cuando me dijo:

—Es que ello va en armonía con mi temperamento. La religión recuerda obras antiguas, y creo yo que se presta más a sugerir asuntos bellos. Es fuente inagotable de motivos interesantes. Y a mí me une a la antigüedad algo que es íntimo y espiritual. Algo mío. No quiero ni siento lo moderno, francamente. ¡No me val! ¿Verdad?

Asentimos con la cabeza nosotros.

—¿Qué cuadro suyo le parece a usted el mejor?

—No sé... Acaso *Florisel*... Quizás *Serenidad*.

Hubo una pausa.

—Dígame, Juan Luis, ¿qué pintor español le interesa a usted más?

—No se lo digo—dijome sonriendo—. Se van a creer que es *coba*... Podrá parecer adulación, ¿no?

—Pues dígamelo a mí en secreto. Yo no lo diré...

—Arteta y Anglada—dijo sin vacilar—. Y otros muchos... Los que todos conocemos...

Yo hice un gesto de asombro.

—¿Y de los clásicos?—le pregunté entonces.

—Mire... ¡No sé qué decirle!—respondió tras una pausa—. Ahora Goya y el Tintoretto...

Y tras otra pausa, agregó:

—A mí me sucede una cosa muy especial... Cada año me gusta uno distinto. Yo voy mucho al Museo; miro, contemplo, estudio y... a lo mejor me entusiasmo con un pintor, que me parece el mejor y más perfecto de todos, y luego, al cabo de unos meses, cambio de opinión, deja de interesarme, y me gusta otro... Me renuevo, por decirlo así... Y es que, espiritualmente, soy muy inquieto, muy inquieto...

—¿Le han pensionado a usted alguna vez?

—¡Nunca! No sé si ahora iré pensionado por el Estado.

—¿Ha ganado usted mucho dinero?

Juan Luis sonrió. Al fin supo evadirse de una respuesta categórica.

—Eso creo que no debe decirse nunca... Si gana uno mucho y lo dice, es como un alarde comercial que no me parece bien... Si dice uno que poco, parece una *pose*... pero, en fin, le diré que nunca me falta trabajo vivo bien... No carezco de nada...

—¿Qué es lo que prepara usted ahora?

—¡Mucha labor! Una *Guía emocional de Santiago*, con texto de autores gallegos e ilustraciones mías. Dibujos de horas vividas por mí... Para la Exposición Nacional, un cuadro de técnica distinta a mi estilo, *Ofelia Aldeana*.

Tras una pausa, le pregunté:

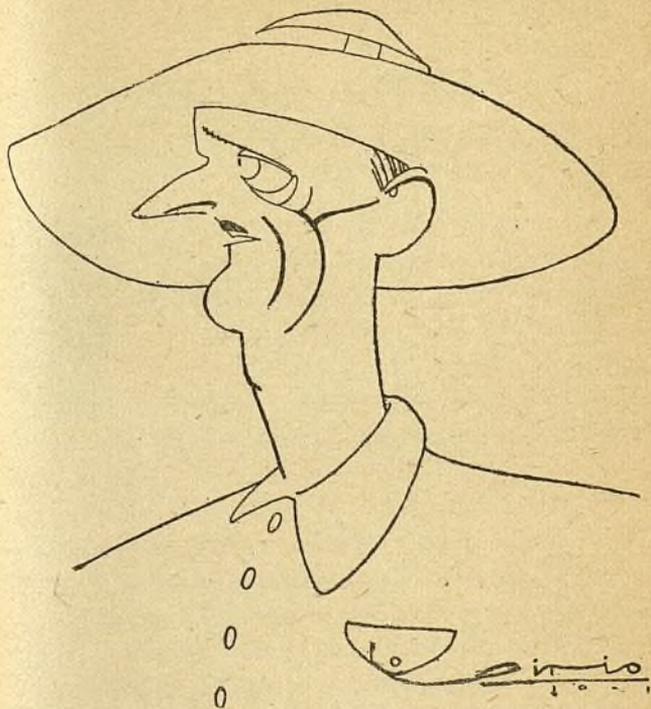
—¿Me quiere contar alguna anécdota de usted?

El notable pintor sonrióse. Meditó unos momentos.

Al fin respondió:

—No recuerdo nada que sea interesante. A mí no me ha pasado nunca nada. He vivido apartado en un ambiente tranquilo y feliz... No me ha pasado nunca nada extraordinario. No soy como ustedes que pueden contar aventuras galantes, peripecias llenas de gracia y de interés, porque yo he llevado siempre una vida ordenada, vivo con método y no sé de complicaciones sentimentales de ningún género...

Yo le oía un poco extrañado y sonriéndome. Juan Luis ponía en sus palabras castas un tono de fingida ingenuidad, que no le *iba* del todo mal...



MILLÁN ASTRAY



ca
lo

cr
d
y
s
u

p
n
l
a

n

MILLÁN ASTRAY



MILLÁN ASTRAY, teniente coronel, jefe de los Legionarios, es hoy una de las figuras más interesantes de la actual campaña marroquí. Como Sanjurjo, González Tablas, Cabanellas, Castro Girona, Barrera, Cavalcanti, Berenguer y tantos otros, ha logrado destacarse en esta triste epopeya, sangrienta, arriesgada, dolorosa e inútil...

Son las más relevantes personalidades de esa guerra cruenta de terribles penalidades, riesgos fáciles, calamidades perennes y de continuos fracasos en lo político y... en la que todo nos es adverso: un enemigo feroz, salvaje, inhumano; un terreno inhóspito e infecundo, un ambiente hostil; guerra, en fin, impopular y estéril...

Millán Astray es, sin duda alguna, uno de los más populares jefes militares de nuestro ejército... Y si en todo momento fuera interesante una charla con él, mucho más lo es ahora por las tristísimas circunstancias por que atraviesa España. Así lo hemos pensado nosotros...

Por eso fuimos a verle. Era un día muy de mañana, y, no obstante, nos lo encontramos que ya bajaba las es-

caleras de su casa. Vestía el sencillo uniforme de Legionario; con un gran chambergo halduno, gallardo y airoso, y un pardo capote de campaña. En una mano la fusta; la otra, vendada, en cabestrillo.

Así, sin galas ni correaes, pomposas plumas que mezcla el viento, ni estrépito de sable, ni vistoso e inútil uniforme recamado de fúlgidos botones, oros galones ni charreteras, me pareció más militar, sobre todo... y más útil a la Patria.

—Yo voy ahora al Sanatorio del doctor Decreff... ¿Qué quiere usted de mí?—me dijo en seguida, después de que le saludé.

—Quisiera hablar con usted unos momentos sobre cosas suyas, de la Legión y de Marruecos, con objeto de hacer un artículo para publicarlo en *Vida Gallega*.

—¿Una interviú?—exclamó rápidamente—. Más de sesenta me han hecho ya... Así es que excúseme usted. Porque de mí no quiero hablar, de los Legionarios ya no queda nada por decir, y de Marruecos muy poco debo de contarle... ¡Así quel...

Yo, naturalmente, no me di por convencido.

Insistí varias veces, y, al fin, le dije:

—Algo le habrá quedado por decir... Y con eso, aunque poco, haré un artículo...

Accedió él, por fin, y entonces los dos juntos nos dirigimos al mencionado Instituto Hidroterápico.

Millán Astray se despojó en la clínica de su guerrera.

Una enfermera le colocó unos hilos eléctricos en un brazo y por la espalda; movió una palanca... Millán Astray no pudo contener entonces un gesto de dolor. Es el calambre eléctrico...

—¿Le molesta?—preguntámosle, por decir algo y para ver de encauzar la conversación.

—Un poco menos de lo que me creía yo. Estas curas producen algo de inquietud. Para nosotros los profanos, estos complicados mecanismos eléctricos nos imponen sin que nos demos cuenta... ¿verdad? Pensamos, sin querer, en la posibilidad de que por un error del médico o de la enfermera al dar a la llavecita o la palanca dé a otra que pueda dejarnos aquí electrocutados...

—¿Usted se dió inmediata cuenta de que le habían herido?—le dijimos tras una larga pausa.

—Sí, señor.

—¿Cómo fué?

—¡Hombrel! ¿Le parece a usted poco lo que han dicho ya los periódicos de mi percance, para insistir sobre ello?... Va a parecer que no han herido a nadie mas que a mí...

—Pero es que yo deseaba oírse la de sus labios...

—Pues lo siento mucho; pero de esto no vamos a hablar. Además, que creo no le interese a nadie, hombre...

—¡Bueno!—exclamé resignándome entonces.

—¿Cómo se le ocurrió organizar el Tercio de Voluntarios?—le preguntamos después.

—De extranjeros...—me corrigió él rectificándome en seguida—. Tercio Extranjero o Legión Extranjera, así mejor...

A Millán Astray no le agrada que a sus tropas se les llame de otra manera.

—¿Por qué se les ha de llamar Tercio de Voluntarios—decíame él—si no vamos a Flandes?... ¡Legión, hombre, Legión es como queremos llamarnos! ¡Somos Le-

gionarios! Es una Legión Extranjera, como es la Francesa, la que me ha servido de norma...

—Bien, mi teniente coronel; ahora dígame: ¿cómo logró usted formar la Legión?

—¡Después de muchas fatigas!... Cuando se me ocurrió esta idea era yo capitán, y ministro de la Guerra el general Luque. El general Berenguer me animó mucho, y después el general Tovar me envió en comisión al extranjero para estudiar mi proyecto y ampliar mis conocimientos... Fuí a Argelia...

—¿Allí estuvo usted mucho tiempo?

—No le puedo decir cuánto tiempo. ¡Es un secreto!... Le miré con extrañeza, profundamente sorprendido.

—¿Fue usted a la Legión Francesa?—dijámosle en seguida, y temerosos de que también fuera una cosa así como un terrible secreto de Estado y no nos lo pudiera decir.

Pero no. Millán Astray se siente muy amable con nosotros, y nos dice:

—Estuve conviviendo con los legionarios franceses... Allí me enteré minuciosamente de todo: organización, funcionamiento, disciplina... ¡de todo me enteré!... Presenció alguno que otro combate, y me nombraron oficial honorario de la Legión Extranjera Francesa. ¡Esto no se lo he contado todavía a ningún periodista!...

—¿Y antes decía usted que no le quedaba nada por decir?... ¿Ve usted cómo me ha dicho ya algo original?... Y cuando había usted recogido gran cantidad de datos, ¿qué hizo?

—Vine a Madrid, empecé a trabajar en mi proyecto, y cuando todo parecía que se iba a resolver, el general

EL ALMA DE GALICIA

Villalba, entonces ministro de la Guerra, se enemistó conmigo y... todo quedó en proyecto...

—¡Ah!... ¿Conque Villalba, el de los uniformes?... Está bien. Siga usted.

—Después di una conferencia—continuó diciéndome mi interlocutor—en el Casino Militar. A dicha conferencia asistió el ministro de la Guerra, que era entonces el señor vizconde de Eza, y le gustó mi idea y me prometió ayuda...

—¿No surgió ya ninguna dificultad más?

—Sí, señor. Todavía se opusieron los jefes del Negociado de Asuntos de Marruecos...

—No me extraña. La burocracia española justifica su necesidad creando obstáculos y poniendo trabas a todo... Si no sobrarían la mitad de las oficinas y la mitad del personal... Y, naturalmente, para demostrar lo contrario, se ha inventado el expedienteo, ocupación que requiere que mucha gente esté entretenida... Eso sucede en todas partes. Y por lo que respecta al Ministerio de la Guerra, es claro que resulta más cómodo y de menos riesgo el estar en una oficina que haciendo la vida de cuartel o en Marruecos...

Hubo una pausa brevísima.

Yo volví al hilo de la conversación en seguida.

—Bueno; nos hemos alejado de la conversación. Dígame cosas más interesantes; por ejemplo: ¿hay muchos extranjeros en la Legión?

—Muchos. Ahora vienen a montones.

—¿Tiene usted queja de los extranjeros que se alistan?

—Ninguna.

E. ESTÉVEZ ORTEGA

—¿Cuáles son, a su juicio, los mejores?

Millán Astray quedóse perplejo unos momentos. ¿Será también un secreto responder a esto?—pensábamos.

—Los mejores...—dijo al fin el señor Millán Astray—son los franceses.

Después agregó:

—Los que tienen, sin embargo, más espíritu militar, son los alemanes; los más correctos y caballerosos, los ingleses; los más entusiastas, los hispanoamericanos... Pero los más decididos, los más impetuosos, los más alegres, son los españoles...

Y aun añadió:

—Esto ya lo he dicho muchas veces...

Millán Astray no ha querido quedar mal con ninguna raza. A cada una le ha puesto un adjetivo: correctos, unos; caballerosos, otros; entusiastas, algunos; decididos, impetuosos, etc., los nuestros... ¡Oh! El señor Millán Astray ha quedado muy bien...

Después le preguntamos:

—¿Qué tal se portan entre ellos?

—Como hermanos. Se auxilian con una fraternal solitud admirable. Es muy raro que quede un muerto o herido legionario en el campo...

—Oígame. ¿Y no riñen entre sí nunca?

—¡Hombre!... Sí riñen. Pero no se matan... Las rencillas entre legionarios se solucionan de un modo muy original. Se entregan a los contendientes guantes de boxeo y se les deja que se zurren de lo lindo...

—¿Hay muchos sindicalistas en la Legión?...

—Los hay—dijo Millán Astray, simplemente.

EL ALMA DE GALICIA

Y guardó silencio.

—¿Se arrepienten muchos de haber entrado en la Legión?

—Pocos...

Calló. Millán Astray no es de esos hombres expansivos y dicharacheros que hay. ¡Quia! Todo lo contrario. Es más bien parco en el decir y adusto. La impresión que os da al tratarle es la de un hombre impetuoso y enérgico, audaz y nervioso, voluntarioso y decidido...

Es muy delgado, alto, muy moreno, de perfil de águila y ademanes muy vivos... Sus ojos, ceñudos, son inquietos, negros y escrutadores...

Se expresa siempre con voz cálida, vibrante, apasionada y un poco autoritaria. Como hombre que está acostumbrado a mandar y a ser obedecido rápidamente sin réplica...

Pasaron unos momentos de silencio. Y otros, y otros... Después, sin que le preguntara nada, comenzó a hablarme él, como obedeciendo a un pensamiento fijo:

—Alrededor de la Legión han hecho ustedes los periodistas mucha literatura y mucha leyenda—decía con un poco de mal humor—, y eso debe usted rectificar. No es la Legión ni amparo de criminales ni reunión de aventureros, ni nosotros gozamos de los beneficios de derecho de asilo para encubrir y servir de refugio a malhechores... Ahora bien; entre tanta gente de tan diversas nacionalidades, no puede faltar gente extraña, de vida novelesca cuando menos... cuando no de un trágico o dramático pasado...

Hizo un silencio breve. Siguió diciendo después:

—La mayor parte son soldados de oficio que no sirven para otra cosa. Gente que vive su vida desordenada y que son incapaces de organizarse un hogar... Gente falta de cariño; pero que no lo tienen porque no saben buscarlo, y lo encuentran en la Legión... Y, finalmente, los menos, los que por unas u otras circunstancias, no tienen cabida en el mundo...

—¿Hay mucha gente culta y acomodada en la Legión?

—Hay varios. La mayoría son extranjeros... Entre ellos un príncipe ruso. Se han alistado también varios títulos españoles y algunos médicos, sacerdotes, ingenieros, abogados, pintores, escritores y artistas...

—¿Hay muchos gallegos en el Tercio?

—Sí, señor. Tanto en jefes como en soldados, Galicia ha dado un gran contingente. De El Ferrol es el comandante Franco. De Vigo, el segundo, que se apellida Candeira; Fontanes es de Orense, y... muchos, muchos más que ahora no recuerdo.

—Y usted, ¿de dónde es?

—De La Coruña.

—¿Y cómo es que se le ocurrió a usted estudiar para militar?—preguntámosle de pronto tras una pausa.

—Es raro, ¿verdad? Yo, siguiendo la tradición familiar, debía de ser abogado, ¿verdad? Pues no. Verá cómo fué: a mí no me gustaba la carrera de Leyes. Mis aspiraciones eran otras. Yo quería ser arquitecto, y mi padre, que jamás me ha contrariado en nada, consintió en ello...

—Entonces, ¿usted no ha tenido vocación militar de pequeño?

—No, señor. En absoluto.

—Bien. Continúe... Le invitamos a proseguir la conversación.

—Pero yo me encontré con una dificultad para mí insuperable: el dibujo. El profesor que tenía me dijo un día: «Mira, Pepito, tú vas a tardar en ser arquitecto unos treinta años...», y, naturalmente, lo dejé. Y vacilando qué carrera seguiría, un amigo me dió un consejo: «Con las matemáticas que sabes, puedes prepararte para militar»—me dijo—. Y yo me preparé e ingresé en seguida. Creo que no llegaron a siete meses los que tardé en prepararme...

Antes de que le preguntara nada, agregé él:

—Al principio, no tenía vocación militar; pero después tomé por la carrera un entusiasmo loco... Hoy lo reconoce todo el mundo...

—Sí, señor; tiene usted razón. Tiene usted por la carrera un entusiasmo loco. Eso lo reconoce todo el mundo... Tiene usted un espíritu muy militar, muy militar...

En esto, había concluído de tomar las corrientes eléctricas y pasamos a otra habitación, donde recibí grandes chorros de vapor. Allí proseguimos nuestra entrevista...

—Dígame, ¿qué servicios ha prestado usted fuera de la Península?

—Estuve en Filipinas... Y en Marruecos muchas veces. He estado de capitán con la Policía indígena, de comandante con los Regulares, y ahora de teniente coronel con los legionarios...

—Usted, que ha estado tanto en Marruecos, ¿quiere decirme su impresión personal del problema africano?

—No, señor. A mí no me toca opinar. A mí sólo me toca obedecer...

—No obstante, a mí, particularmente...—le insinuamos nosotros.

—Ni particularmente ni nada... ¡Pues buenos son ustedes los periodistas!... Ustedes lo dicen todo.

Nosotros insistimos una vez y otra y otra... Pero como si no. Millán Astray es un soldado. Sólo le toca obedecer. No dice más que aquello que le conviene decir, o lo que le agrada. Pero nada más. ¡Nada más!...

Se conoce que tiene mucho apego a la Legión y no quiere ser relevado como Primo de Rivera, como Cavalcanti, o simplemente que le amonestasen como a Sanjurjo...

Al buen callar llaman Sancho. Y, sobre todo, que es un gran procedimiento para no equivocarse. Nadie podrá decir que sus juicios son erróneos o que son apasionados...

—La Legión Francesa—le preguntamos después—, ¿tiene sólo un arma como la española, o varias?...

—Antes de la guerra sólo había infantes. Pero después de la guerra, en vista del buen éxito que dió la Legión, se organizó con fuerzas de Caballería, Infantería y Artillería.

Consultamos el reloj. Era muy tarde.

—Una última pregunta, mi teniente coronel. ¿Cree usted que eso daría buen resultado en España?...

—No le puedo contestar. Soy un soldado. Me toca obedecer. Allá mis superiores... A mí, ya se lo he dicho, me toca...

EL ALMA DE GALICIA

Nosotros, interrumpiéndole:

—Obedecer... sí, señor... obedecer.. Y a mí me
toca.. marcharme...

Nos despedimos, y me fuí...



FERNANDO A. DE SOTOMAYOR

(Autorretrato.)



es
di
en
cu
m
a
in
a
te
q
m
|
a

FERNANDO ALVAREZ DE SOTOMAYOR



REO que fueron dos veces las que me citó para charlar juntos un rato. Yo acudí, pero...

Al fin, una tarde, anochecido ya, que me esperó en su casa, pude ver y hablar al admirable artista. Vino a mí disculpándose sincero.

—Mire. Es que soy muy distraído. Perdóneme... Pero es que tengo tantas cosas que hacer... Y que soy muy distraído... Siempre me pasa igual... Una vez... Fué allí en América: el director que me sucedió a mí en la escuela de pintura de Santiago, dió en su casa, en honor mío, una comida íntima de despedida porque me venía a España. A esta comida, a la que, naturalmente, estaba invitado, asistieron las principales personalidades de aquella república; yo no asistí. Me olvidé de tal banquete. Pero no fué eso de olvidarme y llegar tarde, no. Es que no fuí. Y me acordé a los diez días; de pronto, una mañana, al ver en la calle al organizador del homenaje... ¡Calcule cómo me quedaría! Creí que me daba algún accidente.

Reímos de buena gana. Y tras unas frases galantes de cortesía mutua el ilustre pintor gallego me invitó a pasar al estudio. Está contiguo al cuarto en que vive. Es no muy grande. Nuevo. Las paredes pintadas de blanco, y de negro las viguetas del techo, hacen un contraste extraño. Por un ancho ventanal debe entrar a raudales una luz clara y fuerte. Era tarde, noche ya; sólo se vislumbraba un cielo oscuro en el que titilaban algunas estrellas de luz mortecina y tenue.

En una esquina está un bargueño antiguo, de oro viejo de retablo antiguo. Una mesa, unos sillones... En un caballete un cuadro grande, enorme, sin concluir, de asunto gallego. Es una romería. *Una Foliada* lo titulará el autor. En otro caballete, otro cuadro, una preciosa mujer que se destaca de un fondo luminoso y verde de una admirable policromía de luz y de color. Y cuadros en otros caballetes. Y en las paredes... tipos galaicos en su mayoría, inconfundibles tipos de nuestra raza y de nuestra tierra.

Al entrar en el estudio vimos sobre la tarima donde posan las «modelos» un precioso angelote, fuerte y rubio, como pintado por Rubens, que se entretenía en hacer unos dibujos con un lápiz en un trozo de papel...

Inquirimos.

—¿Es algún hijo de usted? Le gusta pintar. Ha sacado las aficiones del padre, por lo que veo...

Sotomayor, al mismo tiempo que cariñoso y paternal acariciaba con la mano las guedejas rubias del encantador rapaz, nos replicó:

—Sí; es mi hijo, pero no pinta. Ni pintará, ¿verdad, hijo mío? Ya lo sabe él... Es pecado... Los hombres no

EL ALMA DE GALICIA

pintan. Eso es para las mujeres. Papá pinta para enseñar a las señoritas, ¿verdad? Los hombres hacen máquinas, construyen edificios, puentes o curan enfermos. Hacen muchas cosas, pero no pintan.

—¿No le gustaría a usted que algún hijo suyo fuera pintor?—preguntamos al ilustre paisano en cuanto se fué su hijo

—¡Oh!, no—replicónos vivamente—. No quiero que ninguno salga en esto a mí.

—¿Tan mal le va?—preguntámosle sinceramente extrañados.

—No—dijo sin darle importancia, un poco desdeñosamente Sotomayor—; pero vamos, no quisiera.

Calló. Hubo uno de esos silencios enojosos, que rompí para reanudar el diálogo, inquiriendo:

—Bueno; dígame algo de su vida.

Sotomayor sonrió.

—¿De mi vida? Pues no tengo nada que contarle. Mi vida carece de interés y de emoción. Nunca me ha pasado nada. Mi vida es la de un tranquilo burgués... sin dinero, ¿eh?

Hizo una pausa.

—La verdad—siguió diciéndome—, creo que soy el único hombre que no tiene nada que contar.

Y rió ingenuamente como un chiquillo.

Yo volví al interrogatorio.

—¿Desde muy joven tuvo usted aficiones por la pintura?

Asintió con la cabeza el insigne pintor.

—¿Estudió usted alguna carrera?

—Sí; empecé varias. Tengo un año de ingeniero, dos

E. ESTÉVEZ ORTEGA

de la carrera de Leyes. Casi terminada la de Filosofía y Letras; pero me seducía más la pintura, y mi vocación venció.

—¿Era del agrado de su familia que usted pintara?

Hizo un gesto ambiguo mi amable interlocutor.

—No... se oponían... Vamos, de cierto modo. Era una oposición muy discreta. Querían, naturalmente, que si fracasaba en esto tuviera un modo decoroso para vivir.

—¿Quién fué su primer profesor de dibujo?

Titubeo unos momentos; al fin, dijo:

—La condesa de Mirabel, aya de la Infanta, que ve-raneaba en Galicia.

—¿En su familia hay algún artista?

—No; mi padre es marino.

—Pues no diga, su vida es interesante. Prosigua.

—De Galicia fuí a Toledo. Allí es donde se desarro-llaron más mis aficiones artísticas, cosa que no tiene nada de extraño; estaba en la pubertad, en la entrada de mi vida. Y aquellas calles estrechas y retorcidas, llenas de leyendas y misterio, sus monumentos, los crepúscu-los de Toledo, llenos de poesía; los alrededores que baña el Tajo tan interesantes... todo eso me impresionó fuertemente. Aun recuerdo el melancólico encanto que tenían las tortuosas calles de la imperial ciudad al ano-cher, hora en que yo iba a dar clase a casa de un de-lineante.

Pasó un brevísimo silencio.

—Toledo me impresionó tanto, que recuerdo que por entonces se apoderó de mi espíritu un misticismo feroz; por poco no profeso de fraile... era una exaltación mis-

EL ALMA DE GALICIA

tica la mía, tremenda. Y es que mi temperamento, un poco elevado, adquirió, en contacto con aquel ambiente de recogimiento artístico, esa modalidad; estaba influenciando de esa manera, como pude ser influenciado en otro sentido.

Hízose un silencio entre los dos; él agregó:

—De Toledo vine a Madrid, y tuve aquí una crisis espiritual tremenda; creí que no valía; pensé que no pasaría de ser un pintor vulgar de puertas y ventanas... y honradamente me dediqué a eso. Perdí la fe en mí, y me di yo mismo un plazo. En esto hubo las oposiciones para Roma, las hice y gané plaza, y me fui a Italia...

—¿Qué es lo que más le llamó la atención de allí?

Sotomayor tornó a su sonrisa no exenta de ironía, y tras unos titubeos trató de evadir la respuesta.

—¡Sí que me hace usted una preguntita!

Mas como yo insistía, al fin, exclamó:

—Los crepúsculos... no he visto otros; son de una intensidad de luz y de una esplendorosidad de maravilla. Los Apelinos se doran al caer de la tarde y marchar hacia su ocaso el sol... Es un paisaje muy colorista, una nota de color intensa, grandiosa... Son cielos de transfiguración.

—Y entonces, ¿se empezó usted a destacar?

—Sí—dijo indiferente Sotomayor—; la oposición para Roma, entonces más que ahora ponía en circulación, por decirlo así, a los artistas; era como una especie de rivalidad, ahora ya no tanto, porque, salvo honrosas excepciones, va cada artista que ¡ya, ya!...

Ibame así hablando el ilustre pintor gallego; no es hombre de muchas palabras ni de una cordialidad ex-

E. ESTÉVEZ ORTEGA

tremada. Es afable, eso sí, y cariñoso; su conversación es agradable e interesa siempre; es un poco hermético; no es de esas personas que suelen expansionarse en seguida con su interlocutor; al contrario. Sotomayor al hablar se diría que va meditando antes lo que va a decir, al mismo tiempo que escruta ávidamente al que le escucha, con sus abultados ojos saltones, de gruesos párpados. Sonríe casi siempre, una sonrisa suave, de fina ironía, saturada de la proverbial socarronería gallega, un tanto fría, azorada y escéptica. No es como otros artistas aficionados a la *pose*; viste bien, pero sencillamente, con atildamiento de burgués. Es alto, grueso y bien proporcionado; lleva el rostro de sano color, rasurado cuidadosamente, y puebla el labio superior un fuerte mostacho.

—¿Qué es lo que a usted más le agrada pintar?—le preguntamos.

—¡Hombre!... A la vista está. El dibujo de figura. La verdad, eso de ponerse a pintar una higuera, por ejemplo, no me parece serio.

Prorrumpió en una sonora carcajada, y en tono festivo continuó:

—¡Hombre, caramba! Le agradecería que dijera usted una cosa, y es que no vuelvo a pintar jamás una gallega con pañuelo a la cabeza; ya no doy más la lata con eso. Voy a hacer una cosa parecida a lo que hizo Fernández y González con los personajes de una novela que quiso concluir de una vez; los embarcó a todos y echó el buque a pique; así yo también voy a embarcar todos los pañuelos de cabeza de las gallegas... Va a ser en este cuadro que estoy concluyendo la *foliada*; ahí voy a po-

ner todos los pañuelos que haya de todos los tonos y colores. Luego pintaré gallegas sin el pañuelo clásico.

Y queriéndose poner un poco serio, añadió:

—Esto tiene una explicación: es que yo antes pintaba en las montañas, y allí aun llevan el pañuelo a la cabeza; pero ahora pinto en las marinas, y allí no los veo.

Hubo una pausa.

—¿Ha ganado usted mucho dinero con la pintura?

Sotomayor, sonriendo francamente, contestó:

—Yo creo que poco; pero no le debo nada a nadie .. Yo trabajo todos los días.

—¿Qué aspiraciones tiene usted para el porvenir?

—Que sean como el presente—contestó tras un poco de titubeo el ilustre pintor y sin dejar de sonreír—. En el mundo, y mientras no nos pasen cosas malas, no podemos quejarnos...

—¿Qué pintor español le agrada a usted más?

—¡Caramba!, hace usted unas preguntitas de vez en cuando... No sé... ¿A usted cuál le gusta más?

—Mi opinión no le interesa al público; la suya es la que deseo—le repliqué.

—¡Y la va usted a publicar!—exclamó.

—Ya lo creo.

Sotomayor entonces se me quedó mirando de hito en hito breves instantes, contrajo su boca en un rictus de franca ironía y luego sonrió.

—Sorolla—dijo al fin.

—¿Y de los clásicos de los del Museo de Pinturas?

—¡Psch!—labió indeciso—. Oiga usted: verdad que tendría mucha gracia que yo le dijera a usted algún nombre raro, casi desconocido, para desconcertar a la

gente... Porque eso de decir que Goya o Velázquez o Murillo es muy vulgar; eso, que contesta cualquiera, le desacredita a uno.

Y prorrumpió en una carcajada sarcástica, una carcajada socarrona en e... ¡je, je, je! Luego, poniéndose serio, me dijo muy formal:

—Puede usted decir que de los clásicos me gusta Velázquez...; pero añada que, sin embargo, me parece el culpable de la decadencia de la pintura española del siglo XIX y de nuestros errores pictóricos... Su paleta es muy sencilla y su técnica muy fácil; nosotros hemos querido copiar sus medios y procedimientos y de ahí nuestro fracaso. El español siente el color, y al copiar las tenebrosidades de Velázquez, las falsea, vacila, no acierta... Velázquez es como Beethoven en música. Con medios muy sencillos han logrado grandiosos efectos; pero eso no lo puede hacer todo el mundo.

—¿Usted cree que España está en un apogeo artístico cuanto a pintura se refiere?

—¡Vaya preguntita, hombre! Yo creo que sí; pero si no lo creyera, de todas maneras tendría que afirmarlo. Pero sí; en serio: hay muy buenas pinturas en España.

—Dígame: ¿qué cuadro suyo le gusta a usted más?
Titubeó unos momentos.

—Se van a molestar mis compradores; pero, vamos, yo creo que el mejor es el retrato de mi hija.

Marcó una pausa.

—Además, es también el que me ha producido más dinero.

Hubo un silencio entre los dos.

—Dígame su opinión—le dije de pronto—sobre todo eso de vibracionismo, futurismo, cubismo y tal.

—Pues... que eso no debe de estar mal; pero a mí no me pregunte nada; eso es... una ciencia, pero no tiene nada que ver con el arte.

—¿Tiene usted muchas medallas?

—¡Psch! Mando poco a las Exposiciones; no obstante, tengo una primera medalla aquí, otra en Barcelona, y soy Caballero de la Legión de Honor por la Exposición de París.

Callamos; para reanudar tan interesante conversación le dije:

—Tengo entendido que es usted un gallego muy enxebre.

—¡Ah! Sí, señor; quiero a Galicia con toda mi alma. De allí soy, de allí son los míos, de allí es mi mujer...; allí me casé y de allí son mis seis hijos y medio, y digo esto porque allí irá mi mujer a dar a luz. Quiero que todos sean gallegos como lo soy yo.

Sotomayor dijo esto con verdadero orgullo.

—¿Es usted regionalista?

—¡Ah!, no, eso no—nos replicó prestamente—. Eso del regionalismo es muy divertido, pero nada más. Son regionalistas, en su mayoría, los que no han podido entrar en la circulación ¿verdad? En todas partes pasa eso, y en todos los pueblos hay un núcleo que, por su saber, por su talento, por su inquietud, por mil medios y causas, han salido del lugar y han entrado en la circulación universal.. Estos se mueven, se afanan y luchan en otro ambiente por horizontes más amplios... Por el contrario, hay otros que no han podido entrar en la circulación,

E. ESTÉVEZ ORTEGA

no han salido de las callejas del lugar, son refractarios a todo, se han encariñado con aquel terruño... Y los pobres creen sinceramente que por eso son los únicos, los verdaderos gallegós; son como unos monopolizadores del cariño a la tierra, y para ellos nosotros no somos gallegos, somos como hijos espurios; no queremos a Galicia...

G A

arios
s po-
s, los
dores
omos
nos a



JOSÉ GOYANES



ejec
com
fame
prom
biar
el h
de
mod
hom
ced
a m
E
gar,
to c
per

JOSÉ GOYANES



UNA tarde, que moría con lumbradas de sol en su ocaso, estábamos reunidos unos cuantos amigos y admiradores del celebrado escritor Emiliano Ramírez Ángel en torno de su lecho, donde, postrado, convalecía de una arriesgada y peligrosa operación quirúrgica, ejecutada maravillosamente por el doctor Goyanes, y comentábamos la difícil operación, cuando apareció el famosísimo galeno. Yo nunca le había visto. Así que, al pronto, no me pareció aquel hombre, que apenas cambiara unas palabras con nosotros y su ilustre paciente, el hombre famoso y solicitado, el cirujano expertísimo de fama universal. Me lo había figurado muy de otro modo. Yo no sé por qué nos imaginamos siempre a los hombres célebres a gusto de nuestra fantasía. Y así sucede muchas veces que nos equivocamos. Esto me pasó a mí con Goyanes. No era como yo lo había soñado.

El eminente médico, en apariencia es un hombre vulgar, pero nada más que en apariencia. Porque en cuanto enhebráis con él una conversación, fácilmente os percatáis de que el vuestro dialogar es con un hombre

de elevadísima cultura y de gran talento. Surge en seguida a vuestra vista el superhombre, el trashombre, que diría Unamuno. Y no es preciso, para llegar a percataros de su valía, un trato frecuente; no. Goyanes es de esas personas que muestran su enorme superioridad a las primeras palabras cambiadas.

Otra vez le vi en el Hospital General. Era una mañana triste, gris y fría; tristemente melancólica. El sabio y joven maestro estaba en un quirófano operando. Un grupo numeroso de alumnos y de médicos seguían, silenciosos, las incidencias de una audaz operación. Entonces me pareció más admirable Goyanes todavía. Enfundado en su nítida blusa blanca, tocado con un gorro también albo, desnudo de brazos, hendía, con seguridad asombrosa, con serena rapidez, con un dominio único, el bisturí en la carne insensible del exánime enfermo narcotizado.

—¿Será posible—me dije entonces—que estos hombres, fríos ante el dolor que arrancan constantemente a la Pálida sus víctimas, que luchan frecuentemente con lo imposible, aun leve vislumbre de esperanza, y que bucean en los misterios asombrosos de la Naturaleza, puedan sentir las pasiones y los amores en toda su integridad?...

Goyanes, sin preguntárselo, me dió una respuesta categórica sin hacer tampoco la más mínima alusión a ello. No hizo falta. Su modo de vivir, sus gustos, su conversación, denotan un espíritu ávido de admirables inquietudes emocionales. Era la más elocuente contestación.

—Usted es de los hombres que saben vivir bien. Ha

EL ALMA DE GALICIA

construído usted un verdadero palacio—le dijimos, para lograr de algún modo empezar el diálogo.

—Los hombres que trabajamos mucho—me contestó entonces—es justo que nos rodeemos de cosas agradables y procuremos darnos buen trato.

Así íbame diciendo mientras nos conducía a su laboratorio, construído detrás del jardín, formando un cuerpo de edificio aparte.

Y empecé mi interrogatorio:

—¿Usted es gallego o no?

—¡Hombrel Nací en Monforte. De modo que ahora usted dirá...

—Sin embargo, mucha gente le cree a usted natural de Villafranca del Bierzo.

—¡Ah! Sí, señor. Es que allí estuvo mi padre mucho tiempo. Y de allí se fué mi familia a Monforte, en donde vine a este mundo.

—¿Era su padre también médico?

—No, señor. Fué juez.

Hizo una pausa.

—Ruiz Zorrilla, que era muy amigo de mi padre—prosiguió en seguida—le trasladó después a Lugo. «Es necesario que mejores de pueblo. Tienes muchos hijos, y en un pueblo no puedes darlos carrera»—le dijo el insigne político—. Allí empecé el bachillerato, que luego terminé en La Coruña.

—¿Han sido ustedes muchos hermanos?

—¡Pschl... Nada más que catorce.

—¿Qué recuerda usted de su juventud?

—Cosas muy agradables. Mi encanto era la calle y el campo. Lo prefería a estar en casa. Recuerdo ahora

que era bastante pendenciero, que me gustaba ser amigo de los chicos más traviosos y que llegué a manejar la honda mejor que un vaquero. Añoro con nostálgico encanto aquella vida infantil, un poco inconsciente de continuas *traspadas*.

Calló de pronto, y antes de que siguiera mi interrogatorio, añadió:

—Tengo escritas unas cuartillas sobre los primeros años de mi vida. Es una biografía que me pidieron y que empecé a pergeñar, pero me cansé pronto.

—Serán muy interesantes—le interrumpimos.

—Se las leeré a ustedes, si quieren.

—¡Oh! Sí, señor; con mucho gusto.

Goyanes entonces sacó de la mesa una carpeta, la desató y comenzó a leernos unas cuartillas.

Dedica una gran parte en la citada autobiografía, que iba leyéndonos, a su difunto padre, al que profesa un gran respeto y recuerda con profunda veneración. Y al comentarlo nosotros, exclamó él:

—Puedo decir con Wilson que soy hijo del buen juez. Y le aseguro que esto es para mí hoy un motivo de legítimo orgullo. A mí me ha producido una gran emoción siempre el oír, cuando he pasado por un pueblo donde mi padre ha estado destinado, calurosos elogios... en su memoria. «¿Goyanes? ¿Goyanes?»—dice la gente queriendo recordar—. «¿Es usted acaso hijo de un juez que hubo aquí?»—oigo exclamar frecuentemente, y al afirmar, todos se dan a ponderarlo en términos que usted no sabe... Y es que todavía conservan la grata memoria de su ejemplar actuación.

EL ALMA DE GALICIA

El ilustre doctor había puesto en estas palabras un fervoroso entusiasmo. Y aun agregó:

—Claro es que su celoso y escrupulosísimo proceder de siempre le ocasionó con frecuencia infinitos disgustos, traslados y postergaciones. Pero él era inflexible. No atendió jamás a una recomendación. Ahora recuerdo, me ha venido a la memoria, por no sé qué extraña asociación de ideas, una curiosa anécdota que retrata a mi padre de cuerpo entero. Una vez demostrada la inculpabilidad de cierto sujeto acusado, sin duda alguna, por enemigos políticos suyos, de un delito que ni soñaría cometer, mi padre lo puso en libertad. El buen hombre aquél, que acaso no estuviera acostumbrado a que le hicieran justicia, asombrado de que por una vez se le había hecho, mostró su agradecimiento llevándonos a casa un espléndido y sabrosísimo regalo. Lo llevo además en una ocasión en que nuestra pitanza no era muy abundante que dijéramos, pues ya le he dicho a usted que mi padre no tenía más ingresos que su sueldo y éramos una prole muy numerosa a gastar. Pues a pesar de la necesidad mi padre no admitió de ningún modo el obsequio; y no fué sólo esto, sino que, como insistiera mucho el paisaniño aquél, le metió en la cárcel con regalo y todo. Y ¡quién sabe si aquel día comerían mis padres!

Hizo un silencio que yo respeté. Al poco rato reanudó la conversación y dialogamos entonces sobre su vida actual.

En una pausa que hizo, yo le pregunté:

—¿A qué aspira usted ya?

Goyanes sonrió. Fué una sonrisa irónica, esa suprema

sonrisa gallega, socarrona, dulce y suave. Luego dijo:

—A vivir mucho para que rabien los que quieren heredar mi clientela...

—¿Dónde hizo usted la carrera?—le dije después.

—Aquí en Madrid.

—¿Fué usted lo que se llama un buen estudiante?

—Sí, señor. Cuando vine a Madrid traía una sola obsesión: ser algo. Me lo propuse desde el primer día.

—¿Cuándo ganó usted las primeras pesetas?

—¡Oh! Aun era muy joven. Tendría unos diez y seis años cuando empecé a ayudar económicamente a mis padres. Empecé dando lecciones y repasando asignaturas a compañeros míos, y esto he hecho durante mucho tiempo...

—¿Qué profesores tuvo usted?

—Los más renombrados han sido Calleja, Olóriz, Cajal, Sañudo y San Martín, que llegó a distinguirme y me apreció con paternal cariño.

—¿Siempre tuvo usted predilección por la cirugía?

—No, señor. Al principio no me gustaba nada. Cuando era estudiante lo que más me interesaba era la neurología.

—¿Cómo fué entonces el que usted se especializara en la cirugía?

—¡Psch!... ¡No lo sé! Lo que sí le puedo decir es que yo tenía una gran biblioteca médica, y a los tres o cuatro años de terminar la carrera, un antiguo y condiscípulo mío que vino a verme, Cañizares se llamaba, que también tenía una gran biblioteca, pero de autores de literatura médicoquirúrgica, me propuso que cambiáramos los libros, como así hicimos, y entonces, al

E. ESTÉVEZ ORTEGA

estudiar los libros aquéllos, me interesó de pronto la cirugía, y terminé por encontrarla más entretenida, más interesante, más práctica que la medicina en general y...

—¿Cómo consiguió usted la fama que hoy tiene?

—¡Ah! No lo sé... la gente...

Dijo esto con un tono de gran modestia.

Esta es otra de las buenas cualidades del admirable doctor. Goyanes es hoy, sin duda alguna, una de las primeras figuras médicas universalmente reconocidas, y, sin embargo, es un hombre modesto, que no le han ofuscado sus éxitos, que carece de *pose*, que no sabe darse importancia al punto de que como Walther en *Los Maestros Cantores*, exclama: «Yo no quiero ser maestro...» Y lo dice, no por mal dominado orgullo, sino por parecerle que carece de aquella substancia magistral que debe tener todo aquel que aspire a la maestría.

En una pausa que hizo le pregunté:

—¿Cuántas operaciones habrá realizado usted?

—No sé. Pasan desde luego de doce mil...

—¿De qué ha operado más?

—De hernias, de osteítis y osteomielitis, de artritis tuberculosa, de quistes, de equinococo, de úlceras, de estómago, de apendicitis, de fístulas...

—¿Qué operaciones difíciles recuerda usted?

—Varias realizadas en la región craneal de extirpación del ganglio de Gasser, varias de tumores cerebrales y una extracción de bala en el encéfalo de uno...

—¿Se le ha quedado muerto alguno en la mesa de operaciones?

—Sí, señor. Tres o cuatro.

—¿Recuerda usted de algún caso muy complicado que haya tenido que operar?

Hizo una pausa y meditó breves instantes.

—No recuerdo—dijo al fin—. Pero sí tengo muy presente un caso que ha venido ahora a mi memoria y que bien pudiera servir a guisa de anécdota. De esto hace ya muchos años. Estaba operado un sarcoma de la dura madre, y se rasgó el seno longitudinal. Inmediatamente sonó aire... Era un síntoma fatal. Para ver si podía salvar al enfermo, le hice rápidamente una gran incisión en el costado izquierdo para llegar al corazón y darle masaje.

Yo hice un gesto de extrañeza.

—Sí, señor—me dijo él—; cogerlo, sencillamente, con la mano y apretándolo y soltándolo intentar hacer las contracciones y reanimarlo. Es un procedimiento que con frecuencia ha dado muy buenos resultados; pero en aquélla no logré yo que el paciente se reanimara y murió. Extendí la certificación de defunción y puse la verdad: que había fallecido a consecuencia de la operación. Pero el forense, al reconocer el cadáver, se encontró con la sangrante herida sobre el corazón y se alarmó. ¡Imagínese! Claro que no me pasó a mí nada. Me sinceré, expliqué todo y no hubo más...

—¿Qué condiciones especiales cree usted que ha de tener un buen operador?—le preguntamos tras una pausa.

—En esto, como en todo y como en arte, que no es otra cosa la operatoria quirúrgica, hay que reunir estas condiciones: aptitud, virtuosismo, maestría, destreza y vocación. El ejercicio de la operatoria exige un temple

EL ALMA DE GALICIA

de alma como pocas profesiones. El maestro San Martín, con su fina ironía, colocaba al cirujano en este respecto después del torero. Sobre este punto concreto, tendría usted para hacer casi un libro con lo que yo le dijera. Mucho de ello está recogido en la memoria que leí cuando mi ingreso en la Real Academia de Medicina, que versó sobre el tema «Introducción al estudio de la operatoria quirúrgica».

Goyanes habla con voz fuerte, un poco ronca. Ya he dicho que es un hombre de vivísima simpatía. Es, además, un tipo alto, fuerte, enteco y rubio. Su rostro rugoso, curtido, rasurado completamente, es de duras facciones pronunciadas que denotan un hombre luchador, tenaz, todo disposición y voluntad.

Bajo sus abultadas y pobladísimas cejas, unos ojos azules y tranquilos, escrutan atentamente. Goyanes es también de esos hombres que cuando hablan sonríen plácidamente, sin burla ni ironía.

—¿Qué otras aficiones tiene usted además de la medicina?

—¡Oh! Muchas. La literatura sobre todas. Me interesan mucho los clásicos. Y de ellos, especialmente, Homero. También la pintura y la Filosofía... Yo sólo aprendí el alemán, más que nada por leer a Nietzsche y a Schopenhauer; y le diré, como rasgo de mi carácter, que me gustan más los amigos que no son de la profesión y que me gusta muy poco hablar de medicina...

—¿Ha publicado usted algo?

—He dado a la publicidad muchos folletos y conferencias. Ahora pienso publicar *La Cirugía pre-hipocrática* y *La Medicina en los poemas homéricos*...

E. ESTÉVEZ ORTEGA

—¿Ha introducido usted alguna reforma en el ejercicio de la operatoria?

—Sí, señor. Varias, que llevan mi nombre. He inventado un método anestésico; varios métodos de operaciones de arterias que durante la guerra, sobre todo, se han realizado muy frecuentemente. Un nuevo método también de oñoplastia, y otras cosas también de menor importancia.

Así húbosese deslizado nuestra conversación. La noche diluía en sombras los objetos que paulatinamente iban desdibujándose. Entonces dimos por terminada nuestra conversación, y dispusímonos a marchar. Goyanes, muy atentamente, bajó a despedirnos hasta la puerta del jardín. En la claridad se recortaba magníficamente la severa silueta de su señorial mansión.

En medio de tantos hoteles aristocráticos, el de Goyanes se alza en aquella barriada como un grito noble, como un canto al trabajo. Recordaba yo sus palabras: «Los hombres que trabajamos mucho es justo que nos rodeemos de cosas agradables y procuremos darnos buen trato.»

Goyanes bien merecido lo tiene. Por eso su hotel como un palacio no ostenta legendario escudo. Se ha hecho a fuerza de estudio, de tesón, de trabajo, de lucha...



MAX RAMOS

(Autorretrato.)



ri
p
ex
te
m
n
u
n
P

MAX RAMOS



UENO. ¿Y qué va a hacer usted?—me preguntó el genial dibujante después de saludarme afable y cordialmente.

—Celebrar con usted una conversación y publicarla en un libro que estoy escribiendo.

—¿Y por qué conmigo?—comentó sonriéndose amablemente.

—Porque en ese libro voy a publicar interviús con personalidades gallegas, y ahora le ha tocado a usted.

—¡No sabía que hubiera personalidades... gallegas!—exclamó irónicamente. Y luego añadió:

—Pero yo, como no soy *personalidad*, no puede usted incluirme en ese libro.

—¿Cómo que no?—exclamamos nosotros profundamente convencidos—. Es usted uno de los artistas más interesantes, no ya de Galicia, sino de España, y una charla con usted ha de ser siempre atractiva, original y amena.

—¡Oh, no!—protestó Max sinceramente.

El inquieto pintor, que estaba dibujando un exótico pajarraco chino sumamente decorativo para un biombo,

EL ALMA DE GALICIA

dejó de pronto los pinceles, me ofreció un cigarro y una silla y después quedóse mirándome breves instantes.

—¿Cuánto tiempo lleva usted dedicado a la pintura?— le dijimos para encauzar la conversación.

Max alisóse los largos cabellos de apóstol y contestó:

—¡Uf! ¡Mucho! Más de... ¡Pero no se lo digo! Voy a perder muchas *conquistas* si se enteran por ahí las mujeres de los años que tengo.

Le contemplamos un poco detenidamente entonces, y sonreímos escépticos: Max no puede ser un hombre viejo. Aparenta unos treinta o treinta y cinco años a lo sumo. Es alto, arrogante y bien proporcionado. Unos negros cabellos, muy negros, como la endrina, le caen desmadejados laciamente hacia atrás, dejando ver una frente ancha y espaciosa y hacen resaltar más el óvalo perfecto de su rostro. Pardas tiene las pupilas de sus ojos de negrísimo iris; ojos cambiantes por la luz... Y es asimismo negro el bigote a la borgoñona.

Posee esa dejadez mundana y elegante de todo hombre ajetreado y sufrido que ha llevado una vida intensa, llena de amarguras, inquietudes, placeres y desencantos... De ahí esa aristocrática espiritualidad suya, tan atrayente y tan simpática.

—¿De siempre tuvo usted aficiones artísticas?

—Sí, sí—me contestó en seguida—. Desde pequeño tuve gran predisposición por la pintura.

—¿Es que acaso en su familia había algún pintor?

—No... Mi padre era marino.

—¡Bonita carrera!—comentan los otros al pensar

EL ALMA DE GALICIA

en nuestras ilusiones fallidas—. ¿A usted no le gustaba?

—No, señor... Odio todo lo que sea uniformes, disciplina y demás zarandajas... Yo, siguiendo indicaciones de los míos, empecé a estudiar esa carrera; pero pronto me cansé, y entonces puse una Academia de dibujo; preparatoria para ingreso en la Armada...

Pasó un silencio breve.

—¡Yo no sé, verdaderamente, la relación ni trascendencia que pueda tener para un marino el saber dibujar admirablemente orejas, narices, trozos de boca, unas manos!...

Calló unos momentos. Y sin que le preguntara nada, él volvió a enhebrar el hilo de su charla amenísima.

—De El Ferrol, donde nací, y en donde pasé esta parte primera de mi vida, que le he contado, me marché a La Coruña. Allí me dieron una plaza de delineante. Me pagaban muy mal... y cuando ya había pintado más de catorce kilómetros de ese papel azul, me vine a Madrid.

Hizo una larga pausa.

Debe de pasar por su imaginación el triste recuerdo de aquellas horas amargas, penosísimas, de una lucha tenaz y porfiada para ganarse el sustento; esa ruda, esa ímproba labor cotidiana, anquiladora, pensando siempre en el éxito, en la gloria, que cada día se muestra más esquiva... Max quédase pensativo. Yo creo que recuerda hoy los difíciles, *dolorosos comienzos*—de que hablara el gran Rubén Darío—cuando hay que abrirse paso y vencer tantos obstáculos que se oponen tenazmente hasta lograr destacarse de la inmensa masa gris, anónima y vulgar...

E. ESTÉVEZ ORTEGA

—¿Vivió usted aquí mucho tiempo?—dijimos de pronto.

—No, señor. Me escribió un hermano mío desde Cuba participándome que me había encontrado una magnífica colocación en Méjico, y al socaire del excelente empleo (era decorar una gran iglesia), marché en seguida al inquieto país de los Incas... Pero el señor que me había buscado, como dicen allá, *se rajó*; y yo, que esperaba de él un recibimiento, al menos cordial, me encontré con que me saludó en la escalera de su casa, de pie, y me dijo que como los negocios le iban muy mal, no pensaba ya gastarse ningún dinero en ornamentar aquel templo que en un principio pensó... ¡Me encontré, pues, sin colocación!... Entonces me fuí a Cuba... Recuerdo que cuando desembarcamos tenía por todo capital dos pesetas quince céntimos.

Dijo esto tranquilamente. Con el mismo tono melifluo y acariciador que pone en su charla irónica y amena, de extrañas cadencias...

Tiene una voz agradable, nostálgica, que revela un hombre un poco triste y cansado por una vida de luchas, inquietudes y ensueños perennes...

—¿Y en Cuba?...—inquiero tras un corto silencio, para reanudar el diálogo.

—Allí me dediqué a la decoración. ¡Muy mal retribuido también!... Pero logré ahorrar varios cientos de dólares y con ellos y unos amigos recorrí toda América. Estuvimos en Wáshington, en New-York, en San Francisco, en Cayo Hueso... Fuimos a Guatemala...

Hizo una pausa.

—Allí nos detuvieron. ¡Fué una hazaña de un paisani-

EL ALMA DE GALICIA

tol... Nos denunció por anarquistas... De allí fuimos a la Argentina; luego volví a Méjico y Cuba. La expedición aquella nos duró seis o siete meses y ha sido la época más feliz de mi vida...

Máximo Ramos, tras un corto silencio, como para ordenar recuerdos, empieza a narrar su interesante excursión. Su alma exquisita y sentimental aun guarda emociones artísticas que recibiera en aquel viaje, y las va exponiendo ahora con sobria amenidad. Oímosle sinceramente encantados.

De pronto calla, y luego me dice:

—¿Ve? Mi vida no tiene interés. Una vida de trabajos, de amarguras, de sufrimientos... Una vida de dolor...

Entonces acude a mi memoria aquella bella página de su libro admirabilísimo: «*Mientras llega la hora*», que titula: *Madre anarquía: «Porque eres la madre de los humildes, de los tristes, de los abandonados; porque a tu alrededor se juntan todos los que han hambre y sed de pan y de justicia, porque para todos tienes el mismo gesto bueno y consolador y porque las esmeraldas de tus ojos son las estrellas guadoras de los sin ventura.*

Y porque eres bella como un sueño y noble como un Dios y grande como tu madre la Idea.

Y en tu altura las nubes que pasan no te dejan ver el círculo de odios que la cobardía hizo en torno tuyo.

Me llevo a ti y digo:

Salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.»

Y acuciado por el recuerdo le pregunto:

—¿Es usted aun anarquista?

Max no se inmuta. Tranquilamente respondió:

E. ESTÉVEZ ORTEGA

—No lo fuí nunca. Me gustan las cosas humildes. Tengo una viva simpatía por los oprimidos. Me pongo siempre al lado de lo grave de la vida... Pero no creo que sea por espíritu destructor. No. Es un sentimiento de belleza...

Estábamos en su estudio, situado en una casa modesta, pero limpia y nueva, algo alejada del centro. Por una ventana que da a un alegre patizuelo y a unos verdes desmontes entra un sol claro y limpio que inunda gozoso la amplia estancia, atiborrada de cuadros, colocados en paredes, en estantes, por los suelos, adosados en los muros, en caballetes; por todas partes...

Max Ramos es uno de los artistas más vario y original de nuestro tiempo. La inquietud espiritual que se va consumiendo en su alma de artista, va traducándose en cuadros y dibujos personalísimos y audaces. Es tan cruelmente satírico como es Champfleury, o Grand Carreteret; tan fuertemente humorista, tan certero, tan «pleno de rebeldías sangrientas y renovadoras» como Goya, el de los dibujos inquietantes, y los aguafuertes enigmáticos, terribles, flageladores...

—Es interesante su vida—le decimos tras un silencio.

—¡Psch! He vivido mucho y muy de prisa. He sido de todo, «Santiño»; ¡hasta cómico!

—¿Cómo fué eso?

—Por casualidad. Una audacia mía. Fué en Méjico. Yo iba de escenógrafo con una gran compañía, y una noche, dando unos toques a unas decoraciones que acababa de pintar, oí lamentarse al director en el escenario por la repentina enfermedad de uno de los actores, y entonces me acerqué a él y le dije: He oído tanto en-

sayar esa obra que me la he aprendido. Si usted quiere sustituyo al enfermo. Y el director, por no devolver el dinero, accedió. Y representé mi papel, era el de comandante Arbois, en *Los dos pilletes*.

Calló. Con una mano se alisaba su abundosa melena. Con la otra jugueteaba distraídamente con unos lápices. Al verle recostado sobre el amplio tablero—lleno de tubos de pintura, de lápices, de papeles, cartabones, tinteros, frascos de la guache—tan tranquilo, amable y confidencial, con aires de gran señor, me hizo que fuera rectificando el erróneo concepto que, sin verle ni saber por qué, me había formado de este hombre. Yo me lo imaginé astroso, descuidado, sucio, con los cabellos hirsutos y voz bronca de revolucionario, de ademanes enérgicos y violentos. Y tuve una gran sorpresa al encontrármelo pulcro, atildado, amable, como un príncipe errante de leyenda.

Max es también escritor. Con Beethoven podría decir: «Escribo porque es preciso que se esparza lo que tengo dentro del corazón.» Le preguntamos:

—¿Por qué es usted escritor?

—¡Santiño! (Max, con frecuencia, tiene esta palabra en los labios), porque sí y por afición. Yo no sé; pero me parece que vuelco más mis ideas, que soy más yo, cuando escribo que al pintar. Me parecía que no acertaba a expresar bien todo lo claramente que siento mis ideas, por medio del lápiz y el pincel, y cogí la pluma.

—¿Cuántos libros lleva usted escritos?

—Dos: *Mientras llega la hora* y *El romance del ciego*. Éste lo publicaré pronto. Además he publicado cuentos y artículos en muchos periódicos y revistas...

entre ellas en *La Esfera*; pero siempre con seudónimo.

—¿Qué le gusta a usted más: pintar o escribir?

—¡¡Escribir!!—dijo rápidamente.

—¿Qué aspiraciones tiene usted para el porvenir?

—Ser rico...

—Max, ¿ha sufrido usted alguna vez persecuciones?

Max pónese un poco triste. Sonríe irónicamente.

—Una vez... Pues que vinieron a sacarme de casa, a las tres de la mañana. Estaba enfermo. Se me acercaron. Venían tres parejas de Orden público, dos agentes de Vigilancia y un inspector de Policía. Me sujetaron unos, y, en tanto, otros me revolvieron toda la casa: se llevaron apuntes, dibujos, cuartillas; todo lo que vieron. «¿Dónde guarda usted los ácidos?»—me decían—. Yo al pronto no los entendí. Me lo tuvieron que repetir varias veces. «¿Vamos, que dónde tiene usted los ácidos?»—exclamaban—. Por fin les contesté: «¿Yo? ¡En el estómago!» Y cuando me llevaban conducido para la cárcel—de donde salí inmediatamente—, un lívido amanecer espectral, triste y doliente, recordando con pena a mis hijitos, aun sonreí un poco, en medio de mi desventura, al oír que un agente decía a otro: «¿Has oído? Los ácidos dice que los tiene en el estómago. Este es capaz de habérselos comido, y por eso no los hemos encontrado...»



ebime

A. NAN DE ALLARIZ

NAN DE ALLARIZ



EMBUJADO en un sillón rojo del Casino de Auteurs, él me hablaba...

—Ahora voy a escribir como un boceto histórico de Galicia. Un compendio. ¿Me comprende? Lo titularé *Galicia. Su nacionalidad histórica*. Se armarán fuertes polémicas. ¡Ya verá!

Nan de Allariz sonrió alegremente, y añadió:

—Galicia tiene una personalidad nacional, perfectamente definida. Ha sido una nación... A nosotros, ¿sabe lo que nos fastidió? El apoyo prestado a la Beltraneja... ¡Ah!, si no hubiera sido por eso...

Alfredo dijo esto con aire de profundo convencimiento.

Yo, aprovechando esta coyuntura, le pregunté:

—Entonces, ¿es usted nacionalista?

—¡Ah! No, señor. ¡Caramba! ¡Eso no!—díjome presuntamente—. ¡De ninguna manera! Ahora sí; me parece muy admirable la política de Pí y Margall. ¡Eso sí! España debe ser una federación. Todos los grandes países son federaciones: Alemania, Argentina, Brasil, los Estados

Unidos de Norteamérica... El centralismo es un atraso. Eso es indiscutible. Ahora bien: el nacionalismo, como lo entienden algunos allá, con visos de absoluta independencia y separatismo, no. ¡Vamos, que no estoy por eso!

Mientras habla Nan de Allariz retuércese constantemente con los dedos pulgar e índice de la mano derecha las guías diminutas de su mostacho. Habla despaciosamente, en un agradable tono bajo, como confidencial. Apenas se le nota el acento gallego. Y de vez en vez suelta ese estribillo tan americano: ¿Cómo no?, casi sin darse cuenta.

Nan, como él mismo ha dicho, está «en esa edad difícil de adivinar sin equivocarse en diez años de más o de menos»; edad indefinible. Es muy bajo, muy menudo, muy sosegado. Apenas acciona. Sólo se retuerce incansable las puntas del bigote. Viste bien y va pulcramente afeitado. Un pelo casi gris, lo peina hacia atrás, y mira con ojos sonrientes, ojos claros color tabaco, que inspiran confianza, a pesar de su brillar malicioso. Nan es un hombre cansado. Su vivir constantemente inquieto y aventurante ha marcado en su rostro más de un surco; así tiene ese ligero aspecto de vejez prematura.

El popular gallego, abogado y músico, poeta y periodista, cómico y dibujante, es en el fondo un gran esceptico.

—Nan, ¿y usted de dónde es?—le pregunté de pronto.

—De Ginzo de Limia.

—Bueno; hoy va a contarme su vida, su niñez...

EL ALMA DE GALICIA

Hizo un gesto ambiguo, y después de encender un veguero, díjome tranquilamente:

—¿Mi vida? La más inquieta, por temperamento. Yo rindo culto fervoroso a la más armónica desarmonía. Mi norma es la arbitrariedad. Yo he recorrido todo el mundo y he sido de todo... ¡Hasta coronel!...

Yo hice un gesto de asombro. Y sonreí escépticamente.

—Sí, señor. Fuí coronel carrancista. ¿Cómo no?

Dió Nan unas fuertes chupadas al cigarro. Quedóse-me mirando sonriente, y yo, para reanudar el diálogo, inquirí:

—Vamos por partes. ¿Qué me cuenta usted de su niñez?

Nan de Allariz quedóse unos momentos indeciso y pensativo. Luego, en un mismo monorrítmico tono, tranquilamente, sin darle importancia, me dijo:

—A los diez años me escapé de casa. Cogí a mi padre cincuenta duros. Y vine a Madrid. Eché carretera adelante y llegué a Orense. Tomé el tren, y a la mañana siguiente llegué a esta bonita ciudad. Recuerdo que subiendo la cuesta de San Vicente piropeé a una chula, de las más castizas que yo he visto. «Gracias, pitirre», me dijo riéndose. Aquí estuve en casa de un amigo que tenía huevería y era cliente de mi padre. Al día siguiente fuí a los toros. *Lagartijo*, *Frascuero* y *Mazzantini* toreaban. Me gustó la fiesta. Y el lunes me lié a puñetazos con un chico en la calle porque habló mal de Galicia y de *Frascuero*.

Nan sonrió. Y siguió después:

—Mi amor a este gran pueblo es desde aquella fecha

en que piropeé a la primera chula que vi, aplaudí a *Frascuelo* y me lié a golpes con un chico...

—Nan—le dije de pronto—, usted que ha visto medio mundo... y algo más, ¿qué ciudad es la que más le gusta?

—Madrid—contestó sin vacilar—. Ni Buenos Aires, ni Nueva York, ni Berlín, ni París, ni Londres, ni Viena. Madrid, tan alegre, tan cordial, es la más hospitalaria de todas las ciudades.

Nan de Allariz dejóse de retorcer el bigote para encender el cigarro. Dió unas vueltecitas a la rueda del mechero y unas chupaditas al cigarro, que pronto se apagó. Yo, para volver al hilo de la conversación, le pregunté:

—¿Cuándo se despertaron en usted sus aficiones literarias?

—Desde pequeño hacía versos. Recuerdo que una vez hice unas redondillas *metiéndome* con un tío mío porque quiso hacer la competencia a mi padre que tenía un negocio de coches. Aquellas redondillas, que tenían algo de ingenuo, fueron muy celebradas y corrieron por todo Orense.

—¿Estudió usted alguna carrera?

—Sí. Hice aquí el bachillerato y dos años de la carrera de Leyes.

—¿Cómo fué el marchar usted a América?

Quedóse mi interlocutor pensativo y triste, como meditando la respuesta. Al fin, encogióse de hombros y sonriendo exclamó:

—¡Qué sé yo! Por mi hermano. Yo, mire, era el hijo más querido de mi padre. Me adoraba. Me satisfacía

todos mis caprichos... Mire, una vez vino a Madrid y me compró un objetivo «Zeiss», que le costó mil puestas, para mi máquina fotográfica... Me hacía regalos así... Lo que le pedía... Mas mi padre murió. Y ya nadie me satisfacía los gustos. Mi hermano y yo nos llevábamos muy mal, y un día lié mis bártulos fotográficos y me planté en León. Me establecí de fotógrafo. Me hice el *amo*. Gané en unos días no sé cuánto. Pero se enteró mi hermano y me amenazó con llevarme conducido por la Guardia civil si no iba yo a casa.

Dió unas chupaditas al cigarro y continuó:

—Entonces hice un paquete con todo lo que tenía y lo facturé al pueblo para despistar. Yo llegué a Vigo, hablé con el consignatario de La Mala Real Inglesa, que era muy amigo nuestro, y sin documentos ni papeles, recomendaciones ni ayudas, me embarqué, mejor dicho, me embarqué en el *Magdalena* y desembarqué en Montevideo.

Hízose un breve silencio entre los dos.

—Allí—reanudó la charla—recorrí tienda tras tienda en busca de trabajo. Al fin lo encontré en casa de un paisano llamado Caldeiro. ¡Pasé las mías! Era una tienda de comestibles. Yo era el último que me acostaba y el primero en levantarme. Un policía me llamaba muy de madrugada por un procedimiento infalible. Tiraba de una cuerda echada por la ventana que me ataba a un pie. Así estuve mucho tiempo hasta que un día se marchó el tenedor de libros de la casa, y yo, mirando al dueño, que estaba sobre el mostrador haciendo mal unos asientos en los libros, con esa inconsciencia infantil, le corregí. «¿Tú entiendes de esto?» «Sí, señor.

E. ESTÉVEZ ORTEGA

Lo estudié.» «Pues anda, desde este momento eres el contable de la casa»—me dijo él—. Y mejoré de vida y de sueldo. Estuve así hasta que quebró el Banco Nacional, que fué la ruina de muchos, y entre ellos la de aquel hombre.

—¿Y se dedicó entonces usted al teatro?

—Sí; yo iba a unas reuniones de familias conocidas donde se cantaba y bailaba...

—¡Vamos, una cachupinada que decimos por acá!— le interrumpí.

—Sí; yo cantaba. Tenía una buena voz de tenor, y un señor que iba también a las reuniones me animó y me recomendó que trabajara en el teatro. Así lo hice. Debuté con *Marina*. Tuve un éxito.

—¿Y después?

—Pues seguí trabajando allí... Hasta que un día leo en un periódico que había debutado Julián Romea en Buenos Aires. Hice la maleta y allí me encaminé. Fuí a verle, que le conocía de aquí de Madrid, y además era amigo de un tío mío, y le dije que yo también me dedicaba al teatro. Al principio se sorprendió. Después me admitió de partiquino. Y yo, que era actor dramático, me convertí, por obra y gracia de Romea, en actor cómico. Debuté con *El ventanillo*, con un papel de *embolado*, que no tenía que decir ni *pío*. Pero la mímica que hice me destacó. Tuve un éxito franco... Al poco tiempo era primer actor.

... Nan, como si contara un cuento o se refiriera a un ser que le fuera indiferente, habla de sí con una fría naturalidad asombrosa: ni un gesto, ni un ademán hay en él

EL ALMA DE GALICIA

que nos haga columbrar que nuestro amable interlocutor ha rendido culto a Talía...

Nan volvió a encender otro cigarro puro. Yo le volví a preguntar:

—Y a todo esto, ¿usted escribía?

—¡Ah! ¿Y cómo no? Yo escribía en periódicos de allí. Y entonces también empecé a escribir para el teatro.

—¿Con éxito?

—Sí, ¡Bah! Tenía facilidad y...—contestó modestamente.

—Bueno. Siga.

—Formé varias veces compañía y recorrí toda América del Sur y del Centro, trabajando o dirigiendo.

—Y a usted qué le gusta más: ¿escribir o trabajar en el teatro?

Nan de Allariz se encogió de hombros. Sonrió y...

—¡Bah! No sé. Las dos cosas... Mire: para los escritores era un cómico que escribía...; para los cómicos, un escritor que hacía comedias...

—¿Ha ganado usted mucho dinero?

—¡Muchísimo! Pero... Según venía se iba...

—¿Cuántas obras tiene usted escritas?

—He perdido la cuenta.

—¿Qué obra o qué libro suyo le gusta más?

—Ninguno. Todos los considero malos. Sobre todo, los escritos en castellano. Por la única obra que tengo un poco más de cariño es por *O zoqueiro de Vilaboa*, que está escrita en gallego.

—¿Usted ha usado alguna vez seudónimo?

—Para trabajar en el teatro sí.

—¿Cuándo vino usted a España?

—Yo iba y venía constantemente.

—¿Dónde le fué mejor?

—En todas partes.

—¿De dónde guarda usted recuerdos más intensos?

Nan sonrió maliciosamente.

—¡No sé, hombre! En México, últimamente, las pasé muy negras...

—¡A ver, a ver!; cuente, cuente...

—Yo estaba de director artístico de una importante compañía. Había en la misma una buena actriz, con la que intimé y que era también muy íntima de un general mejicano.

Se enteró éste, y una noche mandó a dos soldados que se apostaran en una esquina para que al salir yo del teatro me «clarearan». Allí «clarear» quiere decir acribillar a uno a balazos. Se enteró casualmente el empresario, y en el mismo momento de salir me avisó. Salí por otra puerta, y milagrosamente pude escapar.

Otra vez, en un pueblo donde trabajaba la compañía, por una causa parecida, me delató uno como espía villista. Estuve detenido y para fusilarme. Me salvó el cónsul de España.

—¿Y cómo le hicieron coronel?

Nan sonrió ingenuamente.

—Verá. Yo estaba de director artístico en un importante teatro de Méjico, y allí todas las noches iba el general Pablo González. Pasaba al escenario de tertulia con nosotros, y una noche le conté que, al pasar de madrugada por uno de los barrios peligrosos de Méjico, tuve que defenderme poco menos que a tiros del atraco de unos desconocidos.

EL ALMA DE GALICIA

—Mañana—me dijo el general—le traeré a usted un salvoconducto para que no vuelva a suceder eso. Y me llevó un nombramiento al día siguiente de coronel del ejército mejicano... Me hice uniforme y todo...

—¿Y allí concluyó usted la carrera de abogado?

—No. Me hice abogado en la Argentina, unos meses que estuve sin trabajar en el teatro.

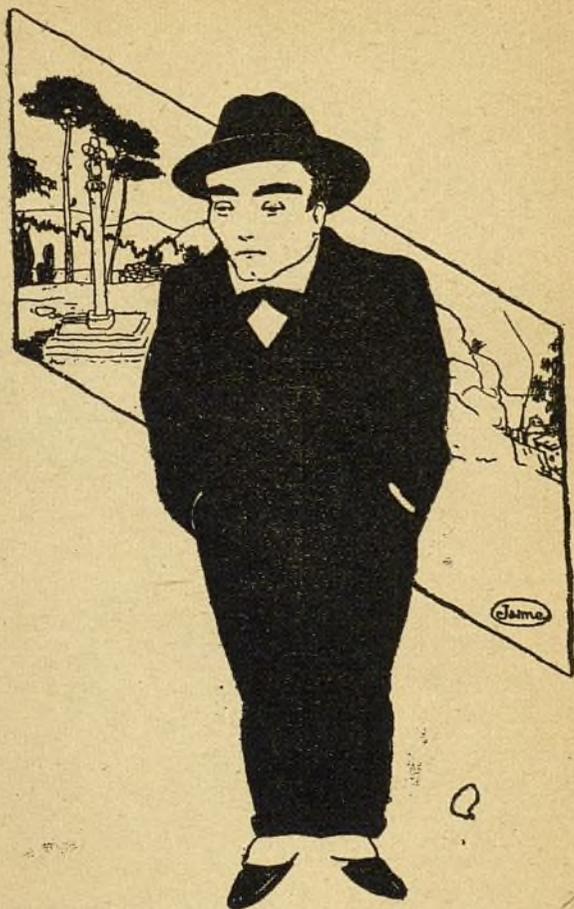
Los cristales, un poco empañados, sólo dejaban ver las siluetas borrosas de los transeuntes que deambulaban por la Gran Vía.

Era la hora anochecido, en que comienzan a cerrarse los comercios y salen las modistillas de los talleres, los operarios de las fábricas y los empleados de las oficinas y comercios... Caminan por la Gran Vía, Montera, Alcalá y la Carrera una apiñada multitud rumorosa y parlanchina... Hay un aliento de vitalidad y optimismo en el ambiente.

Nan y yo salimos a gozar de él.

Y entre las damitas burguesas y las *cocottes*, entre las modistillas, empleadas y estudiantes, sigue Nan, el gran Nan, fumando puro y contándome su labor en Méjico, al frente de la compañía de Esperanza Iris, cómo venció e introdujo en aquel país, que se entusiasmaba con las revistas, el vodevil francés y las operetas finas, galantes, frívolas, de Strauss y Lehar.

Y me hablaba también del problema político de Méjico, con la gravedad y aplomo de un canciller neoyorquino...



XAVIER BÓVEDA

XAVIER BÓVEDA



A Puerta del Sol, en esa hora recobra la esplendorosa animación de todos los anoche-
ceres. Sobre poco más o menos, la una de
la madrugada, cuando suelen terminar las
funciones teatrales y otros espectáculos y la
buena burguesía va camino del hogar tras
una honesta distracción. Entonces, también las luces de
los focos y faroles irradian haces luminosos como pu-
pilas fosforescentes, entre halos de una tenue neblina
polvorienta, que espesa, de vez en vez, el humo de los
autos; pasan multitudes en demanda de un café o de
una chocolatería; otros asaltan presurosos los últimos
tranvías; y entre el ululante murmullo que con la gente
forman las diversas tocatas de los autos—que bufan,
trepidan y bocinean en todos los tonos—, el campaneo
insistente de los tranvías y el paso tardo de los jamel-
gos de «simón», se oye la algarabía multiforme de los
golfos de los periódicos que a grito pelado los vocean
casi desnudos dentro de unos deshechos harapos destoa-
cados, en mugrosa pelambre los más.

Fué una de estas noches.

Hacía «Maxim's» íbamos Jaime Prada, Ontañón y yo, cuando tras los cristales del Colonial divisamos con una pena de amigos a Xavier Bóveda. Saludámosle desde fuera, y a instancias suyas nos decidimos a entrar.

Tras las presentaciones de rúbrica, seguimos la conversación que ellos tenían; momentos después quedábamos Jaime y yo a solas con él; y fué entonces cuando se me ocurrió aprovechar la ocasión para hacerle una interviú. Y se lo dije.

—Sí, hombre; lo que usted quiera—accedió amablemente Xavier.

Y tras una pausa para encender un cigarro, comenzó él a hablar evocando tiempos pretéritos...

—Pues verá. A mí me hizo poeta una mujer; fué una novia la que me inspiró mis primeros versos... Y así comencé a escribir en verso. Pero cuanto hacía, cierta gente sería, fuera del círculo de mis amistades, me lo tomaba a chufia; todos se reían de mí y llegaron a tenerme por un loco...

Dió una chupada al cigarro, y en seguida continuó:

—Entonces yo, por llevarles la contraria, comencé a escribir; a escribir con afán, a leer buenos autores, pero era inútil; yo pasaba inadvertido... hasta que en *Nuevo Mundo* publiqué «Cruces rurales», poesía que gustó a mucha gente y que me descubrió como poeta ante mis mismos vecinos.

—¿Y cómo fué venir a Madrid?

—¡Ah! Verá... Reuní unas pesetas y me fuí a ver al gobernador para solicitar que me diera un billete de caridad, como así hizo: por eso el viaje me costó treinta pe-

setas. Pocas más tenía... Y una buena mañana llegué a Madrid con tres pesetas sesenta y cinco céntimos... Le diré que la Puerta del Sol me pareció pequeña... que comí y que me quedé sin un céntimo... Aquella noche dormí en un banco de la plaza de Oriente, frente al Palacio Real...

Y dijo esto tranquilamente. Como si no tuviera importancia.

Yo le animé a proseguir su historia. Él continuó:

—Solo y sin amparo ni protección de nadie, me encontré en medio de la vorágine de la vida madrileña. Entonces pensé en Emilio Carrere, y fui a buscarlo.

—Sería curiosa esa entrevista.

—Me acuerdo como si fuera ahora mismo, ¿no? Me acerqué a él, que estaba escribiendo, por cierto, *El señor Catafalco*. Iba por la cuartilla treinta y tres: «Yo vengo a saludarle; soy un señor que hace versos»—fue lo primero que le dije—. «Me lo suponía»—contestóme él, mirándome fijamente—. Yo me quedé parado, y en seguida me preguntó: «¿Qué trae?» «Versos»—le dije yo—. «No se conquista Madrid con eso»—me replicó—. «Y dinero, ¿trae?» «No.» «¿Tiene aquí familia?»—insistió él—. «No.» «Pues entonces—me aconsejó—, lo mejor es que se vuelva usted a su pueblo y cuando tenga más dinero y menos versos, vuelva.»

—Y usted, ¿qué hizo?

—No me desanimé, y en cuanto calló le di una carta que traía para él de Primitivo R. Sanjurjo, el autor de *Las mesetas ideales*, y después de leerla me dijo Carre-re que le recitara algo y le leí «Cruces rurales», y me invitó a cenar. Desde ese día, todas las noches me lleva-

ba a su casa a comer y me daba dinero para ir a acostarme... Eso no lo ha hecho con nadie más que conmigo. Escribió poco tiempo después en *El Figaro* un largo artículo hablando de mí y me protegió decididamente. Yo le estoy agradecidísimo. Ha sido para mí como un padre. En su casa me quieren mucho. Cuando iba, sus tres pequeñines se subían en unas sillas y me ovacionaban todos los días...

—¿Y encontró usted pronto donde colaborar?

—Sí, señor. Fuí un día a *La Esfera* y dejé unos versos y una carta, diciendo que si me los admitían que me inscribieran a lista, y me los publicaron. Conmigo se portó muy bien ese periódico, pues hasta me pagó algunos trabajos por adelantado.

Hizo una pausa larga, y en esto llegó paseando su bohemia astrosa ese genialísimo y sutil poeta que se llama Pedro Luis de Gálvez.

—¿Qué hacéis?—preguntó intentando abrir sus ojos pequeños rendidos por el sueño y el alcohol.

—Este periodista—díjole Bóveda—y paisano mío, me está haciendo una interviú para un libro.

—¿Y qué va usted a decir de Xavier?—me preguntó Luis de Gálvez—. Le participo que es una cosa muy seria, Xavier.

—Pues diré como mejor pueda lo que me cuente.

—¡Oh!... Xavier... Xavier—exclamó entonces Gálvez—. Diga usted de parte mía, que a mí me da mucha rabia que hablen de él, porque no ha sido bien comprendido todavía, y porque yo solo le comprendo. Escriba, escriba usted esto que le voy a decir: «Xavier Bóveda es un talento. Como Anderson, ha nacido en una caja de

EL ALMA DE GALICIA

muerto; pero como Arentino, morirá en un Palacio. ¡Oh, Xavier, Xavier!

Estamos en el Colonial. Como siempre, esa noche estaba lleno de cómicos, artistas, escritores, bohemios y desocupados... De un lado a otro iban los camareros con cenas, licores, cafés, chocolates... El murmullo de las conversaciones, el chocar de las cucharillas y vasos contra el mármol de los veladores, el trajín continuo, no decrecía, y en tanto charlábamos, Jaime Prada trazó esas líneas magistrales que acompañan a este artículo.

Nosotros, para que no se interrumpiera el diálogo, inquirimos de nuevo:

—¿Y aquí vivía usted sólo de lo que ganaba haciendo versos?

—No, señor. Me ayudaba algo trabajando en mi oficio de cajista de imprenta. Estuve primero en la tipografía de Sanz Calleja y después en la de Pueyo, hasta que me echaron...

Hizo una pausa.

—¿Y aventuras amorosas?

—¡Oh! De eso...

Y nos siguió así contando:

—Me enamoré una vez. La mejor de mi vida; pero de un imposible... Ella era una mujer...

—¿Gallega?

—No, rusa. Una mujer muy rica; una mujer exótica, original, verdaderamente hermosa, ideal, atrayente; aquel amor mío fué intensivo, floreciente, espléndido. Un amor romántico que me inspiró mi libro *Epistolario sentimental*, cuya edición, por cierto, me pagó su familia.

Hoy de aquellos amores no queda mas que una buena y sincera amistad.

—¿Qué libro publicó usted primero?

—*El madrigal de las hermosas.*

—Y ahora, ¿prepara usted algo?

—Sí, señor. He publicado con Rosón los *Poemas de los pinos*, que se lo he dedicado a la hija de Bugallal, Matilde, en agradecimiento por los muchos favores y por la protección que constantemente me dispensa su padre. A él le estoy, y le estaré toda mi vida, reconocido. Su casa siempre la tengo abierta. Y mensualmente me entrega una cantidad para atender a mis gastos... De este libro de los pinos pienso hacer otra edición avalorada con juicios críticos sobre mí—siguió diciendo o Xavier—de Benavente, de Carrere, de Cansinos-Assens, de Alomar de Homs, de Pedro Luis de Gálvez, y otros muchos... y con una poesía en serio, muy original, de Juan de Nogales, titulada *Los billetes de Xavier Bóveda*.

Quedámosnos mirándole interrogantes, y él prosiguió:

—Esto tiene su explicación. ¿No? Verán. Estábamos una noche en el café Candelas hablando los dos, cuando al sacar él no sé qué papeles de la cartera para enseñármelos, se le cayeron unos billetes de mil pesetas... y yo entonces eché mano a mi bolsillo, y sacando unas papeletas de empeño del Monte de Piedad, las dejé caer encima de sus billetes mientras exclamaba sonriente: «¡He aquí la antítesis! Estos son mis billetes. Y éste es el verso.»

Hízose un silencio.

—¿Qué poeta le gusta a usted más?

—Carrere, con Rubén Darío, Amado Nervo, Villaespesa y Juan Ramón Jiménez. Este es el poeta del sentimiento.

Y tras una pausa:

—¿Escribe usted con facilidad?

—Muchísimo; como hablo; yo sería capaz de hacer versos jugando al *foot-ball*.

—¿Ha habido en su familia algún poeta?

—No, señor. Y si lo hubo lo desconozco.

—¿Sus padres son gallegos?

—Mi padre era gallego. Mi madre castellana.

Hizo una pausa y...

—¿Qué poema suyo le gusta más?—dijémosle de pronto.

—No sé... Acaso el *Poema de los cipreses de Santa Magdalena*.

Habíamos hecho un silencio. La atmósfera del café se había enrarecido muy mucho a aquella hora de la madrugada. Entonces decidimos salir...

Pero no habíamos andado mucho, cuando al pasar por frente a *Maxim's* se nos ocurrió entrar. Era el momento divino de la hora del Pecado y de la Orgía. El *super* estaba en su apogeo. En un pequeño círculo unas parejas se iniciaban en un tango perverso, lánguido y sensual, al son de una orquesta exótica con *jazz-band*, que animaba la elegante zarabanda con sus notas atrabiliarias, excéntricas y detonantes, y en derredor de unas frágiles mesitas platicaba una elegante concurrencia.

En aquel frívolo y galante ambiente, su historia, llena de fatigas y privaciones, nos pareció como un sarcasmo de la vida.

—Usted no podrá tener queja de los críticos, ¿eh?

—No, señor. Literatos y críticos, periodistas y todo el mundo me han tratado siempre muy bien. Francés me dió un banquete en casa de Botín. *Parmeno* me hizo una interviú en el *Heraldo*. Pedro Luis de Gálvez me presentó con una conferencia en la Casa de Galicia, y Basilio Alvarez hizo lo propio en el Centro Gallego.

Seguí después la conversación por otros derroteros, y al fin nos marchamos de allí.

Cuando salimos del elegante restaurante, empezaba a grisear el nuevo día. Los ópalos erráticos de las estrellas nos hacían ya tenuemente sus guiños misteriosos.

Bajo la fresca umbría de la Castellana caminábamos, despacio, gozando de las frescas auras matutinas que nos refrescaban el rostro como sutiles caricias de mujer.

Y debajo de la luz de un portal nos detuvimos.

Yo pude contemplar entonces a mis anchas a Xavier. Es bajo de estatura. Un tipo vulgar. Un poco subido de hombros y ancho de espaldas; su tez es pálida y un poco ojerosa; sus ojos, cansinos, tienen como un mirar nostálgico y vago, y bajo su sombrero verde asoman las greñas lacias de una melena oscura.

—Hombre—le dije de pronto—, cuénteme una anécdota, Xavier.

Meditó unos instantes, y al fin habló:

—Puedo decir que hoy vivo de milagro. Verán ustedes: Esta tarde estaba yo con mi novia en el *Lyon d'Or* y me di en seguida cuenta de que enfrente de nosotros estaba un joven muy elegante que no hacía más que mirarla. Un poco molesto por ello, pagué y me fuí. Pero el sujeto aquel echó a andar detrás de nosotros y nos

EL ALMA DE GALICIA

siguió toda la calle de Alcalá y por el Retiro. Varias veces estuve tentado de decirle alguna grosería por su seguimiento enojoso; pero no me dejó mi novia. Ya anochecido volvimos por el paseo del Prado, y el joven aquel, impertérrito, detrás. Harto ya, y para ver en qué paraba aquéllo, me senté en un banco. Él se sentó en otro, enfrente... Y cuando ya me iba a levantar para dirigirme a él y abofetearlo, se levantó él rápidamente y sacando de prisa una pistola... se la llevó a la sien y se disparó un tiro. Cayó instantáneamente. Vivo de milagro. Porque si estaba dispuesto a suicidarse, hubiera sido capaz de matarme al haberlo agredido como pensaba...

Callamos. Por Oriente una luz azulina era heraldo del nuevo día. Comenzaban a abrir sus puertas algunos establecimientos. Entonces, aun no sé de quién salió la idea de irnos a un cafetucho, asiento de la gallofa y ramería ambulante y harapienta. Esa pobre y nauseabunda carroña, que vive siempre entre las tinieblas de la noche. Que se va con la luz...

—Es una bonita nota color—dijo no sé quién.

Y fuimos.



El autor se propone, en obras sucesivas, seguir contemplando y exaltando para la contemplación ajena
EL ALMA DE GALICIA, a través
de sus hombres esclarecidos.

A Jo
Pró
Edu
La c
Lina
Rey
Gera
Fede
Man
Anto
Ade
Albe
And
Man
Julio
Mar
Ofel
Jain
A. F
J. R
Juan
Mill
Ferre
José
Max
Nan
Xav

INDICE

Págs:

A JOSÉ FRANCÉS.....	5
PRÓLOGO	7
Eduardo Dato.....	13
La condesa de Pardo Bazán.....	27
Linares Rivas.....	39
Rey Soto.....	53
Gerardo Doval.....	65
Federico Rivas.....	77
Manuel Quiroga.....	89
Antonio Palacios.....	99
Adelardo Novo.....	113
Alberto Insúa.....	127
Andrés Balsa.....	139
Manuel Bujados.....	151
Julio Camba.....	163
Martínez Anido.....	175
Ofelia Nieto.....	189
Jaime Solá.....	199
A. Fernández Bordas.....	211
J. Rodríguez Carracido.....	225
Juan Luis.....	237
Millán Astray.....	249
Fernando Alvarez de Sotomayor.....	263
José Goyanes.....	275
Max Ramos.....	287
Nan de Allariz.....	297
Xavier Bóveda.....	307

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200049143

Ayuntamiento de Madrid